



LYDIA CARRERAS

Atrapados por el hielo

 Estrada

 Azulejos

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani
Edición: Pilar Muñoz Lascano
Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte y Diseño: Valeria Bisutti
Diagramación: Laura Barrios
Ilustración de tapa: Fernando Falcone
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Carreras, Lydia
Atrapados por el hielo / Lydia Carreras ; ilustrado por Fernando Falcone.
- 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2017.
Libro digital, PDF - (Azulejos. roja ; 60)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-01-2162-0

1. Narrativa Infantil Argentina. 2. Novela. I. Falcone, Fernando, ilus. II.
Título.
CDD A863.9282



Colección Azulejos Serie Roja

60

© Editorial Estrada S. A., 2014.

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2162-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

La autora y la obra	3
Biografía	5
Novelas de este mundo	6
Cómo se cuenta una novela	7
Atrapados por el hielo	9
Capítulo 1	11
Capítulo 2	15
Capítulo 3	21
Capítulo 4	27
Capítulo 5	29
Capítulo 6	37
Capítulo 7	41
Capítulo 8	45
Capítulo 9	51
Capítulo 10	55
Capítulo 11	57
Capítulo 12	61
Capítulo 13	71
Capítulo 14	77
Capítulo 15	81
Capítulo 16	85

Capítulo 17	91
Capítulo 18	101
Capítulo 19	105
Capítulo 20	111
Capítulo 21	115
Capítulo 22	117
Capítulo 23	121
Capítulo 24	125
Capítulo 25	133
Capítulo 26	139
Capítulo 27	143
Capítulo 28	145
Capítulo 29	149
Capítulo 30	155
Capítulo 31	161
Actividades	163
Actividades para comprender la lectura	164
Actividades de producción de escritura	166
Actividades de relación con otras disciplinas	168



LA AUTORA
Y LA OBRA

BIO-
GRAFÍA



LYDIA CARRERAS DE SOSA nació en Rosario, y todavía vive allí. Es profesora de inglés y tiene una Academia en la que enseña desde hace muchísimos años. Esta labor y la literatura son la materia prima con la que elabora historias para niños y jóvenes, relatos que generalmente aluden a situaciones de la vida real.

Ya había publicado varios cuentos para adultos, cuando en 2006 ganó el XVII Premio Ala Delta de Literatura Infantil con su novela *Las cosas perdidas*. Al año siguiente, ganó el VII Premio Alandar de Narrativa Juvenil con *El juramento de los Centenera*. Ambos libros formaron parte de la lista *The White Ravens*, una selección de títulos recomendados que todos los años realiza la *Internationale Jugendbibliothek* de Munich. *El juramento de los Centenera* recibió, además, una mención en la categoría novela de los premios Destacados ALIJA 2009.

Otros libros de su autoría son *Salute y la gaviota*; *Sé que estás allí*; *Héroe de guerra*; *Gioconda, mi pesadilla*; *Fuera de mi mundo*. Su libro *Boca sucia* fue Destacado Alija 2010 en la categoría cuento. La novela *Si alguien te espera* está publicada en la colección Todos distintos del Grupo Macmillan. *Que guapa tu madre* fue finalista del Premio El Barco de Vapor 2011.



La obra

Novelas de este mundo

La novela es un texto narrativo. La trama está construida a partir de núcleos narrativos, se llama de este modo a los acontecimientos principales de una historia que no se pueden suprimir sin que se altere la coherencia. Estos hechos fundamentales generan nuevos hechos fundamentales que, unidos entre sí por relaciones temporales o lógicas, permiten que la historia avance.

Por su extensión, una novela no suele leerse de una sola vez como un cuento. La novela exige que el lector ingrese poco a poco en el mundo de ficción que se narra, que adquiera un cierto ritmo de lectura. Umberto Eco en "Apostillas a *El nombre de la rosa*", dice: "Entrar en una novela es como hacer una excursión a la montaña: hay que aprender a respirar, elegir un ritmo de marcha...". Al mismo tiempo, es fundamental que el lector se sienta cautivado por ese mundo al que entra palabra a palabra. Los autores de novelas tienen recursos para generar interés desde las primeras líneas y evitar así que los lectores abandonen la lectura. Pueden anticipar algún dato sobre el final de la historia, describir el ambiente en el que se desarrollarán los hechos, mantener oculto algún dato sobre los hechos o un personaje, mostrar la faceta más curiosa u original de algún personaje. Se trata de un equilibrio entre lo que se cuenta y lo que se calla para intrigar al lector e invitar a que continúe la lectura.

Es también debido a la extensión que la novela permite que en el desarrollo de su argumento se desplieguen temas centrales y otros secundarios o periféricos. Algo semejante a lo que ocurre con los personajes: así como hay protagonistas, existen también personajes secundarios.

Las novelas pueden clasificarse según los tipos de historias que narran. Hay novelas policiales, novelas de ciencia ficción, novelas históricas, novelas de aventuras, novelas de iniciación, así como también novelas que aluden a historias y situaciones de la vida real.

Cómo se cuenta una novela

La historia de una obra narrativa está contada por un narrador, el tipo de narrador varía según la época y el género. Puede ser un narrador ausente de la historia que cuenta o un narrador presente como personaje en el relato. Cuando el narrador está presente, emplea la primera persona gramatical (“yo”), y puede tratarse de un yo protagonista de los hechos o de un yo testigo observador de los sucesos; en este caso quien narra es un personaje secundario. Cuando la voz que cuenta usa la tercera persona gramatical, se trata de un narrador que narra una historia que no lo incluye.

Pero no solo es necesario tener presente quién cuenta sino también desde qué posición lo hace, es decir, qué perspectiva tiene de los hechos que narra. En este sentido es posible estar ante un relato no focalizado o ante un relato focalizado. Cuando el relato es no focalizado, el narrador es omnisciente: posee todo el saber, disfruta de esa omnisciencia y no delega en otros ninguna de sus funciones. Este narrador tiene el dominio absoluto del tiempo, del espacio y conoce, por ejemplo, los pensamientos de los personajes.

Cuando el relato está focalizado, el narrador pone el foco (como si fuera una cámara) en los ojos de uno de los personajes y muestra lo que él ve y cómo lo ve. La historia puede estar focalizada externamente o internamente. En un relato focalizado externamente, el narrador tiene una mayor restricción de saber y se limita a informar sobre los actos y las palabras que capta a través de los sentidos. Es frecuente llamarlo narrador objetivo porque los hechos se presentan con la objetividad y frialdad de un registro mecánico. En cambio, en un relato focalizado internamente el punto de observación está en el interior de un personaje para dar cuenta del mundo de ficción a través de sus ojos. El relato puede estar focalizado internamente en el interior del mismo personaje a lo largo de toda la historia o cambiar de personaje en el transcurso de la novela. También puede ocurrir que el grado de focalización cambie de un suceso a otro.

Lydia Carreras

Atrapados por el hielo

Capítulo 1

Lucrecia terminó de ordenar la cocina a las dos de la tarde y tenía turno para ver al médico de su hijo Fermín a las tres y media. La tarde cortada al medio. Lástima. Para compensar, hizo una lista de cosas que podía hacer a la salida de la clínica y aprovechar que estaba en el centro. No una lista mental como las del supermercado, no; arrancó una hoja de cuaderno y prolijamente anotó: una chalina hindú de regalito para su prima que cumplía cuarenta años el sábado, un par de madejas de lana para terminar el sweater y el desodorante importado que la perfumería había prometido para la semana pasada. En realidad, era una lista sin demasiado sentido porque los tres negocios quedaban en el centro pero lejos entre sí y lejos a su vez del consultorio, o sea que era muy improbable que tuviera tiempo para todo, pero se sintió mejor dándole un sentido práctico a la tarde. Después se duchó, se puso un conjunto de pantalón y chaqueta de jean con una polera azul, zapatos de taco bajo y un poco de colonia de bebés. Al fin y al cabo, iba a un sanatorio de niños. Se miró al espejo y se soltó el pelo. Lindo lo tenía, largo, despuntado como se usaba, clarito como le gustaba a su marido.

Salió con suficiente tiempo para manejar despacio, para entrar a Rosario por la circunvalación y estacionar lo más cerca posible del sanatorio. Y para pensar, para tranquilizarse

pensando, mientras manejaba. Conducir le hacía bien. Cuando se casó con Gustavo, ya hacía catorce años, ella decidió vender su auto, regalo de su padre, para hacer frente a algunos gastos y, de allí en más, manejarse con el coche de su marido. Todavía vivían en Rosario, de manera que no significó mucha molestia y considerando lo difícil que se estaba haciendo estacionar en el micro y macro centro, más el costo de las cocheras y el incremento de las patentes, hasta lo consideraron una ventaja. Pero cuando se mudaron —el puesto de la nueva empresa incluía la casa en el barrio—, tuvieron que revisar aquella decisión, especialmente porque ya tenían a Fermín. Vivir en un barrio cerrado es bonito, seguro y cómodo, pero sin transporte la mínima diligencia se transforma en un problema.

“Sí, claro que podríamos esperar un par de años para eso, amor, pero mientras tanto, ¿yo qué hago acá encerrada con un nene chiquito?”. “Sí, ya sé que no va a pasar nada, puede ser que esté exagerando pero prefiero que no salgamos de vacaciones este verano y el que viene tampoco, si fuera necesario, y que compremos el auto para mí. No necesito que sea uno como el que tenía, ni muy grande, ni muy nuevo. Uno que arranque todas las mañanas es suficiente”.

Así fue y sin necesidad de suspender vacaciones, por supuesto. Con ir un poco más cerca y menos días, fue suficiente.

Lucrecia dejaba que su mente saltara de una idea a otra sin detenerse en nada. La ruta estaba despejada a esa hora. A la hora del regreso sería diferente pero confiaba en que no se hiciera demasiado tarde. Sin desviar la vista, cambió la estación de radio y buscó música tranquila. La música la ayudaba a mantenerse bajo control, a vaciar la mente de temores,

a respirar bien y a no angustiarse antes de tiempo. Recordó su paso por la universidad —breve, no alcanzó a terminar la carrera de psicología—, su primer trabajo y las primeras vacaciones con un grupo de amigas. Fue inolvidable, sonrió con nostalgia. Participó, porque sus compañeras la empujaron, en un concurso de belleza en la playa y salió Primera Princesa de la Corvina Rubia. El premio fue la corona a la que se le saltaron las piedritas en la valija de regreso y un hermoso collar de caracoles que nunca pudo usar porque le pinchaban. Pero no le importó porque se habían divertido mucho. Todavía le hacía bien recordar aquel verano al sol y en completa libertad. Un mes después de ese viaje, conoció a Gustavo Suárez y se enamoraron. Le gustaba acordarse de los primeros tiempos, cuando todo era nuevo y como todos los jóvenes pronunciaban con ligereza pero de corazón las palabras “para siempre”.

Lucrecia se sentía cómoda en ese deambular por recuerdos y pensamientos felices. Lo había hecho otras veces y conocía el camino. Sin embargo, en la misma medida en que las agujas del reloj avanzaban y los kilómetros quedaban atrás, la valla mental comenzó a ceder. Lo cierto era que no le importaba en absoluto pasarse la tarde en la ciudad, ni las horas en la sala de espera, ni lo que dejaría de hacer por no estar en casa. Nada. No le importaba nada en realidad y, de hecho, se había dejado sobre la mesa de la cocina la prolija lista de tareas. Era solo una excusa tramposa para sostenerse de algo, mientras sentía que el mundo entero se sacudía.

Capítulo 2

Apenas entró al sanatorio, se arrepintió de no haber llevado el libro que estaba leyendo. Y apenas entró a la sala de espera se dio cuenta de que la tarde no estaba cortada al medio sino perdida por completo. Había un promedio de tres niños por madre y, curiosamente, ninguno parecía enfermo o debilitado. Tosían, sí, y estaban llenos de moco y catarro pero saltaban de las sillas al suelo una y otra vez, y corrían por el pasillo con una energía que ya la habría querido ella. Más de un chico estaba sobreabrigado y algún que otro salvaje se había descalzado para poder patinar mejor en el amplio pasillo, pero las madres, charlando entre ellas, parecían estar en otra dimensión donde los hijos no existían ni gritaban ni exigían. No era que los descuidaran, no. Cada tantos segundos, cada una dirigía una mirada alerta y rápida a la horda feliz, distinguía a su cría entre todos ellos y retornaba a la charla sin haberla abandonado. Casi todas eran mujeres de entre treinta y cuarenta años, con pelo largo, jeans y botas, todo a la moda pero con el desaliño leve e inevitable que acompaña a esa época de la vida cuando los hijos son más importantes que casi cualquier cosa, excepto sobrevivir.

Cuando alguno de los niños se acercaba a tironear del borde del saco, ellas metían la mano en el bolso, sacaban otro paquete de galletitas o un alfajor y se lo daban casi sin mirarlo y

sin dejar de hablar. Lucrecia observó que los chicos no tiraban los envoltorios al suelo, pero no les importaba nada el miguelo digno de Hansel y Gretel que dejaban a su paso. Bueno, era una forma de mantenerlos contenidos que ella podía entender perfectamente, porque mil veces había hecho lo mismo.

Igual, a pesar de que tenía un montón de cosas en común con esas mujeres, reconocía que le costaba relacionarse con desconocidos en una sala de espera. Si podía, lo evitaba, pero no siempre era posible. Bastaba que se cayera algo del bolso de la vecina. O que tu niño se hiciera amigo del niño cuya madre estaba sentada al lado. O simplemente que la señora se diera vuelta y sin que se le preguntara nada, te explicara por qué estaba allí: "Tiene cerrado el pecho, pasamos una noche espantosa". Cualquier gesto, por mínimo que fuera, servía para poner en marcha la conversación que duraba exactamente hasta que a alguna de las dos le llegara el turno.

Como no había sillas libres, Lucrecia se quedó en un rincón desde donde podía ver la oficina de las enfermeras y durante un rato se concentró en ellas: en el trabajo, en los uniformes impecables de mangas cortas, el cabello recogido y prolijo, en los movimientos eficientes y los pasos de zuecos silenciosos. No podía oír lo que decían, pero no parecían preocupadas ni alteradas por la cantidad de pacientes que esperaban su turno, ni por los gérmenes que seguramente dejarían. Cuando por fin pudo sentarse, aún tuvo que esperar una hora más. Pero no se podía quejar porque había pedido un sobretorno para enseñarle al pediatra los resultados del estudio de Fermín.

"Por favor, necesito hablar con el doctor, dame un turno y espero lo que haga falta", había rogado a la chica que se encargaba

del tema. “Sí, ya sé que tengo un turno para dentro de diez días, pero ya tengo los resultados de unos estudios que me pidió y... sí, son muy importantes... no, el nene está igual que hace una semana, pero mi esposo y yo...”. “Ay, te agradezco tanto, tanto, no sabés”. “Sí, sí, espero, no me importa esperar”.

Cuando el jueves anterior recibió los resultados de los estudios decidió que no podía pasar el fin de semana sin saber qué significaban esos números o valores, como los llamaban los médicos. Gustavo le había quitado importancia al tema, mientras ella intentaba comunicarse con el sanatorio.

—Dejá de preocuparte, amor.

—Me tienen que atender. En ese sanatorio hay una telefonista.

—No hay necesidad de enloquecernos ahora y tampoco había necesidad de enloquecernos la semana pasada con todo este tema del laboratorio.

—Yo quería tener los estudios hechos cuanto antes y acá hubiéramos tenido que esperar quince días —se obstinó Lucrecia.

—Bueno, ya los tenemos.

—Y ahora quiero saber qué significan.

—¿No me podés entender, Lucrecia?

—Es bastante simple así que sí, te puedo entender. Solo que pienso diferente.

La discusión —era la tercera vez que la tenían— marchaba como en automático y no se miraban. Lucrecia no dejaba de marcar el número y Gustavo no dejaba de observar el techo como si estuviera midiendo en segundos lo que le quedaba de paciencia o algún otro límite imaginario.

—Ya sé, yo también quiero saber y por eso tenemos un turno para dentro de diez días con el doctor. Tranquilízate, te lo pido por favor. Al nene no le pasa nada.

Ella lo miró como si hubiera oído palabras en otro idioma. Torció un poco la cabeza hacia un costado y achicó los ojos. Después, dijo en voz calma:

—No podemos esperar diez días. Yo no puedo.

—Sí podemos. Si no nos dejamos llevar por la paranoia, podemos. Un poco de dolor de cabeza y unas líneas de fiebre no pueden ser nada tan serio.

—Vamos, amor. No simplifiquemos esto. Nuestro hijo lleva meses con fiebre, el dolor de cabeza ya es crónico, el humor le ha cambiado de blanco a negro y además, el médico fue el que ordenó los estudios.

—Sí, para calmar tu ansiedad. Mirá, el sábado a la mañana se los mostramos a Liliana en el club.

—Liliana es traumatóloga. Yo quiero quedarme tranquila.

—Un médico es un médico, Lucre. Rinden todos las mismas materias.

—Gustavo... —voz neutra.

—Vas a ir —dijo resignado.

Lucrecia suspiró hondo. Su marido no aceptaba la posibilidad de que estuvieran frente a un problema serio, pero ella no recordaba cuándo había oído una carcajada de Fermín por última vez. ¿O no mencionaba su madre y su hermana cada vez que se reunían lo divertido que era de bebé? ¿O no se notaba acaso en las fotos que ya no quería ni mirar? En los últimos tres años su hijo había cambiado el talante, la mirada, la actitud y hasta el tono de voz. Cierto que el proceso había sido

gradual, sin episodios de alerta que llamaran la atención; cierto también que el pediatra había seguido el tema con atención, pero no fue sino hasta tres meses atrás cuando un par de síntomas físicos dieron la pista de un problema inesperado.

—Está bien, pero vas a tener que ir sola porque ya sabés que tengo un día complicado —dijo Gustavo interrumpiendo sus pensamientos.

—¡Pero si todavía no conseguí que me atendieran! ¿Cuál es tu día complicado?

Capítulo 3

Después de casi dos horas, la secretaria del especialista le hizo una seña indicándole que podía entrar. El caos de la sala de espera se transformó en un abrir y cerrar de puertas en un espacio sereno, armonioso en colores y formas.

Evidentemente, el turno especial no era ni el primero ni el último sino algo más aleatorio, que quedaba situado entre una y otra paciente, calculado a ojo. Entró al consultorio con el sobre de los análisis en la mano y agradeció la gentileza. El médico le estrechó la mano con una sonrisa breve y comprensiva, y la invitó a sentarse. Era de pocas palabras, pero muy expresivo. Altísimo, orillaba los setenta años pero mantenía una sorprendente cantidad de pelo oscuro que peinaba hacia atrás, sin raya. Con movimientos lentos, casi cuidadosos, abrió el sobre y desplegó los análisis sobre el escritorio. Luego, con un puño cerrado apoyado sobre la boca y un dedo siguiendo la línea de lo que leía —como hacen los que recién empiezan a leer—, el doctor Cernadas la dejó sola durante unos minutos. Lucrecia, sin moverse, mirando sus ojeras y el tono moreno de su piel, pensó que ese hombre debía tener algún moro en su familia remontado, quizás, varias generaciones atrás. El médico giró en su sillón y puso la radiografía de cabeza a la luz para estudiarla. Con la punta de su lapicera siguió una línea hasta un punto, luego miró la carpeta, volvió al punto y otra vez a la carpeta antes de

apagar la luz. La expresión de sus ojos, la gestualidad de toda su cara expresaban absoluta concentración. Esa madre frente a él no significaba nada y la gente esperando afuera tampoco. Lucrecia miraba a través de la cortina que cubría la ventana detrás del médico e imaginaba el río, solo cruzando la calle Wheelright. Mantenía sus manos quietas sobre la falda y rogó con el pensamiento que no sonara el celular que se había olvidado de apagar antes de entrar. También pensó que no había terminado de ordenar el cajón de la ropa interior en el mueble del baño y cuando llegara Gustavo de trabajar iba a encontrar bombachas por todos lados; recordó que no le había avisado al Jefe de Mantenimiento que cancelara al cerrajero porque finalmente había encontrado la llave de la puerta del lavadero y ya no necesitaba que viniera. Saltaba de un pensamiento a otro, de nuevo, sin importar que no tuvieran que ver mucho uno con el otro, consciente en todo momento de la espera angustiada. Muchas veces había pensado en la extraordinaria capacidad de los médicos para tomar distancia del infortunio ajeno. Desde luego que no nacen con esa capacidad de desapego, pero deben adquirirla de una forma o de otra para buscar y encontrar soluciones, para fortalecer, porque para abrazar y llorar sobre el hombro están la familia y los amigos.

Finalmente, el doctor dejó los papeles sobre el cristal de su escritorio, levantó su mirada hacia ella y entrelazó los dedos. La explicación fue serena, clara y sin recovecos. No dijo que no había esperanza, pero tampoco hizo lugar a la fantasía. Era una actitud contenedora y firme a la vez, y Lucrecia la apreció. El médico se ayudó con algunos dibujitos que trazó en el dorso del formulario de un recetario y habló todo el tiempo en términos

sencillos y con muchos símiles del tipo: “Esto es igual a una esponja...” o “Es como si intentáramos hacer llegar...” o “¿Ve esta especie de cañito?... bueno, no está haciendo lo que debería porque encuentra un obstáculo en su camino...”. No eran buenos dibujos, pensó Lucrecia mientras asentía con la cabeza. “Entonces”, continuó el hombre, “al comprimir esta zona, se producen los dolores acá y acá, aparece la fiebre, el desgano y los otros síntomas que estamos manejando. Eso es porque las defensas acuden a ese sitio donde el cuerpo las necesita más”. Ella contestó afirmativamente cada vez que el médico le preguntó si entendía y mantuvo una actitud razonable en todo momento.

Fermín necesitaba una operación en el cerebro.

—¿Estamos hablando de un tumor?

—Un tumor, sí. Claro que hay posibilidades de que sea benigno, pero mirando las radiografías y los valores de estos análisis, yo me inclino por la otra alternativa.

—¿A usted le parece que habrá que hacer más estudios?

—Habrá otros estudios, claro.

Lucrecia estaba llena de preguntas pero trataba de filtrar las más importantes, o las que le parecían a ella más importantes.

—Yo nunca había oído hablar de este tipo de problemas en chicos, doctor. ¿Es un caso único?

—No, claro que no es común en niños, pero tampoco es un caso en un millón, lamentablemente.

—Me pregunto por qué no me di cuenta, por qué no nos dimos cuenta.

—Lucrecia, esto ha sido un largo y lento proceso que, tal como ustedes venían notando, ha afectado el comportamiento de su hijo. Ustedes han hecho lo que debían. No deben sentir ninguna culpa.

Lucrecia agradeció el comentario. Pero había más preguntas, un millón más.

—¿Usted nos podría recomendar un cirujano? ¿Uno que opere a niños?

—Sí, conozco al mejor cirujano para este tipo de casos. Claro, especialista en niños y con experiencia de campo en varias universidades de Europa y Estados Unidos.

—Una cosa más quiero saber, ya sé que allí afuera lo están esperando, pero ¿qué va a pasar después? Quiero decir, ¿hay rehabilitación?

—La rehabilitación, bueno, Lucrecia, digamos que va a ser larga básicamente, pero claro, cada caso es especial y diferente. Lo importante es que si todo sale bien, su hijo en poco tiempo va a ser el que era antes.

—¿Se va a usar anestesia general?

—Sí, se trabaja con anestesia general. Hay que tener en cuenta que estos casos se operan desde la cavidad bucal.

Lucrecia se llevó, muda, las manos hasta la boca y asintió silenciosa.

—¿Puede haber complicaciones?

— Siempre puede haber complicaciones, Lucrecia; hasta una operación de apendicitis tiene riesgos y cualquier médico se lo va a decir, pero tenemos el mejor equipo y a los mejores profesionales, hombres y mujeres, gente de primera línea.

—Perdóneme por las preguntas, pero ¿qué tipo de complicaciones?

—Comprendo sus dudas, también las tendría yo si estuviera en su lugar. No me molestan sus preguntas. Bueno, en este caso las complicaciones pueden tener que ver con la audición, por

ejemplo, aunque le aclaro que en la mayoría de los casos, si se presentan, son temporales. Prefiero no adelantarme a dar más detalles en cuanto a posibles daños colaterales, porque todo depende de muchos factores que por ahora, no manejamos. Soy muy optimista, claro que sí, aunque la medicina no es una ciencia exacta. De todas maneras, no nos apuremos. Estoy a su disposición a partir de ahora y a cualquier hora. Sí, aquí tiene mi celular, y me puede llamar usted o su esposo. Por supuesto, podemos hacer una interconsulta. Pueden hacerla por su cuenta o yo les puedo sugerir un par de especialistas en Buenos Aires. Sí, probablemente, los otros profesionales también quieran hacer sus propios estudios. ¿Urgente? Bueno, digámoslo así: yo no dejaría pasar mucho tiempo.

Lucrecia estuvo a punto de pedir un momento para anotar lo que había preguntado y lo que le había respondido para contarle a Gustavo, pero le dio vergüenza porque la libretita que tenía en la cartera tenía dibujitos de princesas con purpurina en la tapa. Qué tonta, se la había comprado en una estación de servicio. Siempre le habían gustado las baratijas adolescentes. Notables las cosas en las que se repara en ese segundo lento en el que una tropieza y, sin nada de qué agarrarse, trastabilla una, dos veces, suelta lo que trae en las manos y cae. Estaba allí, frente a un hombre que ahora sabía todo lo que le importaba en la vida, que tenía sobre su escritorio un papel con las respuestas que había ido a buscar, un hombre que la miraba con un poco de compasión. Le hubiera gustado que la abrazara, pero a lo mejor no era una buena idea. Seguro que no. Los médicos no abrazan porque saben que el contacto físico en un momento así es la última valla de contención y esa persona

malherida todavía debe salir de allí, subir a un ascensor, llegar a la calle y caminar hasta su casa.

Lucrecia intentó pensar en las preguntas que habría hecho su marido si se hubiera atrevido a ir con ella, en las que a ella misma se le ocurrirían más tarde cuando estuviera en casa. Pero escapó por la tangente.

—Una preguntita más. Tengo un problema, doctor —murmuró.

—Dígame.

—La semana que viene Fermín tiene el campamento de la amistad con la escuela. Van a Carcarañá en carpas, es una noche nada más y hace meses que...

—Puede ir si no hay fiebre y no tiene dolor de cabeza. No hay problema.

—Ah, y el mes que viene la maestra va a empezar con la práctica de las olimpiadas de matemáticas. Pidió que no faltara nadie...

El doctor Cernadas la miró sin contestar. Parpadeó varias veces y bajó la mirada. Pensó que bastante había aguantado sin desbarrancarse esa madre. Había escuchado el diagnóstico, preguntado atinadamente, entendido hasta donde fue posible las respuestas, asentido, aceptado, en fin. Pero estaba llegando al límite.

Se levantó, dio la vuelta a su escritorio y se sentó en la silla vacía a su lado, con los codos apoyados sobre las rodillas y los dedos entrecruzados.

—Lucrecia, escúcheme —dijo despacito—. Esto es lo que vamos a hacer...

Capítulo 4

Tobías Príncipe y Fermín Suárez tienen doce años y están en el mismo grado. Lucrecia, la mamá de Fermín, y Florencia, la de Tobías, se conocen desde la época de la secundaria aunque después, como suele pasar, anduvieron por distintos caminos. Por pura casualidad, se pusieron de novias con dos amigos estudiantes de ingeniería y fue así que se reencontraron. En aquel entonces, las dos estudiaban y trabajaban. Juan Ignacio y Florencia se casaron después de tres años de noviazgo, y Lucrecia y Gustavo, unos meses más tarde. Tobías nació dentro del año y Fermín, dos meses después. Los dos padres se recibieron durante el siguiente semestre y después de un tiempo, consiguieron trabajo en la misma empresa, casi al mismo tiempo. Esta empresa les dio vivienda en un barrio cerrado y más o menos selecto, cerca de Rosario, con muy buenas posibilidades de progresar como profesionales y sueldos más que adecuados. Las chicas abandonaron temporalmente sus carreras y se abocaron a instalarse en el nuevo papel de amas de casa y madres. Tanto Lucrecia como Florencia, al principio, se sintieron ajenas en el barrio. Algunos códigos les parecieron razonables y otros, un tanto arbitrarios; pero no había dudas de que todo en general apuntaba a la buena convivencia. Que no se pudiera tender la ropa a la vista, por ejemplo, es una regla que inicialmente sorprendió a muchos, especialmente a las mujeres, pero que si

bien se mira, tiene sentido. Un sentido estético, más que nada, y después de todo tampoco es tan importante porque los arquitectos y diseñadores previeron una manera sencilla de que la ropa de todo el mundo se secase al sol, pero al reparo, como les gustaba decir. Los servicios eran más que buenos y fueron mejorando, igual que los jardines, igual que el ánimo y la actitud de la gente. Igual que la raza de los perros y la marca de los autos. La diferencia quizás estaba en que algunos habían deseado vivir en un sitio así, con reglas determinadas por el nivel social y ellas no. Y ese fue un factor que ayudó a acercarlas, a buscarse un tiempo para estar juntas, con o sin algo que hacer; estar juntas nada más. Encontraron que había entre las dos más cosas en común de las que creían. A las dos les gusta la lectura, la pintura y la repostería. Los libros siempre son un buen motivo para juntarse y cambiar, regalar y comentar. La pintura es diferente. En ese terreno no lograron avanzar mucho, pero igual les sirve como proyecto. Y en cuanto a la tercera, rápidamente entraron en la competencia porque todos las halagan.

Con todas esas coincidencias y cercanías, era no solo esperable sino también lógico que los dos niños crecieran y se transformaran en amigos del alma. Pero, no. La amistad no funciona así. No con los niños, al menos.

Capítulo 5

Después del partido de fútbol en el club, Tobías se bañó y en vez de quedarse a cambiar figuritas con los amigos se fue a casa. Tenía que estudiar para la prueba de Lengua y su mamá le había dado instrucciones precisas.

—Estamos en mayo y no veo que esto se ponga en marcha —le había dicho seria, mirando la libreta del primer trimestre.

—Tengo todo seis y dos siete. Eso es bueno —se defendió.

—Uno de los siete es en Gimnasia. Vos podés mejorar esto. Es cuestión de organizarte.

Tobías sabía a qué se refería. El tema del hobby le estaba jugando en contra. Le gustaba leer sobre exploradores famosos de todos los tiempos. Al principio su interés había sido bastante general, casi dentro de los límites de la fantasía y la historieta, pero un día la bibliotecaria de la escuela, viéndolo un poco desconcertado ante una lista larguísima de libros que había sacado de Internet, le dijo:

—Tenés que enfocar. ¿Qué tipo de lugares te interesan? ¿Selvas, montañas, océanos, islas?

—Los muy fríos —contestó.

—Bueno, eso es un buen punto de partida. Ahora, ¿preferís leer sobre exploradores de la antigüedad, de la Edad Media o de dos siglos hasta hoy?

—De dos siglos hasta hoy.

—Bueno, entonces hay mucho para consultar, pero aún así tenés que especializarte. ¿Viste lo que hacen los traumatólogos? Se especializan en el dedo pulgar derecho y sobre eso saben todo absolutamente. Bueno, vos buscá hasta que encuentres lo que realmente te interesa. Se ha conservado precioso material de primera mano sobre este tema de exploradores. Es apasionante. Incluso, hay muchos vivos todavía. Si querés, te puedo sugerir algunos títulos.

A partir de allí, el interés por los aventureros y exploradores empezó a consumir cada vez más tiempo. Más organizadamente que al principio, pero más tiempo sin duda. Es que había veces, no siempre, claro, en que leer sobre las locuras que esos tipos eran capaces de emprender era más interesante que ver la tele.

Así fue como un día, Tobías llegó al Yeti. O, mejor dicho, llegó a un explorador que declaró haber tenido contacto personal con el abominable hombre de las nieves. Cara a cara. A principios de 1800, en el monte Himalaya, en la zona de Bután. Había organizado durante meses una expedición que nadie apoyaba. Había reclutado a los hombres y los perros y armado el equipo, y había marchado a la aventura. Cuando un año después regresó, sólo él y un hombre malherido, no le dieron la bienvenida porque hacía rato que pensaban que se habían muerto todos y tampoco creyeron una palabra de lo que había escrito durante el viaje. Había perdido la razón el pobre hombre, dijeron encogiéndose de hombros.

Y después del primero, Tobías encontró muchos otros.

Y fascinado por la historia, Tobías enfocó. Esa fantasía, ese mito inexplicable, ese ser misterioso que algunos juraban haber visto y otros negaban absolutamente que existiera, era lo

que realmente lo atraía. A partir de allí encontró una multitud de exploradores, estudió a los inuit, habitantes de las regiones árticas, y a los sherpas, que viven al pie del Everest y muchas veces sirven de guías a los expedicionarios. También estudió el inglés suficiente para poder leer alguna información originalmente redactada en esa lengua por diarios de la época. A medida que avanzaba, se fue dando cuenta de que algunos exploradores regresaban con la fantasía de haber visto al Yeti, pero con el testimonio solo no bastaba. Recibían la primera plana de algunos diarios del día siguiente, pero eso era todo. Los centros de investigación serios, los que respaldaban con dinero y equipo, no solo que no los recibían; ni siquiera les devolvían las llamadas.

Cuando Tobías habló con la bibliotecaria sobre el Yeti, esta se sonrió, desconfiada:

—Cara a cara, no creo que lo haya visto nadie. Esa es la fantasía de todos los exploradores, Tobías. Nadie hasta ahora, hasta donde yo sé, ha logrado probar la existencia del Yeti. Y a medida que lees, vas a encontrar a varias docenas más como estos hombres.

—Lástima.

—Para muchos se transformó en una obsesión. Algunos ven marcas en la nieve, les sacan fotos, que después salen veladas, otros encuentran huesos, garras, pelos, dientes, supuestamente pertenecientes al Yeti, pero ninguna de las instituciones que investigan en el mundo ha coincidido en los resultados. Y no es que hayan ahorrado dinero o esfuerzos. Se supone que se han enviado más de doscientas expediciones en busca del Yeti, solamente en el último siglo. Los ingleses y los estadounidenses tuvieron el apoyo de sus gobiernos, sobre todo, pero

también los países escandinavos. Eso, contando solo las oficiales, las que se dan a publicidad.

—Entonces, sí existe.

—Existe una criatura con pelos, claro, pero de ahí a confirmar que es el Yeti y que desciende del Neandertal, hay un paso largo. Y nadie, ningún gobierno quiere pasar un papelón y malgastar un montón de plata, porque así como están los que juran que existe, están los que lo niegan. En fin, Tobías, es lo mismo que el monstruo del lago Ness.

Después de ver *Una mente brillante*, película en la que el protagonista cubre las paredes de su estudio con hojas llenas de cálculos, Tobías comenzó a hacer lo mismo en los espacios que quedaban entre foto y foto, que ciertamente no era mucho. Las fotos eran de escaladores famosos, facsímiles de cartas, mapas, mensajes dejados en las cúspides de los montes más altos del mundo y encontrados muchos años después, a veces por casualidad, y titulares que hicieron historia. También consiguió un póster del Yeti en versión fantasía y lo pegó sobre la puerta del lado de adentro de su habitación.

Tobías siguió leyendo sobre el tema mientras consideraba con seriedad la posibilidad de estudiar antropología cuando terminara la secundaria. Ya sabía dónde se estudiaba, cuántos años tomaría y qué instituciones le podían dar trabajo. No muchas, es cierto, pero le gustaba pensar que esa podía llegar a ser su profesión. Además tenía que estudiar mucho más inglés por si le tocaba radicarse en el extranjero y trabajar de corresponsal para la National Geographic o para el Discovery Channel.

Sus amigos le decían riéndose que más le convenía recibirse de contador o algo así, porque buscar al Yeti no era una profesión.

—No nos apresuremos, campeón —decía su papá—, ya vamos a ver, hay que abrir las posibilidades y buscar un plan B.

—¿Qué es un plan B? —preguntaba él.

—Alguna otra cosa que te guste tanto como buscar al Yeti y caminar entre témpanos. Tiene que haber algo, hijo, no podés enfocar tu vida solo en una dirección.

—Bueno, voy a estudiar cocina, porque si no puedo hacer lo que quiero, cualquier cosa me da lo mismo —respondía Tobías y se encogía de hombros.

Su mamá, siempre con los pies sobre la tierra, apuntaba y abría fuego:

—¿Cuándo tenés prueba de Lengua?

Al entrar a casa, Tobías vio a Lucrecia charlando con su mamá. Estaban sentadas a la mesa de la cocina tomando café y agarradas de la mano. Se olían los brownies y sobre la mesada había una bandeja cubierta por una servilleta blanca. Lucre tenía puestos los anteojos de sol y seguro que se los había puesto al oírlo entrar porque estaba llorando. ¿Por qué otra cosa se los iba a poner dentro de la casa?

Tobías titubeó un poco y saludó desde la puerta.

—Cambiate, hijito, que te preparo la leche —lo atajó su mamá.

Tobías se miró la remera y las zapatillas sin decir nada y su mamá asintió con la cabeza. Más que asentir, fue un movimiento del mentón así, como diciendo “Andá, andá para arriba un momento”. Ella se había dado cuenta de que estaba cambiado y bañado, pero necesitaba un ratito más con su amiga.

Con el pie sobre el primer escalón, Tobías se acordó:

—¿Por qué faltó Fermín hoy?

—Tiene gripe, pero no es nada.

—Sí, la seño le dijo que tenía mucha tos el otro día. Decile que mañana es la prueba. Si querés, le mando un mail y le explico.

—¿De qué es la prueba?

—Ortografía.

Tobías pronunció la palabra deteniéndose intencionalmente en la "r". Y agregó:

—Pero esta vez nos dio la lista de palabras porque con la última nos fue a todos para el...

—Tobías —frenó mamá.

—...mal. Bueno, le mando la lista, no te hagás drama, Lucrecia.

Esa noche, Tobías estaba mirando televisión en la sala y oyó a sus padres conversando en la cocina. En general, no se interesaba por sus temas pero algo en el tono de uno o de otro le hizo prestar atención. Primero bajó uno o dos puntos el volumen, luego abandonó la posición recostada en la alfombra y se sentó en el sillón y, finalmente, se acercó a la puerta de la cocina sin dejarse ver. La voz de mamá era demasiado bajita y no se entendía bien, pero papá hablaba alto.

—¿Eso tiene cura? —preguntó Juan Ignacio.

—...

—¿Y cuándo se enteraron?

—...

—¿Pero tuvieron algún aviso? ¿Le dolía algo?

—...

—Es increíble cómo de un día para el otro te cambia la vida.

—...

—¿Saben ya qué van a hacer? Me refiero a dónde se va a atender y esas cosas.

—...

—Bueno, deciles que lo que necesiten...

Capítulo 6

Después de la clase de gimnasia el grupo de mujeres acostumbra quedarse a tomar un café breve antes de volver a preparar la cena. No son más que quince o veinte minutos pero les sirve de recreo y les ventila las ideas, bromean ellas. Igual, casi nunca hablan de otra cosa que no sea los chicos, los maridos, las maestras, las tareas, la cocina y, a veces, de las cosas que ya no hacen; raramente, de las que no se animaron a hacer y mucho menos de las que piensan que ya no harán. Probablemente, varias de ellas mantienen la clase de gimnasia por esos minutos liberadores después del vestuario. Ese día Florencia se despidió pronto y explicó que tenía un par de cosas que resolver. Sus amigas le preguntaron riéndose qué podía haber más importante que el sagrado cafecito *after shower* —como les gusta llamarlo— y ella inventó que el desagüe de la bañera andaba mal, que el Jefe de Mantenimiento no había respondido en toda la tarde a sus mensajes y que si no llegaba a casa antes de que los hombres se metieran a la ducha, el agua iba a correr en torrente, escaleras abajo hasta la sala. Besos. “Chusmeen sin mí”.

Sin embargo, cuando llegó a la puerta del club la alcanzó Alejandra Martorell, la mamá de César López Decó, otro compañero de Tobías y Fermín. Justamente, lo que quería evitar.

—Quería saber si te habías enterado de algo más —preguntó y aclaró enseguida—: sobre Fermín. Estuve charlando

con Lucrecia el lunes, a la salida de la escuela. Me pareció preocupada.

—Sí, lógico, están muy preocupados —asintió Florencia y empezó a caminar.

—Yo me quedé helada —siguió Alejandra—, no supe qué decirle.

—Nadie sabe.

—Ustedes son muy amigas, ¿no?

—Sí, nos conocíamos de chicas y nos reencontramos por los trabajos de nuestros maridos.

Alejandra asintió sin saber qué más decir pero siguió caminando, un poco frustrada por la falta de eco a sus comentarios. Y sugirió:

—Vamos a tener que decírselo a los chicos.

—¿Qué cosa?

—Bueno, no sé, lo que pasa, lo que va a pasar con Fermín. ¿Ustedes qué van a hacer?

—No sé todavía. Por el momento, nos mantenemos cerca por si podemos servir para algo. Además, no sabemos qué va a pasar con el chico. Ojo con lo que decimos porque las palabras tienen fuerza.

—Yo, Florencia, te digo la verdad, preferiría parar la pelota acá, ahora.

Se detuvo una, después la otra. Estuvieron por pronunciar lo irreparable. Debían tener cuidado con las palabras que eligieran.

—¿Cómo acá? ¿Qué pelota? —toreó Florencia.

—Nada, lo que te dije. Cuando digo acá quiero decir que me parece mejor que los chicos se mantengan aparte.

—¿Aparte? Van al mismo grado. Se ven todos los días.

—No me entendés.

—Y, no.

—Para evitarles sufrimiento inútil. Para eso. Porque esto no va bien y tampoco va a terminar bien. Yo no creo en este tema de la fuerza de las palabras. El chico tiene lo que dicen los estudios que tiene y nada más. Y si todo saliera bien, Dios quiera y la Virgen, acá estaremos.

—Ahora sí te entendí.

—No es que sea desalmada.

—No, no. ¿Quién dice eso?

—Me parece que me recriminás, con la mirada, digo. Yo tengo la boca así de grande y, a veces, la gente me malinterpreta. Mi marido dice que soy muy directa para decir las cosas. Y tiene razón, pero yo no sé decirlas de otra forma.

Florencia sonríe un poquito mirando al suelo.

—Está bien, Alejandra —aflojó—. No decís mal las cosas. Las decís bien.

El viento frío le fue ganando terreno a la ducha caliente y las dos comenzaron a tirar, con las manos metidas dentro de los bolsillos. Hicieron silencio durante treinta metros. Silencio enojado, ofendido, lleno de bronca. No tanto por lo que habían dicho sino por lo que no se habían atrevido a decir claramente.

Alejandra aminoró la marcha. Se detuvo.

—Hablamos mañana.

—Dale.

Capítulo 7

Florencia no se arrepintió de haber dejado el auto en la cochera. Necesitaba caminar. Sacó el gorro de lana del bolso y se lo puso porque todavía tenía el pelo mojado. La rutina del gimnasio, aunque reconocía que le hacía mental y físicamente muy bien, que dormía mejor y la mantenía en peso, tenía que ver con la insistencia bien intencionada de Juan Ignacio y casi podía decir que había aceptado con tal de no seguir escuchándolo. Los primeros vientos de junio eran helados y a ella, a medida que pasaban los años, cada vez le gustaba menos el invierno. No quería imaginarse vieja al lado de la chimenea, en pantuflas y envuelta en una manta pero probablemente, hacia ese lugar estaba marchando. Odiaba el invierno porque el frío le secaba la piel, la apagaba, la encogía, la dejaba sin energía para dejar la cama a la mañana, para proyectar salidas. Probablemente tenía que ver con el barrio y las nuevas amigas y la necesidad de tener que subirse al auto y hacer cuarenta kilómetros para tomar un café en la confitería del Parque Independencia, mirando los patos. Ahí en el barrio también había un lago artificial y cuatro patitos grises, es cierto, pero no era lo mismo. En eso —según lo veía ella— habían fallado los diseñadores. Gris no es un color bonito para un pato, definitivamente.

Y el rechazo al invierno, además del tema de la temperatura, también tenía que ver con esa etapa de la vida de una mujer en

la que los días se repetían casi como un calco, unos a otros. Pero ese día estaba molesta por haberse molestado. Eso era lo que pasaba. Por no haber podido tener una conversación serena con Alejandra Martorell. Por no haber podido explicar su posición sin ofenderse porque pensara diferente y, sobre todo, por haber sentido —afortunadamente había conseguido frenarlo— el deseo de ofender, de atacar. Alejandra, había que reconocerlo, era una imprudente. No conocía la cautela, era una atolondrada siempre, dijera lo que dijera, y si había una mala manera de decir algo, una inapropiada, seguro que la encontraba tarde o temprano. Pero había que reconocerle que era frontal y en este caso, había actuado de acuerdo a su estilo. Ella, en cambio, no había decidido aún de qué manera debía o quería actuar con respecto a Fermín. Por un lado, deseaba ayudar a su amiga Lucrecia y, por el otro, proteger a Tobías. “¿De qué? ¿Protegerlo de qué?”, se preguntó mientras apuraba el paso. Del dolor, del sufrimiento, claro. Pero eso es imposible —o posible hasta un cierto punto—, porque no se puede encerrar a un niño, por más que viva en un barrio cerrado, en una burbuja; no se puede aislarlo, apartarlo, hacerle creer que todo es bonito, y seguro y que esto va a andar bien y nada te pasará nunca. Acá está mamá y papá y vas a estar bien. No se puede. No se debe tampoco, porque no es verdad. ¿O no había ocurrido hacía dos años ese terrible accidente, de una familia de seis, destrozada en un accidente automovilístico, un espantoso choque frontal en el que solo sobrevivió un niño? De pronto, se lo tragó el infierno; de pronto, su hermosa vida se quedó vacía, sin papás, sin hermanitos, sin nada. Las maestras de los chicos que fallecieron la pasaron mal. Por la pena personal y también porque no encontraban

la forma de consolar, de contener a sus otros alumnos. Algunas encendieron una vela, otras plantaron un arbolito y le pusieron nombre y también escribieron una poesía y luego le pusieron música y la cantaron. Maneras de buscarle sentido a las cosas, de creer que no todo se ha acabado. Tobías y algunos amigos de la escuela y del club se habían enterado por Facebook y hablaron entre ellos, asustados, con sus maestras y maestros y también fueron a casa e hicieron preguntas tristes y angustiosas que nadie pudo responder.

Aunque el tema de Fermín no era, ni lejos, tan grave, podía llegar a ser serio y Florencia se cuestionaba ahora, indecisa y fastidiada con ella misma por no tener una postura clara. Alejandra, si bien se miraba, tenía una ventaja con respecto a ella porque antes de que la cosa se complicara, en el caso de que así ocurriera, había elegido sin muchas vueltas el camino por donde andaría; ella, mientras tanto, se había quedado parada en la encrucijada mirando hacia un lado y hacia el otro, como una niña perdida en la oscuridad.

Bueno, tendría que hablarlo con Juan Ignacio. Su marido tenía una forma clara de considerar las cosas.

Capítulo 8

“Para empezar, no me gusta que me impongan nada. Leer un libro por semana, por ejemplo; comer lentejas, otro ejemplo; rastrillar las hojas del jardín los sábados a la tarde; ayudar a lavar el auto de mamá; y así podríamos seguir hasta mañana. Tengo amigos a los que lo único que les piden es que no dejen la ropa tirada por el suelo o el toallón húmedo dentro del bolso. ¿Qué soy yo? ¿Un muñeco con el que hacen lo que quieren? Esto ni se lo digo a mi mamá para que no se enoje”.

—A propósito de muñecos, leí un cuento terrorífico que habla de cómo van a ser las familias dentro de muchos años. O, a lo mejor, no tantos. Resulta que una mamá tenía dos nenes; uno tenía tres o cuatro años y el otro era un bebé de un año o más o menos que apenas caminaba. El más grande tenía celos del chiquito porque le pateaba sus torres de maderitas y lo molestaba todo el tiempo y la madre le pedía que tuviera paciencia, en vez de ayudarlo, sacándole el hermano de encima, por ejemplo. Bueno, la cuestión es que un día, cansado de que lo molestara, el pibe grande agarra al más chico del cuello y lo aprieta hasta que deja de moverse. La madre aparece a los gritos, ve al nene tirado en el suelo con el cuello torcido y los ojos abiertos, lo da vuelta desesperada, lo levanta y se da cuenta de que el hermano mayor ha apretado un botón que tienen todos los chicos en la nuca. “¡Qué has hecho, qué has hecho!”, grita la madre, “¡oh, no,

no, te dije que no le hicieras daño!", pero al bebé se le cae la cabeza para un costado. Parece que el botón, una vez que se apretaba, *game over*.

—¿De dónde sacaste este cuento horrible? Es lo peor que he escuchado en mi vida —me preguntó mamá cuando se lo conté.

—Del libro de Inglés del hermano de Benjamín Castello. A mí me pareció divertido.

—Bueno, es espantoso y no va a ocurrir nunca. Los niños no tienen un botón en la nuca y no son muñecos que se compran y que se pueden desenchufar cuando uno quiera. Eso no es un hijo. Un hijo se lleva en la panza nueve meses o se adopta y no se desconecta nunca, pase lo que pase.

Entonces, volviendo a lo que decía antes, si yo no soy un muñeco y no tengo ningún botón en la nuca ni en ninguna otra parte, ¿por qué me quieren obligar a hacer cosas que no me gustan? A ordenar mi cuarto y a bañarme, vaya y pase, a ir a la escuela también, pero a elegir a los amigos no pueden obligarme. Y esto tiene que ver con lo que pasó ayer.

Yo estaba mirando televisión y mi mamá al lado, poniendo en orden la caja de remedios. Mientras hacía girar los envases de un lado para el otro buscando la fecha dijo como al pasar:

—Me gustaría que fueras a visitar a Fermín.

—¿A quién?

—No me estás prestando atención. A Fermín Suárez.

—¿Por?! —me senté derecho y la miré.

—¿Cómo, por? ¿No viste que está faltando a la escuela?

—Sí, Delfina Ponce también ya faltó dos días esta semana. Y

Juan Cárdenas faltó ayer. Los primeros fríos, dijo la maestra. Hay una chica que tiene tos de perro y la seño le preguntó si fue al doctor. Capaz que mañana falta también. ¿Y qué tiene?

—Pero Delfina y Juan son casos diferentes.

—Sí, Delfina tiene la abuela enferma en Rosario y Juan pisó mal y le enyesaron la mano.

—¿O el tobillo?

—No, ma, cuando se cayó, se rompió la muñeca.

—Bueno, te decía de Fermín. Esos casos son diferentes a Fermín.

—Fermín tiene gripe. ¿Y si me contagio?

—Está mejor de la gripe ya. No te vas a contagiar. Tampoco es gripe.

Yo ni contesté. No entendía bien adónde quería ir a parar y conociéndola, sabía que algo más diría. Además, quería ver cómo terminaba la serie que estaba mirando.

—Bueno, ¿me vas a contestar o no? —siguió.

—¿Cuál era la pregunta?

—Volvamos al principio de la conversación, Tobías —suspiró—. Te dije que me gustaría que fueras a visitar a Fermín.

—Ma, las visitas son cosas de mujeres. Los varones no se visitan.

—Está bien, no lo vayas a visitar; pasá por la casa nada más y preguntale cómo está.

—Ya me dijiste vos cómo está.

—Le podés llevar la tarea.

—Se la mando por mail. Pero si la quisiera me la hubiera pedido. En mi grado, nadie le lleva la tarea a nadie.

—Está bien, si no querés ir, decímelo.

Y me miró de frente. Dejó de ordenar la caja, se dio vuelta y me miró. Ofendida encima. Pero yo no me achiqué.

—Y claro que no quiero ir. No sé por qué se te ocurre esto de que pase y le pregunte cómo está. ¿Quién hace eso? Y además, Fermín no es amigo mío.

—¿Cómo que no? ¿No pasan toda la mañana juntos, nueve meses al año, desde que tienen siete?

—¿Y eso qué tiene que ver? No todos los chicos de mi grado son amigos míos y algunos son más amigos que otros. Fermín no presta nada, no comparte la vianda, ni te presta plata si no llevaste, y lo peor de todo es que es buchón, ¿entendés?, buchón.

Mamá volvió a sus remedios. Pero hacía de cuenta que revisaba. Cambiaba de lugar las cajitas, nada más.

—Ma, no te enojés. Vos siempre decís que a los amigos hay que cuidarlos. ¿Sabés por qué Fermín se va a Rosario para su cumpleaños?

—Sí, porque allá está la familia, la abuela, la tía.

—No, se va porque acá no puede hacer fiesta de cumpleaños porque no iría ninguno.

—Estás exagerando...

—No, no, vos decís eso porque la querés a Lucrecia.

—¿Por qué no me contaste nunca eso?

—Qué sé yo. Porque no me importa. Tengo mis amigos y nada más. No es que estemos peleados ni que no nos hablemos; lo que pasa es que tiene cero onda Fermín. No habla con nadie ni juega con nosotros en los recreos ni se ríe de las bromas que hacemos. No existe, bah.

Mamá se quedó mirando sus remedios y moviendo los dedos en el aire, el índice y el pulgar, como si estuviera por

agarrar una caja. Estaba pensando en otra cosa. Pero yo quise seguir explicándole lo que pasaba porque ahora que había abierto la boca, quería que me creyera. Y la serie que estaba mirando ya había terminado.

—El otro día Felipe Morandini le pidió el compás porque teníamos prueba de geometría y Fermín le preguntó: “¿Y el tuyo dónde está?”. ¿Me entendés? ¿Cómo le va a decir eso? Imaginate lo que habrá sido en la salita de cuatro. El rey de los egoístas. ¿El tuyo dónde está? Felipe le dijo que se lo había olvidado en la casa y dale, apurate, pásamelo por debajo del banco que viene la seño revisando uno por uno. ¿Sabés lo que le contestó Fermín? “¿No te acordás que ayer nos dijo que teníamos que traer cada uno sus útiles? Jodete, la próxima vez no te lo vas a olvidar”.

Mamá frunció la boca y miró para arriba con un suspiro.

—¿Y vos por qué no le prestaste el tuyo? —sugirió.

—¿Eh? Ah, yo también me lo había olvidado y a mí me lo había pasado una chica. Pero eso no fue lo peor.

—¿Qué más pasó?

—Que la seño se dio cuenta de que Felipe se había olvidado su compás y que se lo estaba pidiendo a Fermín que lo tenía en la mano, así paradito como un trofeo, sonriendo como un estúpido, y no se los pidió a ninguno de los dos. Dejó de pasar por los bancos, volvió al frente y dijo que todos los que se hubieran olvidado sus útiles podían, por esa única vez, trabajar de a dos. Y dijo también: “Mejor que aprender a medir los lados de un triángulo es aprender a compartir y a ser buen compañero”. Tomá. “Chupate esa mandarina”, pensé yo, como dice la abuela. Nos salvamos varios ese día, pero ella lo dijo por Fermín. Y porque

no es la primera vez que lo hace. Cuando estábamos en primer grado también lo hacía. Señalaba con el dedo al que se ponía un crayón en el bolsillo para llevárselo a la casa.

Mi mamá agachó la cabeza y se llevó la caja de los remedios.

Visitar a los enfermos me parece horrible pero visitar a un buchón, que encima está enfermo, es una pesadilla. No me gusta hablar mal de los compañeros y menos de cosas que ya pasaron, pero mi mamá me puso contra la pared. Ahora, por suerte, creo que entendió.

Fin del tema.

Capítulo 9

Al día siguiente de aquella conversación acompañé a mamá a hacer algunos mandados. Pasamos por la casa de Magdalena, la señora que vende ropa que trae de Nueva York; por el club para dejarle a la encargada del vestuario una campera roja que se había traído sin darse cuenta, por el vivero para que don Francisco no se olvidara de que tenía que venir el viernes siguiente, y ya de camino a casa, paró frente a lo de Lucrecia.

—Bajá un minuto que tengo que hablar un par de cosas con mi amiga.

—Mamá, me hubieras llevado a casa. ¿Qué querés que haga yo mientras vos hablás con Lucrecia?

—Es un minuto nada más, Tobías.

Yo estaba furioso porque ella sabía que con Fermín no había ninguna onda y con la excusa de los mandados, me llevaba igual a la casa. O sea, que no le importaba nada de mí ni de lo que habíamos hablado. Se me llenaron los ojos de lágrimas de la bronca. Se bajó del auto pero como yo ni siquiera me saqué el cinturón me abrió la puerta y preguntó:

—¿Te duele algo?

—Nada —le contesté mal—, ¿qué me va a doler?

—Cuidado con el tono —me advirtió—. No te traje a pasar la tarde con Fermín, pero tengo algo que decirle a Lucrecia, nada más que eso. Es un minuto.

—Puedo quedarme en el auto si es un minuto.

—Sabés que no me gusta que te quedes esperándome en el auto solo. Bajá, por favor. Fermín está enfermo. Lo saludás y... eso, nada más, lo saludás. Y no hagás un drama de esto. No da para tanto, creo yo.

Fermín estaba recostado a lo largo del sillón, con dos almohadas debajo de la cabeza, mirando televisión, pero también tenía la tablet, un Nintendo y el celu, todo encendido. Chocamos las manos sin entusiasmo. Estaba pálido como cuando uno está descompuesto de la panza, pero tenía las mejillas rojas como cuando hay fiebre. Raro. También estaba ojeroso y un poco más flaco.

—¿Qué onda? —cabeceé.

—Todo bien —respondió Fermín sin dejar de mirar la pantalla, no me acuerdo cuál—. Mañana también falto —agregó.

—¿Estás enfermo?

—Un poco —se encogió de hombros—. Dicen que tengo altos los triglicéridos o algo así. Fui al médico más importante de Rosario.

—Mmm, bueno, qué suerte. Digo, que es el más importante. Se encogió de hombros.

—Si querés, te paso la tarea —ofrecí.

—Dale.

—¿Por mail o por celu?

—Dale.

Desde donde estaba podía oír a las dos mujeres en la cocina hablando sin parar, pero nuestra conversación, la de Fermín y la mía, había llegado a un punto muerto. En realidad, nunca había despegado, pero la podíamos dar por terminada.

Apreté los dientes con fuerza y me asomé para verle la cara a mi mamá o, mejor, para que ella viera la mía.

—¿Sabías que mi abuelo es *Ice Man*? —oí la voz de Fermín.

Me di vuelta despacio. Había hablado sin mirarme.

—¿Quién es *Ice Man*?

—Mi abuelo Carlos.

—*Ice Man* —repetí—. Mirá vos. No, no sabía. ¿Sabías que mi padrino es *Spiderman*?

Se rio con la boca cerrada, la vista fija en el celular.

En ese momento, mi mamá me llamó. Salí sin saludar.

Lo único que faltaba es que me agarrara de tarado.

Capítulo 10

Cuando llegamos a casa, me encerré en mi cuarto. Si no hubiera tenido tanta hambre me habría metido en la cama. Oí que papi estacionaba el auto en la cochera, entraba y charlaba un ratito con mamá. Un rato después, estaba sentado al lado mío en la cama.

—¿Qué pasa, campeón?

—Mamá me obliga a ir de visitas. Como Caperucita Roja, ¿viste? Lo mismo. Creo que mañana me va a pedir que le lleve algunos dulces a Fermín porque está resfriado.

Papá se rio bajito y se rascó la nuca cuando me vio doblar el brazo como si de veras llevara una cesta.

—Exagera un poco, tenés razón. Está preocupada por Lucrecia porque Fermín está enfermo.

—¿Qué tiene?

—Bueno, no es una gripe —dudó papá—. Tienen que hacer estudios todavía, pero hay un tema allí.

—¿Sabés lo que me dijo?

—¿Mami?

—No, Fermín. Me dijo que el abuelo es *Ice Man*. Y yo le dije que mi padrino es *Spiderman*. No sé si me toma el pelo o es estúpido. Será porque yo siempre hablo del Yeti y los pibes me cargan, no sé, pero me pareció que lo decía en serio.

—Ah, pero es verdad lo que te dijo. El padre de Gustavo, o sea el abuelo de Fermín, es un *Ice Man*.

—¿Un explorador?!

—Claro. Declarado *Ice Man* por sus conocimientos y sus viajes. Comandante de rompehielos, creo que era. Y una vez le oí decir a Gustavo que el hombre llegó a pasar dos inviernos seguidos en la Antártida estudiando no sé qué cosa. Muy pocos lo logran. Hace ya muchos años de eso, claro. Un personaje en la Marina el tipo, con condecoraciones acá en Argentina, en Estados Unidos y en Europa. Dio conferencias en todo el mundo, escribió un libro y todo.

—¿Fermín sabe todo eso?

—Cómo no va a saber, si es el nieto.

—Nunca contó nada.

—Bueno, creo que no se ven muy seguido con el abuelo porque no hay una buena relación en la familia. Pero, igual, con Fermín en el mismo grado pensé que habían hablado de eso mil veces. Justo un tema que a vos te interesa tanto.

—No hay onda con Fermín.

—No sabía eso.

—¿Está muy viejo el hombre?

—Bueno, no es un pibe, tendrá sus setenta largos, calculo, pero está bastante bien, considerando la vida que ha tenido. He visto una foto de él hace poco. Creo que está escribiendo un libro sobre sus memorias.

—¿Dónde vive?

—No sé. Viajando de acá para allá, me parece. Vas a tener que preguntarle a Fermín. Ah, dijo mami que ya comemos. Hay polenta con salsa.

Capítulo 11

Florencia miraba la calle desde la sala. La tarde estaba gris y fría, justo para una siesta. La mayoría de las madres estaba dentro de sus casas, los padres trabajando y los niños en el club. No había cortinas en los ventanales porque la idea del diseñador era que la claridad invadiera, avanzara, envolviera, se instalara en la casa sin dejar rincones oscuros, que la luz y la atmósfera y bla, bla, bla. El diseñador era Su Santidad allí en el barrio y ella no se animó a contrariarlo, pero ahora —y no solamente ahora, sino en muchos otros momentos— sentía que necesitaba una cortina. No para oscurecer el ambiente, sino para mirar hacia afuera con la seguridad de no ser observada. Nada más simple que eso. Ni nada más antiguo tampoco. Mirar por la ventana sin ser vista. Ahora mismo necesitaba fijar la mirada en un punto y pensar. Era esa la forma en que encontraba la calma y a veces, solucionaba un problema. En este momento el problema era que tenía que llamar a Lucrecia para preguntarle sobre el resultado de los estudios de Fermín. Habían llegado a la instancia de la segunda interconsulta, más por seguir un protocolo que por dudar del primer diagnóstico, y ese mediodía debían haber recibido el detalle. No había sido un buen mes para la familia porque los estudios los habían llevado a Buenos Aires y a Rosario, habían resultado más caros de lo que esperaban, más lentos, más complicados y las

conclusiones seguían apuntando al diagnóstico original. En Rosario, la última etapa, donde Fermín tuvo que permanecer internado dos días, afortunadamente tenían familia y eso alivió el tema, pero de todas formas había sido demasiada presión. Los síntomas que los habían alertado seriamente hacía dos meses seguían molestando, pero los doctores no querían avanzar sin estar absolutamente seguros de la naturaleza del problema.

Florencia miró otra vez la hora. “Bueno, al menos, la espera debe haber terminado”, pensó, aunque estaba segura de que la ausencia de una llamada era en sí misma una mala noticia. Después de consultar varias veces el teléfono y el mail, decidió llamar ella. Podría haberse puesto la campera y caminar hasta la casa, que no estaba tan lejos, pero no se atrevió. No quería ser invasiva. Quizás Gustavo estaba en casa y necesitaban estar solos.

El “hola”, solamente el tono del “hola”, fue suficiente. Pero había llamado para hablar, para transmitir, para consolar, no solo para saber. “Contame qué pasó, si querés hablar. Si no, llamo mañana, Lucrecia”.

—Ya sabíamos que esto era así, pero en el fondo, una guarda una esperanza; hasta que no lo ves escrito, ¿viste?, no te convencés, pensás que hay tiempo, que se puede, que no se puede, porque vas cambiando según el ánimo que tengas, ¿viste?, que mañana va a estar mejor por arte de magia, qué sé yo qué pensás. Pero la verdad es que hace mucho que Fermín está decayendo. No es de este año, no. Era otro nene antes, el año pasado y el anterior. Y, aunque Gustavo no lo quiera admitir, si comparo al Fermín de hoy con el que era hace cuatro

años, no lo reconozco. No, ahora está bien, pobre hijo, bah, está igual que ayer y que antes de ayer, con fiebre, con dolor de cabeza, mareado, siempre lo mismo. Mi marido no sé cómo está porque todavía no me llamó. En realidad, debe estar peor que yo por no animarse a llamarme. Pero no estoy enojada. No puede con esto, Florencia, es demasiado para él. Tan fuerte que parece, tan enorme, que se lleva el mundo por delante y ahora... vos sos la primera persona con la que hablo. Mi hermana Marina todavía no sabe nada porque está en España de vacaciones. Vuelve en veinte días. Y mi mamá no sabía que hoy esperábamos los resultados. Seguro que me llama esta noche, pobre, no sé cómo decírselo. ¿Y ahora cómo sigue esto? Bueno, tenemos que ir a Rosario. Todo se va a hacer allá. Sí, el médico dijo que la familia es muy importante así que él prefiere Rosario antes que Buenos Aires. Cuanto antes tomemos la decisión y pongamos fecha, mejor. Va a llevar varios meses de rehabilitación, sí, pero no sabemos cuánto. Sí, va a haber quimio también. Parte se hará allá y parte acá en casa, cuando esté mejor. Por la escuela no me voy a preocupar. ¿Qué es un año? Nada, dijo el médico. Ya lo recuperará después, o en el verano, quién te dice. Claro que todo va a estar bien, Flor, ya sé, todos dicen lo mismo. Sí, yo estoy bien. Claro que me gustaría que vinieras. Qué suerte que me llamaste. No, no me molesta, necesito hablar con alguien. Esta mañana, mientras esperaba que se hiciera la hora, preparé cascaritas de naranjas azucaradas. Sí, ricas salieron, bien sequitas. ¿Ahora puede ser?

Capítulo 12

La mañana gris y el viento helado habían dejado la calle vacía, y el pronóstico anunciaba una lluvia de aguanieve hasta la tarde noche. Carlos José Suárez Alonso tocó el timbre, breve, retrocedió un paso, echó los hombros hacia atrás y alzó el mentón con la mirada azul clavada en la mirilla. No esperaba ser bien recibido pero aquí estaba y no se marcharía sin ver a su nieto Fermín. Ojalá sólo estuviera en casa su nuera Lucrecia —de hecho, ella había autorizado su entrada en la guardia—, pero si también estaba su hijo, enfrentaría la situación. No se veían desde hacía tres años y medio, una semana y dos días. No por una discusión puntual, ni siquiera por un tema puntual, sino por toda una vida. Él no había sido nunca un buen esposo ni buen padre ni buen yerno. Siempre fue mal mirado por el resto de la familia porque dejó que su pasión por las exploraciones lo ahogara. Era su trabajo, sí, y nadie le reprochaba eso porque, después de todo, cuando se casó con María Emilia, la madre de su hijo, ya era esa su profesión. Y bien que recordaba cuánto la admiraban a ella por haber encontrado un novio tan exótico, tan distinto a todos los hombres conocidos; y cómo en las reuniones familiares lo miraban sonriendo, aceptando, aprobando. Ella le envolvía la cabeza con las dos manos y con los dedos delgados lo peinaba hacia atrás, hasta la nuca y lo miraba a los ojos, profundamente enamorada. Sus suegros, sus cuñados, todos cayeron bajo el hechizo sin

que él hubiera hecho nada especial, salvo contar alguna anécdota bien elegida que dejaba a las mujeres con las dos manos sobre la boca y a los hombres con un brillo de admiración en los ojos.

Pero era agradable dejarse querer, ser admirado y respetado, ser considerado buen candidato y apetecible.

Fue después de un par de años de casados que vio cómo cambiaban las expresiones de contento por otras de desconcierto, de tolerancia que se agota. La vida misteriosa que llevaba entre hielos ya no parecía tan fantástica ni tan seductora. Afortunadamente, entre expedición y expedición, Emilia quedó embarazada de Gustavo, el único hijo que tendrían, y eso extendió el plazo de paciencia. Cuando nació el bebé, sin embargo, estuvo claro que él no ejercería la paternidad de la forma convencional. No se trataba de dinero porque la Convención Mundial de Exploraciones del Ártico pagaba buenos sueldos y, a fin de año, excelentes sobresueldos a quienes permanecían más de dos meses en trabajos de campo, o sea alejados de la familia, y para los más atrevidos que se arriesgaban a quedarse dos temporadas seguidas, había recompensas especiales. El dinero, claro que era importante, pero de lo que todos estaban hablando cada vez más abiertamente era de estar en casa, de tomar el papel de esposo, de regresar a casa después de trabajar, de cenar en familia, de ir a los cumpleaños, de levantar al bebé en brazos, de fumar un cigarro con los hombres después de almorzar los domingos y de sacarle a la esposa esa cara de abandonada que arrastraba a todos lados. Esas cosas. Para cuando el niño cumplió los dos años, su suegro en persona vino a hablar con él. Le explicó que pensaba llevarse a su hija y a su nieto.

—Llevar —repitió él para darse un segundo.

—Alguien tiene que cuidar de ellos, ¿no le parece? —le soltó el viejo.

Lo estaba toreando. De todo corazón ese padre deseaba no tener que llevarse a la hija con su nieto. Esperaba que ese marido defendiera la casa, la situación y hasta probablemente se hubiera complacido en una actitud física agresiva, atropelladora, sí, ¿o no lo merecía su matrimonio? Se estaba llevando a su mujer y a su niño. ¿No era él, como hombre, como cabeza de esa familia, suficiente protección, buen proveedor? ¿No era todo eso? ¿Cómo se atrevía a poner los pies en su casa y decir que se venía a llevar a su mujer y al hijo? Casi hubiera visto con satisfacción que lo sacara de su casa a empujones. Se lo hubiera agradecido. También Emilia esperó con la mirada dolida.

Pero él no movió un dedo. Los dejó marcharse. No porque no los quisiera. Los dejó ir porque no podía ser ninguna otra cosa en la vida que no fuera lo que ya era. No encontró manera de resistir la atracción que ejercían sobre él las montañas heladas ni el proyecto que tenía entre manos y que el gobierno estaba a punto de subvencionar. No la encontró en aquel momento, ni tampoco después, sencillamente porque él era un hombre incapaz de amar a una familia por encima de todo lo demás y eso no cabía en ninguna explicación.

Nunca olvidó la mirada de desprecio de su suegro, el desasosiego de su esposa, el llanto del niño, su propia desesperación muda. Como si hubiera sido un espectador aéreo, recordó la imagen de su mujer con la cabeza gacha y el niño en brazos saliendo de la casa, detrás de su padre. Se recordó a sí mismo parado en el umbral, quebrado, derrotado, hecho un mendigo, pero incapaz de actuar.

Los años pasaron. Nada se recompuso, como le prometían sus compañeros de exploración, sin entrar en detalles. El niño creció sin quererlo demasiado y él mismo lo quería, pero a su manera. Casi ni lo conocía, en realidad. ¿Cómo se puede amar a una criatura a la que nunca se ve? Probablemente, amaba la idea de tener un hijo, pero nada más. Todos los hombres que exploraban con él tenían alguien de quien hablar, alguien a quien recordar. Eran como los marineros que se tatúan los nombres de las amantes o de las madres. Los hombres que escalan no tienen esa costumbre pero guardan en los bolsillos de sus chaquetas fotos ajadas, borrosas de tanto sobarlas, de tanto pasarlas por las mejillas barbudas. El no tenía cartas, ni fotos, ni tarjetas. No las recibía ni las enviaba. ¿Qué se puede escribir sobre un pedazo de papel que cubra tantos meses vacíos? Y luego, estaban los regalos. ¿Qué se le compra a un niño a quien no se conoce bien? ¿Qué le gusta hacer? ¿A qué juega? ¿Qué guarda en los cajones? ¿Y si le lleva un camioncito y su abuelo o su padrino acaba de regalarle uno muchísimo mejor? ¿Tiene ocho o nueve años? ¿Cuándo fue la maldita última vez que lo vio? Al regreso de sus expediciones, cada seis o siete meses, algunas veces no juntaba el coraje de ir a visitarlos y entonces, la ausencia se prolongaba. No resistía la mirada opaca de su esposa que no salía a la calle porque se sentía humillada, ni el reproche de su suegro que se extendió al resto de la familia, ni el desencanto del hijo que durante años creyó que cada vez volvía para quedarse.

Un día, al volver de una expedición demasiado larga, fue a buscarlo a la salida del colegio. Quería darle una sorpresa. Sabía que Gustavo volvía caminando solo a casa y no pretendía

más que acompañarlo unas cuadas y entregarle un regalo. Pero no logró reconocerlo entre la riada de niños que salían gritando felices. Lo buscó con desesperación, con el cuello estirado, de lejos primero, más de cerca después, cruzando la calle con su paquete entre las manos, pero no lo ubicó. Se quedó parado hasta que la vereda quedó vacía y la portera cerró los portones de reja mientras le echaba una mirada de ojitos quietos a ese señor que observaba niños.

Y otra vez estaba con un paquetito en la mano, regalo para su nieto esta vez, esperando que alguien le abriera la puerta, tan nervioso como aquella ocasión a la salida de la escuela, tan desconcertado, tan indefenso.

Quando oyó pasos del otro lado, se tensó. Lucrecia abrió.

—Sabía que vendría, Carlos —sonrió ella.

—¿Te avisaron?

—No. Sabía, nada más —y abrió la puerta invitándolo.

Él agachó la cabeza y agradecido por el gesto, entró.

Al primer vistazo le gustó la casa de su nuera. Olía bien, había una temperatura agradable allí adentro. Pocos muebles, pocos adornos pero bonitos, espacio para moverse. Era la primera vez que estaba allí. Le gustaba ella también. Hacía mucho que no se encontraba con alguien que conociendo su historia de abandono, no retrocediera.

—Hablé con tu mamá —dijo él.

—Claro. Y ella habló conmigo. Siempre están en contacto ustedes, ¿no?

—Es una abuela formidable tu madre. Ella sí. Isabel me llama una vez por semana para decirme cómo anda todo. Me manda

fotos. No ahora que estamos con el problema. Siempre lo hizo, desde que nació nuestro nieto.

Lucrecia asintió en silencio, sonriendo.

—Yo tengo mi propio álbum de Fermín. Espero que no te ofendas por eso.

—De ninguna manera, Carlos. Me parece muy bien lo que hace mi mamá. Fermín necesita abuelos y abuelas, cerca, lejos, lo que sea. Entiendo el problema entre usted y Gustavo, pero eso no tiene nada que ver con mi hijo o conmigo. Y usted también es buen abuelo.

Carlos negó con la vista baja. Lucrecia le puso una mano sobre el brazo y se inclinó a besarlo en la mejilla.

—El abuelo que puede, digámoslo así. Si las cosas hubieran sido distintas, quién sabe. Pero hoy, que lo necesitamos, está acá.

—¿No te preocupa que mi hijo se entere?

—No le escondo a su hijo que usted está cerca. Y le voy a decir algo más. Creo que sí sabe y mira para otro lado.

—Bueno, yo ahora me mudé a Rosario. Alquilé un departamentoito y me voy a quedar hasta que todo se solucione. En auto en media hora estoy acá. Si puedo servir de algo, aquí me tienen. Ya sé que a Gustavo no le va a caer bien, pero...

—No se preocupe. De eso me encargo yo. Cuando fuimos a Buenos Aires hace dos años a visitar a una tía, hermana de mamá y por fin se conocieron usted y Fermín, yo estaba muy feliz.

—Sí, me acuerdo de Justa, encantadora. Te agradecí tanto, tanto, que me avisaras y me dieras la oportunidad de encontrarme con Fermín. Lo quiero mucho. Mucho.

—Él también lo quiere y estaba muy contento. Por supuesto que se lo contamos a su hijo cuando volvimos. No hizo muchos

comentarios, es cierto, pero tampoco se enojó ni se opuso al nuevo encuentro que tuvimos en Semana Santa. El que calla, otorga. Y ahora Gustavo está trabajando, así que tomemos un cafecito.

—Hace mucho que él y yo... casi ni hablamos. Pero no es una crítica hacia él; al contrario, la culpa es toda mía.

—Carlos, no es tiempo de hablar de culpas; lo que pasó, pasó...

—Ya sé. Tampoco me gusta hablar de eso. A mí solo me importa mi nieto. ¿Cómo está?

Lucrecia dudó.

—Bien. En este momento duerme todavía. No está yendo a la escuela y un amigo o la maestra le mandan la tarea para que no pierda el ritmo y yo lo ayudo a hacerla. Pero la verdad es que no tiene ninguna importancia. Que pierda el año escolar o que no lo pierda es lo de menos. Al principio, estábamos preocupados por las faltas a la escuela —y agregé sonriendo con tristeza:— Después entendimos que el problema estaba en otro lado.

Carlos asintió con la cabeza. Por un momento se mantuvieron quietos, en silencio. Ella decidió acortar caminos y murmuró:

—La operación es dentro de tres semanas.

—Sabía eso, también por tu mamá. Supongo que cuanto antes mejor. ¿Cómo se lo ha tomado Fermín?

—No quiere hablar. Hemos intentado por todos los medios, pero no hay caso. Queremos, tanto su hijo como yo, demostrarle que no ocultamos nada pero él se niega a hacer preguntas, no quiere saber. De todas formas, hasta donde nos deja, hablamos. Es difícil, Carlos, le aseguro, muy difícil.

—¿Qué hace durante el día?

—No mucha actividad física porque está bastante debilitado y eso lo deprime. Mira televisión, juega en la computadora, Internet, todo lo que tenga que ver con pantallas. Eso, nada más.

—¿No tiene un hobby, algo que le guste hacer?

—Le gusta jugar con fotos, tiene una linda cámara que Gustavo le regaló. Y les hace cambios, mezcla fotos, hace trucos, Photoshop se le dice ahora, pero es un juego más que nada. No logro sacarlo del sillón, pero por lo menos se entretiene.

—¿Amigos?

—Tiene un amigo, Tobías. Un compañero de escuela.

—¿Es el único?

Lucrecia se encogió un poco de hombros.

—No sé si es el único que tiene, pero sí es el único que lo visita. Yo no les echo la culpa a los demás. No totalmente, por lo menos. Fermín es, siempre fue, un chico complicado con sus relaciones. El médico dice que este tumor le fue cambiando el carácter de a poco.

—¿Y vos? ¿Vos tenés amigas?

Duda.

—La mamá de Tobías, Florencia, está siempre yendo y viniendo. La conozco de cuando vivíamos en Rosario, en la misma zona. Pero este no es un barrio común, Carlos. Acá todo el mundo viene de otro lado, de otras provincias o de otro país, incluso. No hay historias en común, ni familias ni vecinos de toda la vida. Eso se extraña.

Callaron los dos. Después Lucrecia continuó, más porque necesitaba decirlo que porque su suegro no hubiera entendido:

—Los entiendo, digo a los padres de los otros chicos: cuando consigo ponerme en el lugar de ellos, los entiendo. No quieren tener que ver con la tristeza, con la enfermedad, con...

Carlos torció la boca en un gesto de desprecio, pero no respondió.

Ya habían vaciado las tazas. Ya habían dicho las cosas importantes que tenían para decir. No era un momento feliz y no valía la pena tratar de sonreír y preguntar tonterías, de manera que los dos permanecieron en silencio, sentados a la mesa. Había empezado a llover y las gotas golpeaban los vidrios de la ventana.

—¿Abuelo?

Fermín corrió hacia el explorador y hundió su cara en la camisa de franela mientras el hombre lo envolvía en un abrazo, la espalda encorvada, la cabeza blanca apenas apoyada sobre la de su nieto.

Capítulo 13

—Te llamó Fermín —dijo mi mamá apenas entré en la cocina.

—¿Para?

—No le pregunté. ¿Vas a tomar una chocolatada ahora o después de ducharte?

—La seño dijo que la tarea se la mandaba ella.

—Bueno, será por otra cosa que te llama. La choco, ¿ahora o después?

—Ahora. En la taza grande. ¿Vos sabías que el abuelo de Fermín era comandante de rompehielos?

—Me parece que algo sabía, sí, pero no estoy segura.

—No me dijiste nada.

Mamá me miró, extrañada, mientras yo marcaba el número de Fermín y caminaba hacia el lavadero a dejar el bolso con ropa húmeda.

—Ma, me tengo que ir.

—Tomá la chocolatada primero y bañate. O al revés.

—No, está el abuelo de Fermín en la casa. Para eso me llamó. Dijo: “Vos que no me creíste el otro día, vení a ver si no es cierto”. Tengo que ir a conocerlo. Voy un minuto, nada más.

—Supongo que el señor se va a quedar un rato. No podés ir transpirado como estás.

—Nunca en la vida voy a volver a ver a un *Ice Man* y ahora lo tengo a dos cuadras, ¿entendés?

—Bueno, está bien. Esperá que te llevo en auto que ya está lloviendo. Pero no me puedo quedar, te aviso, porque tengo una masa de pizza leudando.

Lucrecia me abrió y me llevó a la sala. Parecía contenta. Me dijo que el abuelo de Fermín se había quedado a almorzar y que estaban pasando una linda tarde. Vas a ver qué buena persona es. Te va a encantar. Más que encantarme, me quedé mudo cuando lo vi. Era mucho más alto que mi papá, más flaco, con la piel muy tostada, los ojos claros y el pelo casi todo blanco y bastante largo porque le tapaba el cuello de la camisa. Cuando me dio la mano creí que me iba a triturar los dedos.

—Los amigos de mi nieto son amigos míos también —me dijo serio.

Fermín estaba echado en el sofá y me miraba con gesto de “Viste que te dije”. Él también sabía que nosotros dos no éramos amigos, que no nos dábamos bola nunca, ni en el club ni en los recreos, así que no supe bien cómo se le ocurrió la idea de llamarme, pero allí estaba yo, estrechándole la mano al primer y único *Ice Man*, comandante de rompehielos, que conocería en toda mi vida. A lo mejor, Fermín me había llamado para florearse, como dice mi abuela, para jugar de ganador. Sobre la mesita baja había una valija llena de fotos, sobres que me parecían cartas viejas, mapas amarillentos, carcomidos en los bordes y desplegados con indicaciones, objetos raros mezcla de balanzas, reglas y brújulas de metal que nunca había visto antes y no sabía para qué podían servir. De repente tuve

ganas de quedarme a pasar la tarde allí. Me acordé de la discusión que habíamos tenido con mamá sobre la amistad y me sentí como un miserable.

—Me dice mi nieto que te interesa la exploración.

—Sí, mucho. Especialmente en hielo. Leo todo lo que hay en Internet y también tengo libros. Mi papá me compró la colección de la National Geographic de todos los montañistas famosos que llegaron al Polo. "Hielos Eternos", ¿la conoce? Son cuarenta y dos fascículos con los CD.

—Sí —dudó con una sonrisa—, la oí nombrar.

—Y también tengo los documentales en blanco y negro de "Exploradores de Cumbres Heladas" y el año pasado fui al Champaquí con la escuela —agregué apurado por mostrar todo lo que sabía, todo mezclado—. Leí un libro sobre Peary, el que llegó al Polo Norte, bah, Henson llegó primero, pero era negro así que nadie le dio la derecha...

Apenas el costado de una mirada burlona que pesqué en Fermín me hizo dar cuenta de que esas colecciones y esa información que me ponían tan orgulloso eran para principiantes y de que yo estaba hablando con un profesional de las cimas. Frené, avergonzado. Solo una cosita más quería decirle:

—¿Le puedo hacer una pregunta, comandante?

Fermín ahogó una carcajada grosera, pero su abuelo ni lo miró.

—Decime Carlos a secas. Las que quieras.

Ay, Dios mío.

—¿Cuál fue el pico más alto que subió?

Esa fue la primera de las mil preguntas que le hice, casi tartamudeando, y fue bastante básica, pero fui afinando la

puntería de a poco. Contestó a todo y además contó cuál había sido la noche más larga que había pasado a la intemperie, cuando estuvo a punto de morir congelado con cuatro compañeros porque perdieron el rumbo, del día cuando él mismo tuvo que cortarle la mano a un compañero para evitar que se muriera y a otro, dos dedos del pie derecho. Me contó las historias de Amundsen y de Scott, los exploradores que compitieron para alcanzar el Polo Sur a principios del siglo pasado. Yo ya había leído mucho sobre esos dos tipos pero *Ice Man* sabía cosas de primera mano, detalles, los finales de las historias, los verdaderos motivos que llevaron a esos locos a la aventura. Hasta la semana pasada yo había leído lo que el resto del mundo leía, pero de repente *Ice Man* los había hecho entrar en carne y hueso a la sala de Fermín. También dijo que cuarenta años atrás, lo llamaban personas muy importantes de los gobiernos de todo el mundo y le ofrecían equipo y personas entrenadas y buen dinero para que saliera a explorar. Él analizaba las propuestas, los riesgos, las condiciones, conversaba con el equipo y tomaba la decisión. También dijo que si la edad y el intenso frío no le hubieran afectado los huesos, en ese mismo momento estaría preparando una nueva excursión.

Fermín ayudaba con el relato cada tanto. “Contale cuando saliste de la carpa porque oías ruidos y te encontraste con tres osos rodeándolos”. “Contale cuando uno de tus ingenieros salió del refugio, pisó mal y el hielo se partió debajo de él”. “Contale, contale”.

Mil cosas contó y se notaba que no eran mentiras. Además, contaba muy bien y en un momento dado, sacó un mapa enorme muy bien doblado de un bolsillo, lo abrió y señaló los lugares en los que había estado, los itinerarios que había seguido,

los puntos donde se habían construido refugios para montañistas. Yo absorbía todo lo que escuchaba sin interrumpir. Después se me ocurrió que podía grabarlo con mi celular pero no me animé a pedirle permiso.

Le pregunté si alguna vez había sentido miedo y dijo:

—El miedo te obliga a ser precavido, a protegerte y a proteger a los que van con vos. Yo tenía siempre mucha gente a cargo, de modo que si no tenía un poco de miedo, estábamos listos. Ahora, demostrarlo es otra cosa, claro, porque si te ven perdido, los demás también se asustan, ¿entendés? O sea, que hay que tener miedo y mantener la calma al mismo tiempo.

—¿Y cuándo fue la vez que más miedo tuvo?

Carlos, el comandante de rompehielos, *Ice Man*, echó la cabeza hacia atrás y se peinó con la mano —ahí me di cuenta de que tenía los dedos torcidos— y pensó un poco.

—Cuando vi al Yeti, sin ninguna duda.

Aunque no lo estaba mirando, me di cuenta de la sonrisa satisfecha de Fermín. Ya no había dudas de quién era el dueño de la pelota. Yo llevaba años coleccionando figuritas y bajando artículos de Internet y armando carpetas y juntando réplicas de mapas y él, sin esforzarse, sacaba de la manga un abuelo que había estado con el Yeti. Fermín seguía sin gustarme, pero yo estaba atrapado para siempre.

Capítulo 14

Quería darle la impresión de que era un pibe serio, tranquilo, inteligente, capaz de aprender muchas cosas y de dudar de todo porque había leído en un artículo que los escaladores, los expedicionarios y los montañistas eran hombres duros que no se entusiasman fácilmente. Pero no pude.

—El Yeti —repetí intentando que no se me quebrara la voz. Yo no lo había mencionado todavía pero a lo mejor Fermín le había contado que yo estaba medio loco por el hombre de la nieve.

—Sí, el Yeti, o ese ser que se ha dado en llamar Yeti, existe —declaró Carlos.

—¿Y cómo es?

—Es un ser cubierto de pelos, mucho más alto y más fuerte que un hombre normal, que camina en dos patas vagando entre hielos, en absoluta soledad. Una criatura indefensa, diría yo. Están en el Himalaya, de eso estoy seguro. Y quizás en alguna otra región. Los *sherpas* posiblemente, al pie del monte Everest, también lo han visto. Y sabrá Dios cuántos más.

—¿Están?

—Claro. Son una comunidad. Se reproducen.

—¿El Yeti es humano?

—Hay antropólogos, exploradores y científicos de todo el mundo estudiando ese tema. Yo creo que tiene algo de humano. Es más, estoy convencido.

—¿Le sacó fotos?

—Claro, un rollo completo. En esa época, te estoy hablando de cuarenta años atrás, un rollo tenía treinta y seis fotos. También los filmé.

—Fotos del Yeti —repetí sin aliento.

—Del Yeti, sí. Frente a mí, lo recuerdo perfectamente porque fue la última expedición.

—¿Su misión era descubrir al Yeti?

—Era una misión encubierta. Ningún gobierno quería quedar pegado con un programa así, por las altísimas posibilidades de fracaso, entonces oficialmente se decía que el equipo buscaría minerales o estudiaría la fauna, y extraoficialmente, buscábamos a nuestro amigo. Pero no nos fue bien. Perdimos el rumbo, tuvimos tormentas, un alud, en fin. Afortunadamente, llegó el rescate a tiempo.

—¿Y usted cuándo vio al Yeti?

—El último día salí del refugio por unos minutos. Mis hombres estaban exhaustos, muy decaídos anímicamente. Yo caminé unos metros y de repente, lo vi allí parado delante de mí. Probablemente nos había estado siguiendo o vigilando nuestro refugio; nosotros éramos intrusos en su tierra.

—¿Quiso atacarte? —preguntó Fermín.

—En ningún momento. Incluso hubo un chispazo de inteligencia o quizás diría de entendimiento en su mirada, pero no de agresión. Yo tampoco quería hacerle daño, claro, y estoy seguro, como estuve aquel día, de que lo percibió.

—¿No se asustó cuando le sacaste fotos?

—Primero lo filmé. Me arriesgué en ese momento. Mucho. Temí que la situación se me fuera de las manos, pero no podía

darme la vuelta y no llevar testimonio de lo que tenía delante de mis ojos, al alcance de la mano. No podía. Las primeras fotos fueron a las apuradas pero cuando logré calmarme, puse otro rollo en la cámara y empecé a disparar con más tranquilidad. Recuerdo que estiré un brazo hacia la criatura, así, con la palma hacia arriba y los dedos abiertos. Y esperé. El Yeti me miró extrañado y dio un paso hacia mí y también estiró el brazo. Confieso que me corrió un escalofrío. Pensé que podría arrancarme un brazo, aun sin quererlo. Pero no. Puso su enorme mano peluda de uñas larguísimas y negras sobre mi antebrazo, acá, lo recuerdo, y me miró a los ojos. Y allí, despacio, sin apuros, saqué las mejores fotos, una detrás de otra. Material precioso, en serio. Primeros planos de su cara, de perfil, de sus manos, de cuerpo entero. Y no retrocedió. Recuerdo su mirada curiosa. Había algo de humano en esa criatura. Inolvidable.

—¿Por qué yo no encontré las fotos en Internet?

Apenas pregunté me arrepentí porque no quería que pensara que dudaba de lo que decía. La señorita de Ciencias dice que hay que aprender a formular preguntas si uno quiere recibir respuestas adecuadas. Pero *Ice Man* no se ofendió. Pensó un momento, como si estuviera eligiendo las palabras, y después explicó vagamente:

—Porque no se publicaron. Ni se publicarán nunca. Las grandes potencias mundiales han estado siempre detrás de este tema...

—Como con los extraterrestres, ¿no, abuelo?

—Claro. ¿Quién tiene dudas de que están entre nosotros? Pero no se puede sembrar el pánico entre la gente —afirmó *Ice Man*—. Por eso mis fotos duermen en un archivo secreto. Probablemente se abrirán dentro de setenta años.

—Setenta años es mucho tiempo... ¿Y la filmación? —pregunté, casi temblando.

Carlos se detuvo otra vez. Se mordió el labio superior, tomó aliento para decir algo, se arrepintió y miró a Fermín. El nieto sin incorporarse totalmente, se irguió, adelantó la cabeza y abrió los ojos grandes. *Ice Man* bajó la cabeza, dudó un instante y finalmente admitió en voz baja:

—La filmación no tenía la calidad mínima que se requería para ser considerada valiosa. Para mí, que había estado con el Yeti, era buena la imagen, pero no para ellos. De esa filmación conservo una copia, que con el tiempo y la ayuda de un técnico, pasé a fotogramas.

Esa noche, Tobías tardó en dormirse. No podía creer que finalmente había encontrado su eslabón perdido. No era fantasía el Yeti, y él acababa de conocer a alguien que lo había mirado a la cara. A partir de ese momento, podía seguir analizando el tema sin sentirse el más tonto, podía seguir juntando datos y cuando fuera el momento, más adelante, encarar, ¿por qué no?, su propia expedición. A partir de ahora, nada era imposible. El problema era dónde lo había encontrado. Había querido la suerte que la persona más importante del mundo estuviera en casa de Fermín, el chico que hasta el día anterior, había sido el que menos le importaba en el mundo. El buchón.

Capítulo 15

Lucrecia y Gustavo salieron del sanatorio y caminaron una cuadra tomados del brazo sin decir una sola palabra. Ninguno de los dos se acordaba muy bien de dónde habían dejado el auto estacionado, pero seguían a paso firme como si lo supieran. La temperatura marcaba tres grados, pero con el viento la sensación térmica indicaba dos menos. Ellos, encima, salían de un ambiente demasiado calefaccionado. Habían estado conversando largamente con el pediatra de Fermín y con el cirujano que lo operaría. También les presentaron a la anestesista, una mujer de unos cincuenta años de cabello corto y muy canoso. Era la última reunión que tenían con los tres médicos y tenía por objeto informarles sobre el tipo de intervención que llevarían a cabo, un paso a paso de los procedimientos, del tiempo que tomaría y de lo que se demorarían en tener resultados más o menos concretos. También debían firmar algunos formularios de protocolo pero, sobre todo, la reunión era para dar lugar a todas las preguntas que pudieran surgir y eliminar, en la medida de lo posible, la natural angustia. Lucrecia y Gustavo se enteraron de que también habría una psicóloga a disposición de ellos y de Fermín, después de la intervención y durante el tiempo que fuera necesario. Les aconsejaron que buscaran ayuda entre familiares para cuidar al niño por turnos. Si bien la presencia de los padres era fundamental había que

distribuir la carga para que fuera soportable para todos. No se trataba de una semana, de modo que, en lo posible, debían hacer un trabajo de equipo. Cuidarse mucho entre ellos, física y anímicamente porque tenían que estar fuertes para sostener a Fermín.

La reunión les hizo bien porque los médicos habían respondido todas las preguntas, habían estado relajados, se habían mostrado casi afectuosos y ninguno había manifestado apuro por irse.

Una vez en la calle, Gustavo barajó la posibilidad de hacer una grilla.

—Grilla. Ajá. ¿Para qué?

—¿No escuchaste lo que dijo el médico? Para organizarnos. No sirve de nada que nos agolpemos cuatro o cinco porque el día tiene 24 horas.

—Entiendo, pero de ahí a una grilla, no me parece necesario. Esta noche las llamo a mi mamá y a mi hermana.

—Vos sabés que a mí me gustan las cosas prolijas.

—Hagamos la grilla, entonces —suspiró ella.

Gustavo diseña formularios, planillas, listas con varias columnas casi mecánicamente, como si fueran una extensión de su cerebro moldeado por la facultad de ingeniería. Los hace hasta para ir al supermercado dividiendo lo que necesitan en rubros —limpieza, perfumería, lácteos—, pero Lucrecia es incapaz de leer información fragmentada, así que cada vez que su esposo propone hacer una planilla sobre las opciones de vacaciones, ella aprieta los dientes.

El tema de organizarse para cuidar a Fermín se arreglaba con un par de llamadas. O una sola llamada. Estaban la mamá

de Lucrecia, una tía y su hija, su hermana Marina, ella y Gustavo. ¿Qué grilla se necesitaba, por el amor de Dios? Caminaron en silencio hasta cruzar la calle Tucumán.

Después Lucrecia preguntó si ya le habían confirmado el adelanto de vacaciones y él le contestó que cuando hablaban ella no prestaba atención porque...

—...recuerdo que te contesté esa pregunta anoche.

—¿Añoche?

—Sí, me dan el tiempo que sea necesario, te dije —respondió él, fastidiado.

Caminaron tres cuadras. El auto no estaba. Desanduvieron camino, preocupados. Lo único que faltaba era que les hubieran robado el auto, justo en ese momento.

—Cómo no te acordás dónde estacionás el auto, digo yo —preguntó Gustavo, hablando en voz baja.

—Supongo que estás autorecriminándote. Por eso no voy a responder.

—No. Te estoy hablando a vos.

—¿A mí? ¿Cómo no me acuerdo, yo? —retrucó Lucrecia—. Si el que manejaba eras vos. Yo nunca me olvido porque siempre busco una referencia, un cartel, algo.

—Ah, sí, vos siempre, vos nunca. ¿Y aquella vez que te tomaste el ómnibus para volver del centro y habías dejado el auto en el estacionamiento?

Ella chasqueó la lengua en un gesto despectivo.

—De eso hace mil años. No sé qué tiene que ver.

—A mí me parece que es lo mismo.

—Y a mí me parece que la teoría de que los hombres tienen visión de túnel, con vos no funciona.

—Está bien, razonemos. ¿Tenés el ticket del estacionamiento?

—No, amor, vos pusiste las monedas. Acordate, cinco pesos.

—Entonces, nos excedimos. Ahí tenés la explicación. La grúa se llevó el auto.

Mientras discutían, Gustavo no dejaba de accionar la alarma esperando el parpadeo de las luces.

—Vas a gastar las baterías —vaticinó Lucrecia—. Tranquilo, que debe estar por acá. Allá, mirá, donde está el cartel de la mercería.

—¿Y si te acordabas, por qué no me lo dijiste antes?

—No me acordaba. Acabo de acordarme, Gustavo, acabo de acordarme...

Recién a la noche, después de cenar, lavar los platos y poner la casa en orden para el día siguiente, una rutina sencilla que hacían juntos todas las noches, ya en la cama, pudieron abrazarse en silencio, respirar al mismo tiempo y encontrar algo parecido al consuelo. Parecido.

Capítulo 16

—Ma, el lunes de la otra semana lo operan a Fermín —dijo Tobías sin dejar de mirar la compu.

—Sí, el lunes —contestó Florencia sacando dos huevos de la heladera.

—Tiene un tumor en la cabeza.

—Sí. Pero todo va a andar bien. Dejé la compu un momento y haceme un favorcito: alcanzame el cernidor, debajo de la mesada, segundo estante, al fondo.

Mientras miraba hacia el fondo, detrás de las cacerolas, Tobías comentó:

—Le van a sacar todos los dientes, me dijo. Va a quedar horrible.

—Bueno, no todos y tampoco es seguro, pero es una operación seria y el médico hará lo que tenga que hacer.

—Y si le hacen quimio, capaz que se quede pelado.

—El pelo crece. ¿Quién te dijo todo eso?

—Él. Cuando se fue el abuelo el otro día nos quedamos charlando un rato hasta que vino el padre.

—Sí, estuve hablando con Lucrecia. No es un buen momento para la familia. Por eso se me ocurrió la idea de que lo visitarás. No sé, para ayudar aunque sea con la compañía.

—Papi me dijo que no se llevan muy bien el papá y el abuelo de Fermín. Capaz que sea cierto porque *Ice Man* no se quedó a

esperarlo. Tomá —dijo Tobías pasándole el cernidor y volviendo a su juego en pantalla.

—Hijo, en todas las familias, más o menos, siempre hay algún conflicto. Lo mejor es no meterse, a menos que Fermín te quiera contar algo, claro.

—Y lo otro, ¿cómo se arregla? Lo de los dientes, digo.

—Bueno, ahora hay implantes.

—Sí, pero los implantes son para la abuela, digo, para la gente más grande.

—Papá tiene un implante y yo dos. Acá, ¿ves? y acá. Ni se notan. Muchos artistas se los hacen para tener la dentadura perfecta. Fermín es un chico, ya sé, y esto sería un caso especial. Quiero decir que si fuera necesario hacer eso, Fermín no se va a quedar sin dientes.

—Y sordo también, capaz que quede. ¿Qué estás haciendo?

—Una torta de zanahorias. Sí, el cerebro es complicado. Lo de la sordera, ahora que decís, es un tema más serio pero también tiene solución. Se rehabilita con ejercicios.

—Ah, mami, no lo digas como si fuera tan fácil. Es horrible ser sordo. Tenés que hablar con los dedos y nadie te entiende nada.

—Lo importante acá es que la operación salga bien, Fermín. El resto ya se irá solucionando.

—Dijo que tiene miedo. Y que no quiere que le cuenten nada de lo que van a hacer los médicos.

Florencia dejó de enmantecar la tortera y se dio vuelta para mirar a su hijo.

—¿Qué más te dijo?

—Que los padres quieren hablar de eso, de la operación y de lo que puede pasar, pero que él no.

—Pero con vos sí lo habló.

—No sé por qué. No somos amigos. Igual lo escuché.

Ella asintió y volvió a su tarea.

—Yo digo, ma. Si la operación es dentro de unos días, un suponer, para el verano estaría bien, bien, entonces.

—Mmm... me parece un poco pronto para estar bien, bien. Puede ser que lleve un poco más.

—Yo, igual, te quería decir que Fermín me da como un poco de lástima.

—Me imagino, hijo. ¿Fue algún compañero a visitarlo?

—Compañeros no, pero fueron la bibliotecaria, la seño de Matemática, la de Ciencias va a ir la semana que viene, y el profe de Gimnasia y la Vice, no sé. Padres, ninguno. ¿Por qué será?

—Bueno, los padres trabajan.

—¿Y las madres?

—Algunas también trabajan, pero no sé, Tobías. Cada uno actúa como le parece o como puede.

—Tienen miedo, a lo mejor. Bah, me parece a mí.

—¿De qué?

Madre e hijo se miraron, pero no hubo necesidad de responder.

—¿Y vos? —quiso saber Tobías.

—Yo también tengo miedo, hijo, claro. Pero elijo quedarme con mi amiga.

—Bueno, pero Fermín sigue sin ser mi amigo. Te lo aviso.

—Yo no te pido que sea tu amigo. Que no lo dejes solo te pido.

—Bah, un poco amigo capaz que sea, pero mi mejor amigo, no. Federico Campusano es mi mejor amigo.

—Claro, los amigos no saltan de un día para el otro. Yo no quiero que vos cambies de amigo y sé quién es Federico Campusano. ¿Por qué me decís eso?

—Porque el otro día te dije que no me llevaba bien con Fermín. Y él tampoco se lleva bien conmigo. Y como ahora fui dos días a la casa, para que no te pensaras que...

—No pienso nada, Tobías; pero me alegra que Fermín tenga con quien hablar.

—La verdad es que yo fui porque...

Pausa.

—¿Por *Ice Man*? —ayudó ella.

—¿Sabías que el abuelo de Fermín vio al Yeti?

Florencia mientras batía con fuerza la mezcla, apretó los labios en una sonrisa y se dio vuelta hacia el hijo.

—A mí siempre me dijeron que el Yeti era una fantasía.

—Pero Carlos, digo *Ice Man*, lo vio. Estuvo frente a frente con él. Lo tocó. Nos contó todo.

—Bueno, eso es otra cosa. ¿Tiene pruebas? —dudó.

—Le sacó fotos que están en el archivo de un laboratorio de los Estados Unidos. El tipo es un científico. Los científicos no mienten. Bah, digo yo... no sé...

—Bueno, Tobías, será así si él lo dice —Florence se encogió de hombros un poco sin dejar de batir con fuerza.

—Yo igual lo que te quería decir es que no me hice amigo de Fermín por *Ice Man*. Yo no soy un chupamedias.

—Ya sé eso. Y me imagino que te estás haciendo amigo porque encontraste en él algo que no es tan malo como te parecía antes. Nada más. La gente cambia, amorcito. Todo el tiempo. Guardá la manteca en la heladera, por favor. A veces, vos sos

amigo de alguien durante años y a la vuelta de las vacaciones, por decir algo, te das cuenta de que no tenés mucho en común con esa persona. Y otras veces, te separás de un amigo durante años por trabajo o por estudio y cuando lo volvéis a ver, es como si hubiera sido ayer. A lo mejor con Fermín pasa lo mismo. O no.

—La seño ya nos avisó que no va a ir por un tiempo a la escuela. Y Manuela Terrabusi preguntó si se iba a morir. Es una estúpida. Siempre pregunta cosas, qué sé yo, raras, y a veces, las maestras no saben qué contestarle.

Florencia abrió un tarro con azúcar morena y agregó dos tazas, espolvoreando con cuidado. Después lo pensó mejor y con dos dedos puso otro poco más y mezcló.

—¿Qué contestó esta vez? —preguntó.

—Que no —contestó Tobías sacando por un momento la vista de la pantalla—. ¿Qué nos iba a decir? Pero nunca se sabe... Vos siempre hacés dos cosas al mismo tiempo, ma.

—Vos también —sonrió.

—Pero, puede ser ¿no?

—¿Qué cosa?

—Lo que preguntó Manuela.

Tobías sacó la mirada de la pantalla y giró la cabeza para mirar a su madre un instante. Parpadearon juntos, dudando.

—No sé, hijo, no sé.

Pausa.

—Ma, ¿la zanahoria no era para la ensalada, así, con huevo duro bien picadito?

Capítulo 17

Federico Campusano está en séptimo igual que yo pero en el otro grupo, así que nos encontramos en los recreos. Es fácil verlo de lejos. Tiene los ojos un poco bizcos pero del mismo color que el pelo, las cejas y las pestañas: anaranjados. Color miel, dicen las chicas y se ríen como tontas y esconden la cara entre las manos. Porque les gusta, por eso se ríen. Y con dos dedos le agarran las puntas del flequillo que le cae por la frente y le dicen “ay, qué champú usás, qué divino”, y él hace así con la cabeza para atrás. Pero le gusta. Es mi mejor amigo a pesar de que hacemos cosas diferentes, nos gustan cosas diferentes y nos peleamos casi todas las semanas para siempre. Él estudia y hace la tarea todos los días, ya decidió que va a ser ingeniero como el padre, se ordena su propio cuarto porque no quiere que nadie más meta mano y, lo peor de todo, toca la flauta dulce. Eso sí, no da ventaja nunca en nada porque no le gusta perder ni a las bolitas, y cuando juega al fútbol se transforma en un loco que más vale no te le pongas en el camino porque te pasa por encima. No podemos ser más distintos, pero igual somos amigos porque siempre nos decimos la verdad y nos reímos mucho juntos.

A principio de año nos peleamos por Giovanna, es cierto. Yo me di cuenta de que nos gustaba a los dos porque no hacíamos más que hablar de ella. Entonces le dije:

—Campusano, una de dos. O vos o yo. Esto así no va.

Entonces, decidimos arriesgarnos y mandarle un mensaje. Cada uno inventaba lo que quería, o lo mandaba por privado en Facebook o por texto o lo que fuera. Y no teníamos obligación de enseñarnos lo que le decíamos. Y que decidiera ella. Nosotros no nos habíamos dado cuenta de que éramos dos gotas de agua en el mar de sus admiradores. Todos estaban enganchados con ella. Y se decidió por otro, claro, porque ninguno de nosotros dos estaba en su radar. Eligió uno de catorce años que cambió la voz en una semana, alto, morocho, que le compra alfajores en los recreos y se inclina para decirle secretitos al oído y para que sonría y pestañee varias veces y se ponga colorada. Ah, a nosotros no nos contestó los mensajes.

Y bueno, la vida no es justa. Qué se le va a hacer. A otra cosa.

Esa semana nos juntamos en casa de Federico y le conté lo de *Ice Man* y Fermín. Quería saber qué pensaba él de mis visitas a Fermín.

—Vos ya sabés lo que pienso yo de ese tema del misterioso hombre de las nieves. Para mí son todas pavadas. Pero te banco, hermano.

—Eso ya lo sé. No te estoy preguntando eso.

—Bueno, perdoname, pero a mí me parece que si el viejo no tuviera esa historieta con el Yeti vos no irías a visitarlo a Fermín —declaró sin vueltas.

—Bueno, no exageremos. Fui dos veces nada más. Y una porque me llevó mi vieja.

—Si el viejo no tuviera esa...

—Ya te escuché. Y tampoco es una historieta. Es un científico el tipo.

—Bueno.

Seguí con mis explicaciones:

—Lo que pasa es que Fermín está enfermo. Lo van a operar y capaz que le quede algún problema, o capaz que se muera, ¿entendés?

Asintió sin mirarme.

—No tenés que explicarme nada.

En ese momento, me arrepentí de haberle contado, porque cuando se pone en duro, lo ahorcaría. Callados durante un rato estuvimos. Después, él arrancó de nuevo:

—Vos me pediste una opinión, hermano. Disculpame si no te gusta lo que pienso. ¿Fotos me dijiste que tiene *Ice Man*?

—Sí. Bah, tiene una filmación, pero no se la aceptaron como prueba.

—¿O sea que no se debe ver el Yeti?

—Calculo. Pero él dijo que lo vio.

—¿Fotos no tiene?

—Las tuvo que entregar... A los tipos que pagaron la expedición.

Federico sacudió la cabeza con los labios apretados en una sonrisa torcida.

—No pongas esa cara —protesté—, porque vos no lo conocés a *Ice Man* ni estuviste allí para escuchar lo que decía. Las fotos no se las publicaron porque son peligrosas...

—¿Por qué van a ser peligrosas?

—Por el pánico... La gente se asusta.

—¿De qué se va a asustar, Tobías? Aunque fuera verdad...

—Es verdad —atajé.

—Bueno, ponele que es verdad. El Yeti está en el Himalaya.

O en el Everest. ¿De qué vamos a tener miedo? ¿De la invasión del Yeti? Haceme el favor, ¿en qué va a venir un yeti hasta acá? ¿Vuela ese bicho?

—¿Vos te creés que yo soy tarado?

—Lo estoy pensando, claro, porque repetís lo que te dijo el tipo ese como si lo creyeras. Si no se las publicaron a esas fotos tiene que ser por otra cosa.

—¿Como qué?

Federico sacudió la cabeza y no dijo nada.

—Como qué te pregunté.

—A lo mejor no existen, hermano. Eso. Se las inventó.

Me levanté para irme. Ya me daba cuenta de que nos estábamos por enojar otra vez para siempre. Pero me frené.

—¿Y por qué se va a inventar una cosa así?

Pausa.

—¿Porque se cree re vivo? —sugirió.

—Tuvo al Yeti frente a frente y lo tocó —insistí—. Dice que es una criatura inteligente y lo miró a los ojos. Y también dijo que viven en comunidad.

—O sea que no hay uno solo.

—Claro. Son grupos, familias. “Casi humanos”, dijo. Y le puso la mano toda peluda acá, sobre el brazo, ¿entendés?

Sentí que Federico me miraba con un poco de lástima. Yo no me estaba explicando bien. O estaba explicando demasiado.

—El viejo te está jodiendo, Tobías querido. No tiene nada.

—Me voy —dije.

Ya me estaba cansando con tanta franqueza. Pero la voz me siguió:

—Mirá, yo no voy a verlo a Fermín porque no está en mi

grupo, pero sé lo que dicen de él. Y lo conozco por los viajes y el intercolegial del año pasado; no es buen compañero, es un buchón y todos dicen lo mismo. Era buchón cuando estaba sano. Y encima, me acuerdo que cuando fuimos de campamento en cuarto grado, se hizo pis en la bolsa de dormir.

—Pero ahora está enfermo.

—Si yo estuviera enfermo, él no vendría a verme. A vos tampoco iría a verte, te aviso —me señaló con el dedo.

—Está todo el día tirado en un sillón —repetí porfiado.

—¿Le tenés lástima?

—Un poco sí. ¿Qué tiene de malo?

—No tiene nada de malo, pero que esté enfermo no lo hace mejor tipo.

—Yo no digo que sea un buen tipo.

—Es un jodido. Siempre fue. Tus compañeros dicen que hasta las maestras se dan cuenta.

Durante un rato nos quedamos callados, los dos un poco enojados. Yo, porque me estaba acusando de interesado y él porque estaba hablando mal de un pibe enfermo, solo para defenderse. Pero todavía avanzó un poco más:

—Y además, este tema lo hablé con mis viejos. “Hacé lo que sientas”, me dijeron. Ya sé que tu mamá es amiga de la mamá de él. Es distinto eso, vos tenés una excusa para ir.

—No estoy buscando una excusa —me defendí.

—Bueno —se encogió de hombros.

Silencio de nuevo.

—No sé qué hacer —confesé.

—¿Sabés qué pasa, Tobías? A la gente enferma o a los discapacitados parece que uno tiene la obligación de tenerles

lástima, igual que a la gente muy vieja. Vos ves un viejo con un bastón que no puede cruzar la calle y decís “ay, pobrecito”.

—¿Y no es así? Te dan lástima.

—Sí, hermano, un poco de lástima capaz que sí —suspiró cansado de mí—. Lo que te quiero decir es que hay discapacitados que son buena gente y viejos que son buena gente también. Y después están los otros. Para mí Fermín está en el grupo de los otros.

No le contesté. Ya estaba casi arrepentido de haberle contado, porque en vez de ayudarme con el asunto me la estaba complicando más.

—Te voy a contar una anécdota de mi papá —siguió, medio divertido—. Viste que juega al paddle mi viejo. No es una luz, me parece a mí, pero juega con los amigos, así que no importa, se divierten entre ellos. Resulta que la vez pasada llegó un tipo al club, como de cuarenta y pico, que caminaba medio rengo porque tenía una pierna ortopédica. Era la primera vez que iba y nadie sabía nada de su problema pero el tipo se sentó en un banco, se sacó los pantalones largos, se acomodó la pierna, bah, la pata de palo, y se quedó en shorts. No en el vestuario, no. Allí, delante de todo el mundo.

—¿En serio era de palo?

—No, una manera de decir. Bueno, llegó con un amigo, pero ese caminaba bien. Todos creían que iban a mirar el juego o a sentarse y tomar una cerveza en el bar, pero el señor sacó su raqueta y preguntó si había cancha. “¿Hay cancha?”, dijo así, lo más campante. Que sí, que no. Bueno, dijo el concesionario, si comparten con este grupo que viene todos los jueves, pueden jugar, porque justo les faltó un jugador. La cuestión fue que se

pusieron de acuerdo y para aprovechar el tiempo jugaron un doble con mi papá y su compañero. Al mejor de tres, decidieron. Como te dije, mi papá juega más o menos y él y su amigo se creyeron que iban a cocinar el partido en cinco minutos. Igual, mucho no les gustaba eso de jugar con un rengu.

—Me imagino.

—Bueno, igual pensaron los otros del grupo, que se empezaron a preparar para jugar. Arrancaron livianito mi papá y el compañero, cosa de no matarlos.

A esta altura del cuento, Federico empezó a reírse.

—Si lo escuchás a mi viejo contar la anécdota, te morís, es genial. Dice: “nosotros no le queríamos tirar al diablo la autoestima, imaginate. Le podríamos haber ganado en quince minutos o en media hora. Bueno, lo dejamos en media hora, cuarenta y cinco minutos. Pensábamos en el pobre rengu y en el buen amigo que le hace la gamba para no dejarlo solo. Entonces, yo le tiraba un saque difícil y uno más o menos, tingui, tingui, y mi compañero hacía lo mismo, sin que se notara, claro, porque ya nos habíamos entendido con la mirada antes de empezar. Pero estos dos tipos los devolvían a todos. Muy bien jugaba el rengu. Considerando, digo. La cuestión es que empezaron a pasar los minutos y la cosa no se definía”.

Acá nos empezamos a reír los dos juntos. “Tingui, tingui”, repetía Federico, que ya se había puesto de pie y hacía el movimiento del saque.

—¿Y cuándo se empezaron a preocupar?

—Enseguida, Tobías, porque se les fue haciendo cada vez más difícil. Quince cero, quince iguales, treinta quince, treinta iguales, ¿entendés? Entonces mi papá y su amigo empezaron

a apretar, a moverse más rápido, qué sé yo, mejores golpes. Ventaja el saque. Iguales. Ventaja el resto. Un poco más rápido, no para matarlos, ¿viste?, pero para terminar con el partido, por lo menos.

—Y con las dudas —más carcajadas.

—Claro. Pero los otros empezaron a hacer lo mismo. Sin desesperarse, tranquilos, devolvían todos los saques. Y se empezó a desbarrancar la cosa.

—¿Los otros?

—No, mi viejo y el amigo.

A esa altura, ya casi ni seguir contando podía Federico porque era muy gracioso y nos contagiábamos las carcajadas y llorábamos doblados de la risa.

—En el club —siguió medio ahogado— todos empezaron a pasarse la voz y a acercarse a la cancha. El asunto ya era un espectáculo, llevaban una hora y media jugando, ¿entendés?, y todos se codeaban porque estaba a la vista que perdían terreno. Algunos de la barra les sacaban fotos con el celular para las cargadas después, mientras tomaban una cerveza. Mi viejo me contó que su compañero al final le decía: “Apuntale al rengo, boludo, apuntale al rengo”. Pero ni así pudieron.

Las risotadas le habían cortado la respiración a Federico que hizo una seña con las dos manos como diciendo “No va más”.

—¿Perdieron? —pregunté, sin poderlo creer.

—Como perros. Y encima los tuvieron que aplaudir, mientras los otros se hacían los modestos y les decían que eran buenos jugadores y que se habían defendido bien y que hacía mucho que no les tocaba un par tan bueno y que para cuándo quisieran la revancha.

—¿Y se quedaron a comer todos juntos?

—No, el rengo y su compañero se fueron, coronados de gloria, así que todos los de la barra se cansaron de reírse de mi papá y de mostrar las fotos y tomar cerveza. Pero los tipos volvieron a la semana siguiente, y se hicieron amigos y ahora juegan siempre y se hacen bromas y se divierten como locos cuando se acuerdan de aquella vez. “Es un tipo de primera”, dice mi papá. Y esto es lo que te quería decir: nadie le tiene lástima. Con decirte que se llama Claudio pero en el club desde aquel día le dicen Tigre. ¿Me entendés lo que te quiero decir?

—No estoy seguro. ¿Qué tiene que ver el pata de palo con Fermín?

Federico suspiró hondo y se restregó la frente con la palma de la mano.

—Siempre fuiste un poco lento. Dejá que te lo explico otro día.

—No, explicámelo ahora.

—Bueno, a la gente no le gusta que le tengan lástima. Si vas a visitar a Fermín por eso, acordate del rengo amigo de mi papá.

Hizo una pausa.

—Ahora, si vas por las fotos del Yeti, eso se llama de otra manera.

“Esta vez sí que es para siempre”, pensé mientras cruzaba el jardín pedaleando a todo lo que da.

Capítulo 18

Carlos miraba hacia la calle a través de la ventana de su departamento. No era fácil para nadie vivir en esos ambientes tan reducidos, pero para él significaba poco menos que el infierno. Acostumbrado a espacios abiertos, a horizontes lejanos, a inmensidades, ver una pared a menos de dos metros y medio era una situación casi de pesadilla. En el baño apenas podía girar para buscar la toalla de mano o inclinarse para lavarse los dientes. Le llevó diez días sentarse en el inodoro sin golpearse las rodillas con la base del lavatorio. La primera semana casi sufrió un ataque de pánico que lo sacó a la calle a las tres de la mañana, buscando algo de aire, un pedazo de cielo, un poco de viento en la cara. La segunda semana decidió que no estaba logrando una higiene adecuada en esa bañera para enanos y salió a buscar un buen hotel donde tomó un baño de inmersión de una hora y media absolutamente inolvidable y durmió una noche a pata suelta.

Pero la verdad era que en casi ningún lugar se encontraba a gusto. No era culpa del departamento reducido, no. Era otra cosa. Necesitaba el silencio y la quietud del hielo, la levedad de la nieve, el frío que tuerce los dedos, la ventisca que muerde las mejillas hasta que la piel se agrieta y sangra. Eso necesitaba. Era un viejo lobo solitario que no encajaba en ningún lado, en ningún grupo. Libremente había elegido apartarse de todo aquello así que no podía quejarse y, de hecho, no lo hacía. Pero encerrado

en ese departamento más parecido a una cueva de ratones que a una vivienda, esperando ansioso noticias de su nieto o la hora de ir a visitarlo, había comenzado a preguntarse con amargura si no habría, quizás, cometido algún error en esa empecinada vida suya. Su abuelo, un viejo inflexible y muy amigo de los curas, decía siempre “Por sus frutos los conocerás”, cuando él le preguntaba cómo sabía si alguien era bueno o malo. Si da frutos buenos, el árbol es bueno; si da frutos malos, el árbol es malo.

Pues entonces, él seguramente se había equivocado. Él no tenía nada. Ni esposa, ni hijos, ni familia, ni gloria, ni reconocimientos. Solo un poco de dinero en el banco le había quedado. Y una valija vieja llena de fotos, cartas, mapas e informes sobre un Yeti al que nunca dejó de buscar.

Un timbre lo sacó de sus pensamientos. El del departamento vecino. Una señorita que siempre tenía amigos en casa y que un par de veces había tocado a su puerta.

—Carlos, vos que sos tan amable, no tendrías una tacita de...
Pero, qué desfachatada. Y lo había tuteado, encima.

Otra vez el timbre. Raro que no atendiera. Oyó voces en el pasillo. Un hombre y la señorita hablaban en el estrecho pasillo; reconoció la voz de ella, ronca, suave, cuando dijo:

—Debe estar en casa porque no lo oí salir. Pruebe de nuevo, a lo mejor está durmiendo.

Otra vez. Y luego, unos nudillos leves sobre su puerta.

—Señor Carlos, señor Carlos.

Se puso de pie de un salto. A él lo buscaban. Un chicotazo de alarma lo tensó. Ay, Dios mío, rogó en silencio, no me des malas noticias dentro de esta pajarera. No podría soportarlo.

Abrió la puerta.

—Hijo —murmuró sin aliento.

—Hola —respondió Gustavo, vacilante—. No estaba seguro de que este fuera tu departamento. Por eso toqué los dos timbres. No quería molestarte. A lo mejor estabas... ocupado.

—Yo le dije que usted está siempre —intercedió la chica sonriente y decidida a averiguar cómo seguía la historia.

—Gracias —dijeron los dos hombres al mismo tiempo, sin mirarla, todavía estáticos, en la puerta.

—¿Todo bien? —preguntó Carlos, casi tartamudo de espanto.

—Todo en orden. Quería decirte que, bah, Lucrecia dijo que podíamos cenar todos juntos, digo si estás libre, si no tenés nada mejor que hacer. Fermín también dijo que... dice que...

La chica, sin girar la cabeza, movía los ojos de uno a otro. Paradita en el pasillo, un hombro apoyado contra la pared, polle-
ra corta a cuadritos, descalza pero con medias oscuras, cruzada de brazos, observaba a los dos hombres. No le importaba que la hubieran despedido claramente ni le molestaba ser del todo ajena a la situación. Le resultaban curiosos. Eran padre e hijo y el viejo todavía no había dicho adelante, pasá. Ni un beso, nada.

Entonces, los vio abrir los brazos al mismo tiempo y abrazarse con fuerza. Le hicieron acordar a dos orangutanes por lo torpes y desmañados que eran, los brazos largos envolviendo al otro, las manos grandes restregando con fuerza, palmeando. Sin ningún pudor se quedó mirándolos. Uno de los dos estaba sollozando un llanto ronco, seco. El vecino, seguro. Los hombres que parecen más duros son los que más fácil se quiebran y este viejo, con esos hombros huesudos, anchos, tirados para atrás, esa cara cuadrada de piel curtida, alguna vez debió ser un número uno, estaba segura. ¡Qué ojos, mamita! Buen tranco tenía

todavía. El hijo, nada que ver. Buen mozo, sí, pero flojito. Eso era una reconciliación, estaba a la vista. Ay, qué lindo. Le encantaban las reconciliaciones, las declaraciones de amor y los ramos de flores, volver a empezar, esas cosas.

Con simpatía, se acercó un poquito, los palmeó suave, una mano en cada espalda, con una sonrisa de buen deseo y murmuró muy bien, muy bien, chicos. Después, entró en su departamento y cerró sin hacer ruido. Todo iba a estar bien. Claro que sí.

Capítulo 19

Al día siguiente de la charla con mi mamá, me llamó Fermín.

—Va a venir mi abuelo —disparó sin aviso.

—Ah, dale saludos.

—¿Qué? ¿No vas a venir?

—Ehh, tengo que terminar el tema de los mapas que nos pidió la seño de Ciencias.

—Mi abuelo va a traer mapas. Y fotos.

Silencio. Y agregó:

—Mi mamá hizo buñuelos. Dijo que si querías venir...

Me estaba tentando con lo que más me importaba en el mundo. Fermín me había oído romper los cocos de todo el mundo hablando sobre el Yeti, me había visto hacer dibujos de un mono grande y peludo de tres metros de alto y llevar mapas a la escuela asegurando que vivía en Asia, en el Amazonas, en el Ártico y qué sé yo dónde más, me había visto y se había reído de mí, yo me acordaba; y ahora me ponía el cebo en la trampa. Y, por si faltaba algo, le agregaba los buñuelos de la madre que son de otro mundo y no le da la receta a nadie. Pero algo no me terminaba de cerrar. Algo de lo que yo estaba sintiendo y haciendo no estaba bien. Unos días atrás no soportaba ver a Fermín y pasaba semanas sin hablarle a pesar de que nos sentábamos cerca, y ahora en siete días ya había ido tres veces a la casa.

—Dale, yo también te invito —me animó—. Ayer me pasé el día más solo que...

—¿No llamaste a nadie?

—Sí, pero... bueno, viste cómo es, todos tienen cosas que hacer, no sé, creerán que se van a contagiar.

—Dame un minuto. Voy en bici.

Fue una sorpresa que admitiera que había pasado la tarde solo y que necesitaba compañía. Como un golpe de efecto. O un golpe bajo. Pero me vino bien para tranquilizar mi conciencia porque el tema de las fotos que traería *Ice Man* me intrigaba.

Cuando la chica que limpia, la Kelly se llama, me abrió, vi que sobre la mesada de la cocina había una fuente blanca enorme tapada con una servilleta.

—¿De manzana son? —le pregunté y ella me guiñó un ojo.

—Manzanas verdes y almíbar, pero todavía están muy calientes. Fermín está en la sala y la mamá fue a hacer un mandado —me explicó.

Como siempre, estaba tirado en el sillón, con la tele encendida y rodeado de todas las otras pantallas. No sé por qué no caminaba si el problema lo tenía en la cabeza pero, por las dudas, no le pregunté. No se levantó cuando entré.

—¿Tu abuelo?

—Viene dentro de un rato. Se amigaron con mi papá y ayer cenamos todos juntos.

—¿Estuvo bueno?

—Sí, porque mi mamá invitó a mi tía Marina y a mi abuela de Rosario y entonces viste cómo son las mujeres que se hablan todo.

—Claro.

—Y al mismo tiempo.

—Sí, pero como lo hacen siempre, están acostumbradas y se entienden.

—Yo no estoy seguro. Porque a veces hablan de cosas diferentes.

Fermín hablaba sin sacar la vista de la pantalla de la tele. Cambiaba de canal sin detenerse en ninguno y sin mirarme.

Sonó el teléfono y atendió la Kelly. Era el abuelo que se había quedado encerrado en el departamento y había tenido que llamar a un cerrajero. No iba a venir porque el departamento no podía quedar abierto y la reparación de la cerradura y cambio de llaves llevaría un par de horas, por lo menos. Les mandaba saludos.

Así que no estaba el abuelo, no estaban las fotos, no estaba la madre y la Kelly no traía la fuente de buñuelos. ¿Qué hacía yo ahí? Entonces, me acordé. Porque Fermín me había dicho que estaba solo, que nadie iba a visitarlo y todo eso. Me dio lástima y fui. Por eso. Pero ahora él se había acomodado en su sillón y no me miraba. Por teléfono se hacía el huérfano abandonado y cuando me tenía al lado me ignoraba.

—¿Qué estás viendo?

—Cualquier cosa, me da lo mismo —se encogió de hombros. De repente dijo, sin mirarme:

—¿Vos serías amigo mío si después de la operación yo quedo más o menos?

—¿Qué quiere decir más o menos?

—Sí o no. Eso solo tenés que contestar, Tobías.

—Qué, ¿es un juego esto?

—Está bien, no me digas nada —dijo mientras seguía cambiando de canal.

—Te voy a contestar, pero no con sí o no. Porque depende: si quedás sordo, todo bien; hacemos señas con los dedos como la mujer esa cuando habla la presidenta, y nos entendemos. ¿Qué problema hay?

Me miró de reojo Fermín, sin girar la cabeza y sin parpadear.

—Otra cosa, no sé —agregué.

—Entonces la respuesta es no. Igual, ya lo sabía; te lo pregunté nada más que para saber qué me decías.

“Así que ya sabías y lo mismo me preguntaste”, pensé amargado, enojado. Me dio bronca verlo desparramado en el sillón, con la misma remera del día anterior, siempre en medias, la vista fija en la pantalla y el dedo sobre el control remoto. Ni siquiera pestañeaba. Hablaba con voz neutra, sin registrarme, y continuamente —se le había transformado en un tic insoportable— levantaba los hombros un poco.

—Mirá lo que hice —dijo sacando una tablet de debajo del almohadón.

Era un yeti de caricatura, enorme y peludo, parado en dos patas y golpeándose el pecho con un puño. Pero con mi cara. Apretó un botón y el Yeti empezó a rugir. No me hizo ninguna gracia.

—¿Por qué no te vas un poco al carajo? —le pregunté con voz normal.

Fermín se rió despacito. Porque había conseguido lo que buscaba.

—Sabés qué —le dije—, mejor me voy. Porque si no, te voy a romper la cara y te van a tener que operar dos veces.

Otro movimiento de hombros.

Di media vuelta y me fui a buscar la bici. La Kelly me abrió la puerta y me preguntó si no me quedaba para los buñuelos que ya estaban tibios y yo le pedí uno para ir comiendo por el camino; me dio vergüenza porque si uno se ofende y manda a alguien al carajo hay que irse con dignidad. Y yo dejé mi dignidad por un buñuelito con almíbar. Encima, me parece que Fermín me oyó.

Mientras pedaleaba con furia, me prometí no volver nunca más a visitarlo. No me importaba cómo le fuera en la operación, no estaba dispuesto a soportar que me manipulara ni que se riera de mí.

Cuando llegué a casa, encontré a Lucrecia llorando abrazada a mi mamá.

Capítulo 20

Esa noche lo esperé a mi papá despierto. Necesitaba otra opinión. O, lo que en realidad necesitaba era el permiso para sacarme el problema de encima. Quería que mi papá me dijera hacer lo que sientas, como le habían dicho los viejos a Federico. Claro que mi situación era diferente porque estaban mamá y Lucrecia de por medio y también Carlos, el comandante del rompehielos, con el bendito Yeti. No estaba muy seguro del orden, pero de lo que sí estaba seguro era de que necesitaba ayuda. Me acordé de una anécdota que había contado *Ice Man* en la que un barco, por errores de cálculo del capitán, quedó atrapado entre hielos. Cuando quiso retroceder, el invierno ya le había ganado de mano y clausurado todas las salidas hasta dejarlo prácticamente encerrado e inmóvil. Allí tuvo que pasar el invierno con su tripulación. Bueno, así me sentía yo. Atrapado por el hielo.

Papá llegó más tarde de lo que esperaba y estaba muy cansado, pero igual vino a mi cuarto a saludarme. Le dije que tenía que hablar con él sobre el tema de Fermín. Se sentó en el borde de la cama y me dijo “te escucho”. Le conté todo, hasta lo que había pasado esa tarde y lo que pensaba de mí Federico. Todo. Él se rascó la nuca mientras fruncía el entrecejo. Primero con una mano y después con la otra. Cuando hacía eso cerraba los ojos y enseñaba los dientes como hace uno cuando le están por poner una inyección y no quiere mirar. Papá hace eso cuando

tiene un problema groso. Me di cuenta de que no me iba a decir lo mismo que le habían dicho los padres a Campusano. Olvidalo.

—Para empezar, veo que te peleaste en pocos días con Federico y con Fermín. Con los dos para siempre. O sea que esta situación te está poniendo de muy mal humor. A ver... Fermín está en una situación complicada, de la que seguramente va a salir bien, pero por ahora es complicada. Un poco por mamá, otro poco por la casualidad del comandante y sus fotos, es cierto que vos quedaste enganchado en este tema de las visitas y ahora no sabés qué hacer. ¿Es así?

Asentí en silencio.

—¿Vos querés saber lo que yo haría?

—Sí.

—Haría el aguante. Así te lo digo, en pocas palabras. No quiere decir que vas a estar para siempre al lado de Fermín, porque vos tenés tu grupo por otro lado y además los amigos no se imponen. Lo único que quiere decir es que estás allí, ahora. Y punto.

—¿Y por qué harías eso vos?

—Porque es la única manera de asegurarte de que después vas a sentirte bien. Mirá, hijo —suspiró— el tema de la filmación (que ya te avisó que es de baja calidad) puede terminar en desilusión... Y el rollo, que supuestamente era valioso, quedó en Estados Unidos vaya a saber por qué...

—Porque es material clasificado.

—Ponele que es material clasificado, pero el hecho es que no lo tiene.

—¿Vos querés decir que a lo mejor no existe?

—No tenés manera de saberlo. Ese es el punto.

—Igual, a mí me gustaría ver la filmación. La pasó a fotogramas.

—Me imagino... En cuanto a Federico, que diga lo que quiera. No te enojas con él porque ustedes son buenos amigos. Además, vos le pediste que fuera franco.

—No me gustó que me dijera que soy un interesado.

—Y no... Mirá, hijo, a veces las cosas se mezclan un poco en la vida y nada es blanco o negro. Uno hace cosas mitad por obligación, mitad porque le gustan, por tantas razones. En este caso, vos vas a ver a Fermín un poco por mamá, que te lo pidió, un poco por *Ice Man* con su Yeti y otro poco porque el pibe te da lástima. ¿Algo de lástima te da, no?

—Sí, algo sí. Bastante.

—Bueno, con que te dé un poco es suficiente. Lo que te quiero decir, y ya sé que estoy mezclando cosas, pero lo que te quiero decir es que todos somos un poco buenos y un poco malos. Ahora, si vos te peleás hoy con Fermín y las cosas... no salen bien, te vas a sentir mal durante mucho tiempo. Más allá de las fotos y la filmación y los fotogramas.

—¿Eso quiere decir que tengo que hacerle el aguante para sentirme bien yo?

Pausa. Carraspeo.

—Bueno, no lo hubiera dicho de esa manera, pero es un poco así. Y ahora, dormite, fiero, que ya son las doce y media y quiero charlar un ratito con mamá antes de que se duerma.

Hizo lo que pudo y yo también. Yo sabía que había querido ayudarme pero él tampoco la tenía tan clara. Me habría gustado algo más simple, más blanco o negro, no tan gris. Tenía la sensación de que si no me hubiera enterado nunca de la existencia

de esas fotos, de ese abuelo, habría ido a visitar a Fermín una o dos veces —protestando siempre—, pero sin ningún cargo de conciencia. En cambio, como sabía, me sentía un villano mercenario dispuesto a vender mi alma al diablo por unas fotos que a lo mejor nunca llegaría a ver.

Capítulo 21

Durante los días que faltaban para la operación de Fermín fui todas las tardes a su casa.

A la mañana iban la abuela y la tía pero al mediodía se volvían porque las dos eran profesoras en el secundario. *Ice Man* estaba siempre cuando yo llegaba. Un día me di cuenta de que se había quedado a dormir para estar con el nieto a la mañana, mientras Lucrecia hacía algunos trámites y Gustavo iba a trabajar. Se notaba que, si algún problema había habido con la familia, ya estaba solucionado. Con Federico no nos encontramos más que a la salida o en la cafetería esos días, pero no nos hablamos. A mí me duraba el enojo. Supongo que él se imaginaba lo que hacía a la tarde y yo no tenía ganas de dar más explicaciones. Tampoco las daba en mi curso. A nadie le comentaba que estaba visitando a Fermín y mucho menos hablaba de su abuelo. Lo único que me faltaba era que todo el mundo empezara a mirarme de costado. La señora de Lengua sí sabía porque un par de veces me preguntó por él en el recreo pero, en general, todos parecían haberse olvidado del banco vacío. Yo había decidido seguir el consejo de mi papá.

Ice Man llevaba videos o cintas de las que se usaban antes en los grabadores muy viejos y nos hacía ver o escuchar cosas. La mayoría de las películas eran en blanco y negro, muy movidas y no muy claras. Tenían que ver con reuniones de hombres

sentados alrededor de una mesa mirando un mapa y hablando en inglés o en ruso, o con escalamientos donde el que iba atrás de todo en la fila filmaba tramos cortos, o el momento cuando clavaban la bandera del país en la cima de algún monte y los expedicionarios levantaban las manos. Esas cosas. *Ice Man* explicaba todo porque no se entendía muy bien. Fermín se aburría bastante y, a veces, se quedaba con la mirada fija, perdido en otra cosa. Casi no se levantaba del sillón. En realidad, no era muy divertido lo que mirábamos, pero él encima, no estaba interesado en escalar montañas en el Ártico como yo, y además tenía otras cosas en la cabeza. Quiero decir que tenía otras preocupaciones.

Cada tarde tenía yo la esperanza de que *Ice Man* sacara de su mochila lo que más me interesaba: la filmación del Yeti. Un par de veces la mencionó como al pasar pero eso fue todo. Yo le preguntaba mientras veíamos las películas si en ese viaje había visto al Yeti y él me contestaba siempre que creía que había sido el siguiente. No estaba muy seguro o no quería hablar del tema.

Cuando faltaban pocos días para que Fermín fuera a Rosario para operarse, *Ice Man* me dijo mientras me acompañaba hasta la puerta:

—Mañana voy a traer... algo diferente.

Esa noche no dormí. Se acercaba el gran momento. Lo sentía.

Capítulo 22

Las horas en la escuela se me hicieron interminables, los recreos eternos y en clase la profe de Ciencias me chasqueó los dedos delante de la cara.

—¿Estás acá, Tobías?

No, no estaba allí. Estaba a kilómetros de distancia, avanzando en medio de una tormenta de nieve sin sonido. Helado y asustado estaba, porque la brújula parecía haber enloquecido y en poco rato comenzaría a caer la noche.

—Sí, sí, por supuesto que estoy acá —contesté.

—Bueno, entonces da vuelta el libro.

Encima, en el último recreo busqué a Federico en la cafetería y le conté que posiblemente esa misma tarde *Ice Man* llevaría la filmación del Yeti a casa de Fermín. No sé por qué se lo conté si hacía más de una semana que no nos hablábamos y ya no era mi mejor amigo. Pero con Federico habíamos charlado de muchas cosas, de más cosas de las que había hablado con mi papá, y yo necesitaba contarle a alguien que estaba por pasar algo muy importante. Mientras nos comíamos un alfajor a medias conversamos apurados porque estaba por sonar el timbre. Federico no se emocionó:

—¿No me dijiste que a esa filmación se la rechazaron porque no servía? ¿Y no era que había firmado un documento?

—Estás insoportable hoy, hermano. Está sonando el timbre.

—Te importan mucho, ¿no? Digo, esas fotos.

Era una pregunta simple, que casi no necesitaba respuesta, pero la forma en que me miró, achicando los ojos anaranjados y un poco bizcos, fue como un balde de agua helada.

A las tres de la tarde estaba en casa de Fermín. *Ice Man* llegó unos minutos después, se sentó al lado de su nieto en el sofá y le revolvió el pelo. Carlos traía como siempre una mochila a la espalda. No era como las de ahora aunque se les parecía. También tenía bolsillos y cierres y solapas pero esta era vieja y estaba gastada. Era raro ver a un hombre grande con mochila, pero a él no le importaba.

—Me ha acompañado por todos los hielos de este planeta y me ha salvado de más de una situación peliaguda —decía palmeándola con cariño—. Es una amiga de la vida.

Mientras le hacía cosquillas a Fermín yo no sacaba la mirada de la mochila que había quedado sobre la mesa. Allí estaban las fotos, ¿estaban? las pruebas finales de que el Yeti habitaba en alguna parte de este mundo, y yo iba a ser una de las pocas, elegidas, personas que verían esas fotos.

Finalmente, Carlos dejó de tratar de entretener a Fermín, que estaba muy molesto, y me miró. Abrió su mochila en silencio, sacó una caja de cartón y le quitó la tapa. Había un sobre allí adentro que *Ice Man* retiró con cuidado. Era un sobre amarillento, de papel grueso, crujiente y encerado. Adentro estaban las fotos, cada una envuelta en papel de seda y con una etiqueta escrita a mano. Hasta Fermín se enderezó un poco en el sillón. Yo sentía hormigas en las puntas de los dedos y trataba de respirar hondo. De a poco, *Ice Man* fue desenvolviendo las fotos. Una por una, y

colocándolas sobre la mesita baja. Fermín y yo nos inclinamos expectantes, mudos. Eran fotos borrosas, llenas de sombras, confusas. *Ice Man* empezó por recordarnos que estábamos viendo lo que originalmente había sido una filmación y después explicó cada imagen señalando con su dedo torcido. Tardé en entender la idea que se estaba armando de a poco dentro de mi cabeza. Allí no había nada. Es cierto que Carlos había dicho que la filmación había sido rechazada como prueba, pero también había dicho que en su opinión era bastante buena. Yo le estaba poniendo mucha buena voluntad, pero esas no eran fotos del Yeti. Y me habría conformado con cualquier cosa, casi. No digo un diente, un mechón de pelos, una foto de frente, la huella de una garra en la nieve, no, no digo tanto. Pero algo. Y allí no había nada.

Ice Man se dio cuenta de nuestra desilusión. De la mía, sobre todo. Fermín se echó hacia atrás de nuevo. Yo me quedé inclinado, la vista sobre las fotos, incapaz de levantar la cabeza. ¿Por qué me había engañado ese hombre? Recordé lo que me había dicho la bibliotecaria cuando empecé a estudiar el tema, lo que me había dicho mi mamá y lo que yo mismo había leído sobre las opiniones de muchos científicos. Había muchas dudas sobre esta criatura. Si él había llegado con esas imágenes a quienes organizaban la expedición, se entendía por qué no se las habían publicado. No eran peligrosas ni había ninguna posibilidad de que nadie entrara en pánico. Se deben haber reído de él. No mostraban nada, sencillamente. Y también dijo que lo había tocado, que lo había mirado a los ojos y que se habían entendido. Entonces me acordé de la sonrisa de Federico cuando le conté que *Ice Man* tenía fotos del Yeti. De la duda de mi papá, de la bibliotecaria, de todo el mundo.

—No son muy claras —se disculpó el abuelo de Fermín, mientras empezaba a guardar todo.

Yo asentí sin palabras. No me salía nada, no podía mentir ni disimular. Ni siquiera quería mirarlo a la cara. No había Yeti. Todo era, siempre había sido, una fantasía. Estaba desilusionado, enojado, me quería ir de allí. Me levanté y miré a Fermín que parecía más abatido que nunca. Manoteó el control remoto con la vista clavada en la pantalla de la tele y empezó a cambiar de canal compulsivamente.

De repente, entendí por qué ese hombre me había mantenido con la expectativa, por qué había traído tantas fotos, mapas, filmaciones, por qué había contado tantas historias.

Para que no me fuera.

Para que el único amigo que visitaba a su nieto no desapareciera.

Sin embargo, a pesar de la tremenda desilusión me sentí aliviado. Había desaparecido la tentación. A partir de allí, podría seguir visitando a Fermín, solo porque mi mamá me lo pedía. No faltaba tanto para la operación y cuando volviera curado, fin de la historia. Mi papá había tenido razón.

Capítulo 23

Fermín se internó dos días antes para los estudios finales. Salieron de su casa bien temprano a la mañana de un sábado con todas las valijas como si se fueran de vacaciones. Se habían despedido de algunos vecinos, pocos, que los abrazaron y les desearon lo mejor pero sin mucho aspaviento, para que nadie se emocionara demasiado o cayera en la tristeza. Tobías y Fermín se despidieron chocando las manos y con un par de frases torpes. Lucrecia y Florencia habían charlado largo y tendido el día anterior y se permitieron llorar todo lo que quisieron o necesitaron y no les hizo mal. Al contrario. También hablaron de cosas prácticas como por ejemplo, de darle de comer al pececito de Fermín, cuidar de que las hormigas no acabaran con la azalea, regar cada dos días el cantero de perejil que estaba al lado del parrillero, abrir día por medio las ventanas de los dormitorios para que se evaporara el olor a barniz —cinco centímetros, no más, especificó Lucrecia indicando con los dedos la medida— y otras cosas básicas que se les fueron ocurriendo a medida que pasaban las horas. Hasta hicieron una lista y de la lista dos copias para quedarse tranquilas. Se mantendrían en contacto telefónico, y si no era molestia, Florencia iría a Rosario a visitar a Fermín un día a la tarde, un ratito nada más. “Llamo antes de ir, no te preocupes”, advirtió Florencia.

Dos días antes de la partida, las maestras de Fermín fueron a visitarlo pero como lo encontraron dormido —es la medicación, explicó Lucrecia para atajarlas— no pudieron despedirse. Igual dejaron cartitas de sus compañeros, un póster muy bonito con la firma de todos, incluidas las porteras, buenos deseos y abrazos enormes y todo va a salir bien, Dios va a querer. La maestra de Ciencias antes de irse dijo que en el mes de octubre, más bien hacia finales, estaban programando un par de excursiones muy interesantes y que sentía en su corazón que llevaría al grupo completo. Lo dijo con la mejor de las intenciones, llevándose un puño al centro del pecho y cerrando los ojos, pero se le quebró la voz en la mitad del pequeño discurso y Lucrecia le agradeció con una palmadita silenciosa y breve en el hombro. Sin abrazo.

Probablemente Fermín no regresaría a la escuela por ese año pero Lucrecia había dejado de preocuparse por eso.

Al día siguiente, la maestra de Lengua fue la encargada de pedirles a los chicos que escribieran una nota —se ofreció a ayudar— que le harían llegar a través de la mamá de Tobías.

—¿Qué ponemos? —preguntaron los chicos, mirándose entre sí.

—Que esperan que todo vaya bien y que esperan que pronto esté de nuevo con nosotros —sugirió la profesora.

—¿Podemos poner que le ponga huevos? —preguntó un descarado, más para provocar que por otra cosa.

—Bueno, pongan eso también —concedió la maestra con una sonrisa.

Así, a los empujones, una frase cada uno, lograron completar una página, meterla dentro de un sobre que las chicas

llenaron de corazones de brillantina, y entregárselo a Tobías para que se lo hiciera llegar a Fermín a través de su mamá. Unos días después también crearon un grupo de Facebook para que todos se mantuvieran comunicados y atentos a las novedades, pero Fermín nunca contestó ningún mensaje y en poco tiempo lo abandonaron.

Capítulo 24

Los estudios de Fermín daban bien, estaba siempre acompañado por sus abuelas y sus tías, y los médicos tenían las mejores expectativas. Estaba previsto que la operación durara alrededor de seis horas y que Fermín pasara por lo menos cuarenta y ocho en terapia intensiva, dependiendo de la reacción del organismo. Se preveía una convalecencia de diez días en sala común y si todo marchaba como esperaban, el resto se podría hacer como paciente ambulatorio, o sea, irse a casa.

La noche previa Gustavo y Lucrecia la pasaron en el hospital con Fermín. La operación comenzaría a las siete de la mañana y vendrían a buscarlo antes de las seis. Se recostaron vestidos y casi no durmieron. Gustavo se levantó varias veces para observar al hijo dormido, como cuando era un bebé y él se asomaba a la cuna preocupado vaya a saber por qué. Fue una noche larga en la que sintieron que había tanto para decir y al mismo tiempo que no era fácil encontrar las palabras.

Faltaban diez minutos para las seis cuando llegaron dos enfermeras y el cirujano. Todos estaban de buen ánimo y descansados. Les recordaron que no habría novedades antes de las once y media y que podían aguardar en la sala de espera de Cirugía. Si tienen que salir, dejen un teléfono y con eso es suficiente, aconsejó el médico. Después se volvió hacia Fermín y le revolvió el pelo:

—¿Cómo andamos, campeón?

—Todo bien.

—Así me gusta. Te presento a las enfermeras que me van a acompañar esta mañana. Las solicité especialmente hace un mes y no fue fácil, pero conseguí que las asignaran a mi equipo. Son de lo mejor que hay. Esta señorita es Marisa y la señora se llama Amelia.

Todos sonrieron y dijeron mucho gusto.

—Ellas se van a encargar de todo lo importante y me van a estar vigilando de cerca por si me olvido de algo. Es así, ¿verdad, señoras? —y se restregó las manos con fuerza.

Asintieron.

—Muy bien, Fermín, yo me voy a preparar. Nos vemos en unos minutos. Choque, campeón.

Salió con un guiño hacia los padres. No hacía falta decir nada más y esos dos estaban demasiado acongojados como para agregar un apretón de manos. Ni hablar de una palmada en el hombro.

A las siete, cuando Fermín ya estaba en cirugía hacía una hora, llegaron cada uno por su lado *Ice Man*, Isabel, Marina y Justa, la tía de Buenos Aires, hermana de Isabel. A las ocho, Gustavo, muy nervioso, decidió salir a hacer algunos trámites pendientes de la internación y *Ice Man* dijo con mucho ánimo que les vendría bien a todos comerse unas medialunas y tomar café. Las mujeres asintieron aunque nadie tenía hambre. Cuando volvió, media hora después, con una bolsa de La Distinción, vasos debidamente embalados, sobrecitos de azúcar y servilletas en los bolsillos, las mujeres hicieron un esfuerzo por mordisquear algo. Después de un rato, Carlos fue a buscar revistas para todas y un par de diarios y así, entre idas y vueltas,

se hicieron penosamente las nueve de la mañana. La madre de Lucrecia recibió un llamado y cuando miró la pantalla, atendió con un gesto de fastidio. Habló brevemente.

—Es de la escuela. Yo busqué una reemplazante para poder estar hoy acá y le preparé un examen pero me olvidé de dejarlo en mi carpeta. Ay, Dios, yo no sé dónde tengo mi cabeza últimamente, pero estas chicas se ahogan en un vaso de agua.

—¿Dónde quedó el examen? —preguntó Marina.

—Acá —Isabel abrió su bolso para sacar un sobre de papel madera.

—Perdón, pero yo lo puedo llevar si me permite, Isabel. ¿Dónde queda la escuela?

—Pero, Carlos, también hay que sacar las fotocopias. Esto es solo el original.

—No se preocupe. Yo me encargo. ¿A qué hora tienen que estar en la escuela?

—A las once.

—Allí van a estar. Escribame acá la dirección y llámelos para decirles que estoy en camino. Cualquier cosa tengo su teléfono, pero deje esto en mis manos. Olvídense.

Las mujeres lo vieron irse con alivio. Por él y por ellas. Carlos había encontrado algo para hacer, algo que lo mantendría ocupado por lo menos una hora y dejaría de intentar atenderlas a ellas.

Diez menos cuarto. El tiempo se arrastraba.

Es curioso cómo gente que está en medio de una tormenta de su vida puede echar mano de cualquier recurso para mantenerse a flote. Si hay compañía, podrán ser conversaciones fabricadas, en las que la memoria acerca nombres, situaciones, fechas que ya no importan, que nunca importaron, detalles en los que nadie

había reparado. Pero también puede ser que se liberen secretos. Es que la mente tiene diferentes tácticas para sostener. Le suelta la lengua a las personas como si hubieran tomado una o dos copas de más y les permite decir lo que han guardado durante demasiado tiempo, sin atreverse a soltarlo. Es como si no importara lo que dicen, o como si sintieran que es la última oportunidad que tendrán de decirlo, a lo mejor. Y luego, una palabra tira de la otra y esa de otra más, hasta que sin darse cuenta, se ha encontrado un poco de alivio. Pero un poco, a veces es suficiente.

Otro recurso de la mente para sostener la muralla que rodea la ciudadela es la risa. No una sonrisa, un gorjeo, una risita medida, discreta, no. Se trata solo de hacer el comentario justo, el que produce el chispazo. Solo eso. Y entonces un grupo de personas unidas por el temor, entumecidas por horas de angustia, con las gargantas secas, ásperas de tanto apretar los dientes, sofocarán una carcajada entre las manos, y otra más, y otra, hasta que lleguen las lágrimas y duela el estómago, y el cuerpo se afloje. No es pecado ni hay nada de qué avergonzarse. Es la forma que tiene la mente de evitar que los fantasmas, que irrumpen en los rincones más inesperados, logren encaramarse al muro y saltar al patio trasero.

Once y media. Ya estaban de regreso Gustavo, con todos sus trámites cumplidos y *Ice Man*, con los exámenes debidamente entregados y con saludos de las compañeras de la escuela para todos.

- Hasta me invitaron con una taza de café —comentó Carlos.
- Déjame adivinar —se adelantó Isabel:— la vicedirectora.
- ¿Cómo sabías?

—Porque es muy atenta siempre con todos.

Y fingiendo que hablaba solo para las mujeres, susurró:

—Porque le gustan los veteranos de ojos celestes.

Cuando el doctor entró a la sala de espera se estaban riendo y tardaron un segundo en darse cuenta de que los estaba mirando, todavía con la bata de cirugía, el barbijo sobre el pecho y una sonrisa extrañada.

—Fermín está bien —anunció—. Todavía está bajo anestesia pero todo anduvo tal como lo planeamos. Vamos a mantenerlo en terapia, como dijimos, durante por lo menos cuarenta y ocho horas. Sacamos todo, quédense tranquilos, y las perspectivas son excelentes. De la rehabilitación, hablamos después. Ah, y ni tuvimos que tocarle los dientes. Les hago avisar cuando lo puedan ver un minuto. Descansen. Luego paso a verlos.

Lucrecia y Gustavo lo siguieron unos pasos hacia la puerta vaivén.

—Doctor...

El cirujano se volvió.

Lucrecia le echó los brazos al cuello, sollozando. El médico palmeó su cabeza y extendió el otro brazo para estrechar la mano del padre.

Durante la hora siguiente, hicieron las llamadas prometidas para dar las buenas nuevas. Hasta *Ice Man*, que no tenía a quien llamar, se acordó de que su joven vecina —Cielo se llamaba— le había hecho prometer que le avisaría. Después de todo, era una buena chica. Un poco atolondrada, nada más.

Florencia, que no había podido concentrarse en nada en toda la mañana, recibió el mensaje y lo reenvió a Juan Ignacio, a su

mamá, a su hermana y a todas las amigas del barrio. Isabel, con sentido práctico, propuso a Gustavo y Lucrecia que, después de ver a Fermín, almorzaran en su casa, aunque fuera algo liviano y que tomaran un descanso, aunque fuera breve.

—No importa que no tengan hambre. Estos días van a ser largos también y hay que estar fuertes. Cuídense para poder cuidar. Pero, por supuesto hagan lo que les parezca. Mi casa está abierta y la heladera, llena. Tomé una semana de vacaciones en la escuela y estoy para lo que necesiten.

—Lo mismo digo —acotó *Ice Man*—, lo que sea.

Una enfermera anunció que podrían ver a Fermín durante unos minutos y solo mamá y papá. Dijo que todavía estaba bajo los efectos de la anestesia y que recién a la noche podrían hablar con él.

Antes del anochecer, Fermín hizo un inesperado pico de temperatura por una infección que lo descompensó y obligó al médico a recurrir a un coma farmacológico.

Cuando Tobías volvió a casa después de la práctica de fútbol, encontró a sus padres sentados a la mesa de la cocina. No estaba encendida la luz de la lámpara de la sala, ni la televisión, no había olor a comida y los dos tardaron un par de segundos más de lo necesario en darse cuenta de que estaba allí, parado en el umbral, con el pelo mojado con el frío que hacía, sin atreverse a entrar, a preguntar, a enterarse.

Durante los dos días siguientes cada uno arrastró su angustia por donde pudo. Isabel fue a ver al padre Ignacio porque era allí donde había encontrado palabras sanadoras cada vez que lo necesitó. Su hija Marina se encerró en su dormitorio a llorar

porque era agnóstica desde los catorce años, de puro porfiada nomás. Tía Justa compró hilo mercerizado de la mejor calidad y se puso a tejer carpetitas al crochet junto a la ventana, mientras rezaba sin cesar. Ella era partidaria de “A Dios orando y con el mazo dando”. *Ice Man*, desolado, golpeó a la puerta de Cielo, su vecina. Cuando la muchacha se asomó, él solo pudo abrir los brazos un poco y dejarlos caer a los lados del cuerpo, sin palabras, sin fuerzas. Se dejó abrazar, se permitió apoyar la frente en el hueco de ese cuello suave y llorar con un desconsuelo que llevaba años allí dentro.

Gustavo y Lucrecia se negaron a dejar el hospital al mismo tiempo o por más de una hora durante los dos días que siguieron. Demacrados, exhaustos, silenciosos pero siempre tomados de la mano, seguían con la mirada esperanzada a cada uno que entraba o salía de la sala de terapia intensiva, fuera camillero, enfermero o médico. Al menos, ellos podían ver a su hijo. Los que trabajan en hospitales saben llevar sobre las espaldas esas miradas suplicantes sin dejar que les cambie el ánimo ni el paso. No es que sean insensibles. Saben perfectamente que cada una de esas personas recibirá su buena o mala noticia en pocas horas o pocos días y que, salvo cumplir lo mejor que puedan con su tarea, ellos nada más tienen que hacer.

Tras veintiocho horas de espera en carne viva, tan inesperadamente como había irrumpido en el cuerpo de Fermín, la infección se esfumó y el chico abrió los ojos y pidió de comer.

Capítulo 25

Durante la ausencia de la familia, Florencia iba todos los días a la casa. De mañana, mientras Tobías estaba en la escuela o después de almorzar. El primer día encontró sobre la mesada de la cocina una factura de gas y otra de teléfono que vencían la semana siguiente. Pensó en llevárselas a casa y pagarlas pero recordó que nadie le había pedido que hiciera eso. Probablemente tendrían débito automático y si no era así, nada grave pasaría. Mejor preguntaba antes. Dio vueltas con el tema durante varios minutos hasta que se puso las boletas en el bolsillo, fastidiada por tanta indecisión. Al principio fue extraño y triste caminar por la casa ajena vacía. Se quedaba quince minutos, volvía a cerrar las ventanas y se iba.

El lunes de la segunda semana, cuando ya se sabía que Fermín estaba en camino de recuperarse después del susto inicial, Tobías se ofreció a acompañar a su madre y fueron los dos en bicicleta. Mientras ella revisaba el tema de las hormigas, él dijo que se encargaba de abrir las ventanas de arriba. El dormitorio de Fermín estaba impecable. La cama hecha, las puertas del placar perfectamente cerradas igual que los cajones de la cómoda, los libros sobre los estantes bien alineados, la mochila de la escuela en el suelo, a un costado del escritorio junto a los zapatos negros bien lustrados. Tobías corrió las cortinas y abrió la ventana. Desde allí podía ver a

su mamá recorriendo el jardín. Podía encender la tele mientras esperaba los cinco minutos, pero no encontró a simple vista el control remoto y no quiso abrir cajones. Se fijó debajo de la cama, que era donde él dejaba el control cada noche al apagar la tele. Estaba allí. Y también había una caja. Tobías controló el primer impulso de estirar el brazo para acercarla. Pero el segundo fue demasiado fuerte. La caja era igual a cualquier otra. No de zapatos sino más chata y más larga y un poco más ancha también, pensó dándola vueltas sin levantarla del suelo. Negra. Sin atar. Liviana. Sin nada escrito por ningún lado. Fin del análisis, a menos que la abriera. Con un solo dedo y bastante cuidado, levantó una esquina de la tapa para espiar un poco, con el oído atento a la escalera. No era suficiente con levantar un poco una sola esquina. Podía no retirar la tapa completamente, pero debía levantarla un poco más si quería ver qué había allí adentro. Bueno, y ¿para qué quería hacer eso?, ¿qué podía guardar Fermín en una caja debajo de la cama? Si ni siquiera coleccionaba figuritas de fútbol o estampillas como el hermano de Federico, ni historietas viejas ni nada. “¿A quién le importaba lo que guardara Fermín?”, pensó furioso consigo mismo por lo que tenía ganas de hacer y no quería admitir. Fisgonear. Eso quería. Espiar, meterse donde no correspondía, en territorio ajeno, desconocido. Era un poco como robar. No tenía suficientes problemas de conciencia con este Fermín y ahora resulta que se metía debajo de su cama. Faltaba nomás que levantara un poco el colchón para ver si encontraba algo. Tobías tapó la caja de un golpe, la puso otra vez donde estaba y fue a cerrar la ventana. Listo. Se terminó.

Su mamá seguía en el jardín pero había encontrado un sendero de hormigas y lo estaba siguiendo con el tarro de veneno en la mano. Tobías volvió a abrir la ventana y se asomó:

—¿Te ayudo, ma?

—No. Dame diez minutos, nada más. Las encontré de casualidad a estas...

Diez minutos.

OK. Suficiente.

Era una mirada, nada más. No se pensaba llevar, cambiar de lugar, romper nada. Solo mirar. ¿Es tan malo eso? Por supuesto que no y tampoco tenía que enterarse nadie. Era un minuto, una ojeada. El mundo no se iba a detener, nada iba a cambiar, no pasaba nada.

El primer vistazo sirvió para dejar en claro que allí no había nada más que fotos sueltas, desparramadas, fotos de almuerzos al aire libre, de cumpleaños, de fiestas, de bonetes, de soplar velitas y esas cosas. Fotos raras, sin embargo. Tobías agarró una y la miró más de cerca. Allí estaba Fermín riéndose, saltando en el aire, aplaudiendo con amigos, ¿y esta otra haciendo un gol de media cancha? ¿Dónde había visto esta misma foto antes? Pero no, no exactamente la misma. Algo no coincidía. Otra, Fermín llevado en andas por un grupo de chicos, aquí galopando, en esta otra esquiando, ¿qué es esto?, ¿es el mismo pibe?, pensó Tobías con el ceño fruncido y un puñado de fotos en las manos. Tiene un hermano mellizo o un primo muy parecido porque no puede ser la misma persona que yo conozco. ¿O se transforma en alguien diferente de noche y se saca estas fotos? Tobías soltó las fotografías dentro de la caja y dio un paso atrás mirándolas fijamente. Algo de lo que estaba mirando no

era cierto. Algo estaba mal. Revolvió un poco más abajo y encontró un sobre amarillo de una casa de fotografías. Dentro estaban las fotos de la escuela desde salita azul hasta ahora y las fotos eran muy parecidas a las que él mismo tenía en su casa vaya a saber dónde. Se reconoció en varias excursiones, partidos intercolegiales y en el campamento del año pasado. Abrazado con Fermín en varias. Y no sólo con él, sino con algunos de los chicos también, ¿este no es el pelo anaranjado de Federico?; y con las chicas, con Giovanna, todas sonrientes. ¿Cuándo me abracé yo con Fermín?, ¿cuándo se abrazó con nadie?

—¿Qué hacés Tobías? —preguntó la mamá detrás de él.

—Ah, no me había dado cuenta de que...

La cama llena de fotos desparramadas y la caja abierta hablaban por sí solas.

—¿Dónde estaban? —apuró Florencia.

—¿Quiénes?

—Tobías, te dije que no tocaras nada. Guardá todo y vamos a casa.

Enojada, le arrebató algunas de las que tenía en la mano y, sin querer, en el movimiento de poner orden, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

—¿Cuándo te sacaste esta foto con Fermín?

—Nunca.

—¿Cómo nunca?

—Photoshop hizo. Son todas fotos trucadas. Fijate que la de Fermín es siempre la misma cara.

Con curiosidad preocupada, Florencia se inclinó para mirar las que estaban sobre el acolchado. Sobrevolándolas con un dedo, sin tocarlas, recorrió las fotos falsas, las risas y abrazos,

esos trofeos no recibidos, esos deseos no cumplidos. Imágenes de un niño triste, de un niño solo. Negó con la cabeza sin decir nada. Separó un poco los brazos del cuerpo y los dejó caer. En silencio dejó el cuarto. Tobías guardó todo, estiró con cuidado la colcha de la cama, corrió las cortinas y antes de salir, miró la habitación con el temor de haber dejado alguna señal.

Cuando llegaron a casa, después de pedalear en silencio diez minutos, Florencia preparó tostadas y café con leche. Era hora de la merienda, hora de hacer la tarea y de regar las plantas de los balcones. Tobías evitó encender pantallas, sacó su mochila del aparador y puso las tazas y la azucarera sobre la mesa. Inmediatamente se arrepintió. Él nunca ponía la mesa. La levantaba, eso sí, y se lavaba la taza. Quería pedir disculpas por lo que había pasado pero su mamá, en vez de estar furiosa, lo que en general facilitaba las cosas porque uno sabía lo que debía hacer, cuándo callarse, cuándo agachar la cabeza y todo eso, su mamá, en vez de estar furiosa, estaba muda. ¿Qué estaba pasando allí?

—¿Mermelada o miel? —preguntó ella finalmente.

—Miel. Mami...

Florencia se sentó a la mesa y estiró los brazos hacia su hijo.

—No estoy enojada con vos. Lo que me preocupa es Fermín.

—¿No se va a morir?

—No, no es eso. Va a estar muy bien. Me duele lo solo, lo triste que se debe haber sentido para inventarse esas fotos.

Capítulo 26

La peor tormenta de toda su vida, y no había estado en pocas. Él y sus hombres llevaban cuatro días dentro de ese refugio y los alimentos ya estaban cruzando la línea de la escasez. Si no comenzaban a racionarlos corrían el riesgo de no llegar. No llegar era una manera de decir porque no tenían adónde ir. Solo resistir, no morirse hasta que llegara la patrulla de rescate. Y sabía perfectamente con qué problemas se estaba encontrando esa patrulla en el complicado ascenso.

La tormenta en el ventisquero había sorprendido a Carlos y a sus hombres en el camino de regreso y aunque en un principio la decisión fue avanzar, la visibilidad nula y la tremenda fuerza del viento los obligaron a cambiar de planes y a detenerse en el refugio. Llevaban demasiados días allí adentro, casi inmovilizados. El viento ululaba despiadado e incansable y el cielo se mantenía oscuro. Si afinaba el oído también podía oír gemidos de hambruna, murmullos y desvaríos incoherentes. La mirada de sus hombres se estaba acercando a la delgada línea que separa la cordura de la insania. La temperatura no superaba los veinte grados bajo cero y las expectativas de supervivencia ya se podían considerar bajas. Críticamente bajas.

Carlos abrió los ojos en la penumbra y por unos segundos interminables se preguntó dónde estaba. Sabía que mientras

duraba esa sensación de desconcierto angustioso era mejor estar quieto, no hacer movimientos bruscos, ni siquiera para sentarse. Pasaría pronto. Siempre era así. Cerró los ojos e intentó desarticular el pánico y dejar que mansamente volvieran las coordenadas a su cerebro.

Claro, estaba en ese departamento pequeño, con paredes de papel, esa pajarera céntrica con veleidades de elegancia adonde había ido a parar para estar cerca de su nieto y de su familia. Más tranquilo, miró el reloj. Las cuatro y media. Apenas si había dormido dos horas. Había preferido quedarse un rato más en el sanatorio. Estaba bien Fermín. Había superado la crisis y pronto estaría mejor de lo que había estado nunca, pero él pasaba todos los días muchas horas junto al nieto porque tenía necesidad de cercanía, necesidad de acompañar, de dormirse al lado de una cama de niño.

Acababa de tener otra pesadilla del ventisquero. Así habían dado en llamar a esos malos sueños los cinco integrantes de la expedición cuando descubrieron que a todos les ocurría lo mismo. Y soñaban con las mismas imágenes. Y estas siempre llegaban de la misma forma, desde hacía cuarenta años, en momentos en que se sentían vulnerables.

Aquel viaje al ventisquero había sido inolvidable por varias razones. En primer lugar, porque todos se sintieron al borde de la muerte. Un expedicionario vive en permanente peligro de morir y todos saben cuando aceptan una misión que pueden no volver. Pueden caer por una grieta en la montaña y arrastrar a un compañero en la caída, pueden ser arrasados por un alud, pueden perder el rumbo sin remedio, morir por congelamiento, ser atacados por un animal o fallarles los instrumentos. Es

la manera de vivir que han elegido. Extraña, por cierto, porque con semejante carga de sufrimiento, cada vez que regresan a casa, esos mismos hombres, después de descansar unos días vuelven a necesitar el hormigueo de la anticipación, el ansia de la montaña, del riesgo y del miedo disparando chorros calientes de adrenalina pura. Pero aquella vez fue otra cosa. Aquella vez, por alguna razón que ninguno pudo explicar, percibieron que la hora había llegado y al finalizar el día trece de angustiada espera, desesperanzados pero serenos, acordaron tomarse de las manos y orar. Cada uno como pudo, en el idioma que quiso, al dios que tenía y con las fuerzas que le quedaban. Uno cantó una nana, otro cayó en un sollozo infantil y el resto recitó una y otra vez, de rodillas, letanías sencillas y entrecortadas, cada quien como las recordó. Esa era la forma de rezar, de arrepentirse, de preparar el espíritu para lo que vendría. Carlos mismo, como comandante de la expedición, aunque totalmente ateo, sintió que debía hacer algo que sirviera de apoyo y consuelo, y colocó las manos sobre las cabezas de esos hombres porque había visto que así hacían los curas, capellanes, rabinos y pastores. Después de eso, permanecieron en silencio un buen rato.

Cuando al cabo de dos horas, llegó la patrulla de rescate, todos tomaron el hecho como un milagro y dieron gracias en voz alta y con los brazos tendidos al cielo. Todos, menos él.

Fue el último viaje que compartieron. El último viaje que hicieron, en realidad. Los patrocinadores que se aunaban para apoyar económicamente las expediciones decidieron cancelar el proyecto por cinco años debido a la falta de resultados esperados. Para cuando ese plazo se cumplió, estaban demasiado viejos para semejante empresa.

Después de unos minutos, Carlos respiró hondo: disipados los fantasmas y ya perfectamente en sus cabales, se sentó en la cama. Con los años había terminado por aceptar que algunos malos recuerdos habían quedado para siempre grabados en su cerebro y la memoria se negaba —o era incapaz— de borrarlos.

Corrió la frazada, se levantó y fue a lavarse la cara con agua fría y, sin secarse, se miró en el espejo del botiquín. Todavía tenía mucho pelo y todos los dientes. Esos huesos de la mano, torcidos por el frío, todavía tenían fuerza. El problema eran las rodillas. Dolían en serio pero no había mucho que se pudiera hacer. “Muy bien”, pensó, “ya es hora de hacer algo distinto, de moverse en otra dirección”. Por la ventanuca de ese baño minúsculo pudo calcular que aún faltaban dos horas y cuarenta minutos para el amanecer. Pero iba a dormir tranquilo esas dos horas y pico.

La decisión estaba tomada.

Capítulo 27

Tobías miró los estantes de su biblioteca. Libros, cajas con recortes de diarios, fotocopias, revistas y hasta algún peluche gigante de Yeti que su madrina le regaló cuando cumplió los ocho y ya estaba claro que el hombre de la nieve le interesaba más que el hombre araña. Pero, lejos mucho más. Y ahora, de pronto, ese interés parecía haber perdido algo de brillo. Esas fotos que vio en casa de Fermín lo habían dejado incómodo y casi no podía pensar en otra cosa. Por varias razones se sentía mal. No estaba contento con haber espiado y mucho menos con lo que había descubierto. Por una sintió pena y por la otra, culpa. Se acordó del rengo que jugaba bien al paddle y le dio ganas de patear el banquito, enojado. Fermín quería, siempre había querido ser amigo suyo y de los demás. De la misma manera que él soñaba con encontrarse un día a ese hombre cubierto de pelos, mitad monstruo, mitad humano, Fermín soñaba con ser uno más, uno entre todos. Y hacía lo mismo que él. Se fabricaba un mundo. ¿O no era una invención lo que él tenía allí adentro? ¿Qué eran todos esos estantes cubiertos de papeles, diarios, revistas? Testimonios sin respaldo científico, observaciones, invenciones, sueños, fantasías, cuentos chinos, eso eran. Locos que se habían gastado la vida y la de sus familias intentando llegar a las cumbres solo para descubrir que la felicidad no estaba allí. ¿Y lo que había contado el abuelo de

Fermín? Probablemente, una mezcla de todo eso. Los montes existían, claro, los bosques helados también y más allá, arriba de todo, solo las cimas heladas, tumbas muchas de ellas de infinidad de huesos de escaladores desconocidos que no lo lograron. Y algunos de los que lograron bajar, inventaron una historia para borrarles la sonrisa de incredulidad a todos, para justificar, para sentir que había valido la pena.

Tobías retiró una chinche de la pared y sacó un recorte con la fotografía de un escalador que llegó a la cumbre del Everest, se supone que en 1890. Nunca regresó y su cuerpo congelado, en perfecto estado de conservación fue hallado en 1966, cuando ya a nadie le importaba. No se encontró entre sus ropas una brújula por lo que se conjeturó que se había perdido. Era noruego y también buscaba al Yeti.

Tobías retiró también el póster de la puerta, lo plegó con cuidado y lo metió dentro de un cajón del escritorio. Cuando salió de la habitación llevaba el peluche.

En la cocina estaban sus padres sentados a la mesa y tomando un café.

—Ma, ¿cuándo vas a Rosario? Digo, a verlo a Fermín.

—Mañana.

—Voy con vos. Ah, subo unas cosas al entre piso.

Florencia y Juan Ignacio se miraron en silencio por encima del borde de la taza.

Capítulo 28

Había cometido la estupidez de confiar en ellos. Pero a medida que pasaron los meses y después los años, a medida que se acumularon las cartas no respondidas y las llamadas que no le devolvían —anotadas meticulosamente en una libretita—, Carlos se dio cuenta de que él ya no les interesaba como expedicionario. Ya no pretendía nada muy ambicioso. Lo único que les pedía era que aquel viaje fuera dado a conocer al mundo, que su experiencia fuera publicada, que su testimonio recibiera algún reconocimiento. Nunca lo hicieron. Y la razón fue que no le creyeron que había visto al Yeti, que habían estado frente a frente, que se habían comunicado con la mirada, con los gestos y habían, por un instante, compartido la sorpresa, el desconcierto, quizás el temor de estar frente a frente. No le creyeron que el Yeti lo guió hasta una gruta donde había decenas de criaturas iguales. Existía, como tantos científicos suponían, una comunidad de yetis. Era cierto, lamentablemente, que nadie más que él había estado con la extraña criatura porque sus hombres, demasiado debilitados, quedaron en el refugio mientras él tomaba afuera algunas mediciones.

Hizo todo lo posible por convencer a los organizadores de la expedición. Dio todos los detalles que pudo recordar, los contó con lentitud para que se impregnaran, para que se impresionaran, y a cada pregunta respondió con paciencia una y otra vez

de la misma forma porque desesperadamente deseaba que le creyeran. Percibió las miradas de reojo, de desconcierto, los ceños fruncidos. Les enseñó las notas que había tomado al regresar al refugio, notas escuetas, rigurosas, objetivas y también puso sobre la mesa un trozo minúsculo de mineral que pudo tomar en la gruta donde estuvo, rodeado por esas criaturas, curiosas, tímidas, casi amistosas.

Con el tiempo, después de mucho insistir, sus superiores le harían saber que ese trozo de mineral no significaba nada que no supieran ya. Eso lo llenó de frustración. ¿No había sido él un expedicionario intachable, con una hoja de servicio impecable? ¿Alguna vez había fallado, abandonado, traicionado? Nunca. ¿No lo habían enviado a él y a sus hombres en busca de la misteriosa criatura? Claro que sí, pero no abiertamente. Era una misión encubierta bajo la excusa de búsqueda de minerales. Solo unos pocos sabían hacia dónde apuntaba ese grupo de hombres aguerridos, con qué celo habían sido elegidos, quiénes estaban detrás de ellos y cuál era su misión. ¿No lo habían señalado a él especialmente por su mente serena, por sus reacciones frías y seguras, por sus juicios, rara vez errados? ¿Por qué le dieron, entonces, la espalda?

Durante aquella humillante reunión, después de un par de horas de indagaciones, Carlos notó que el presidente del instituto que había respaldado la empresa económicamente comenzó a echar un vistazo a su reloj con cierto disimulo al principio y por fin, hizo una señal a un asistente. Fin de la conversación.

—No es suficiente, comandante —dijo incómodo el vocero cuando se encendieron las luces de la sala de conferencia—,

necesitamos pruebas fehacientes, usted comprende. Y esta filmación, aun con las imágenes que le agradecemos mucho, no prueba nada. Usted más que nadie, comandante, sabe que no resistirá el más mínimo análisis. No servirá de nada frente a la opinión pública, a nuestros colegas. Nos harán pedazos. De todas maneras, sacaremos una copia para que usted conserve el original pero si, quizás, el otro rollo se encontrara algún día... eso sería diferente. El otro rollo sí nos interesaría. Sobremanera.

Los hombres que rodeaban la mesa mantenían la cabeza inclinada. Algunos de esos le habían palmeado la espalda e insistido en fotografiarse con él antes de partir y ahora no levantaban la mirada. Miserables.

La terrible verdad final de toda esa historia era que el otro rollo que reclamaban se había perdido en el descenso. Había existido, por su madre se los había jurado, claro que sí. Mil veces se los explicó, pero la realidad fue que nunca lo encontró. Había desaparecido. El rescate había sido complicado con todos los hombres débiles y exhaustos y pudo haber caído en cualquier lado. Treinta y seis maravillosas imágenes de esos monstruos bellos e inofensivos cayeron al abismo en algún momento de descuido. Sin embargo, él podía recordar cada foto.

Aquel día, Carlos abandonó la sala de conferencias con la cabeza erguida y el corazón destrozado. Después de un tiempo, se enteró de los rumores. Uno de los compañeros de expedición se lo tuvo que decir abiertamente:

—No mandes más cartas, no los llames más ni insistas. Esto se terminó, amigo comandante. Basta. Van a mandar otro equipo, gente joven, bien formada. Ya los están entrenando.

Después de eso, Carlos se retiró. Intentó olvidar y empezar una nueva vida. Compró una casa sobre la ladera de una montaña en las sierras y vivió allí como el solitario que en realidad era. Solo se llevó con él la tienda de campaña, su mochila y el equipo que había usado la última vez. A veces, sobre todo en invierno cuando parecía que iba a nevar y la gente, empujada por los meteorólogos de turno, se apuraba a llegar a las sierras para encontrarse con los copos blancos y hacer esos tontos muñecos y sacarse fotos, él sacaba de una caja su mochila, su equipo y la ropa que usaba en aquellos tiempos jóvenes para las expediciones y se preparaba como si estuviera por salir a escalar el monte más alto de toda su carrera. Pero pocas veces nevaba y Carlos sabía —porque lo sentía en los huesos dos días antes— cuándo y cuánto nevaría.

Pero entonces, hacía dos años, uno de esos días infrecuentes en que sí nevó mucho, más de diez centímetros, y el valle se cubrió de copos leves y silencio, lo encontró. Con la chaqueta puesta y acomodándose el borde del pantalón, listo para salir a la intemperie, sus dedos torcidos lo encontraron. Inexplicablemente. En el dobladillo del elástico que cerraba el puño del pantalón. Siempre había estado allí.

Capítulo 29

—Yo voy a comprar un regalito para la abuela de Fermín acá. Tu amigo está en el tercer piso, habitación 257. Enseguida voy.

—¿Me van a dejar pasar?

—Claro, hijo, estamos en horario de visitas porque hoy es sábado. Y además, ya te dije que Fermín está más que bien. ¿Trajiste el sobre con la carta que le escribieron en la escuela?

—No nos vamos a quedar mucho, ¿no?

Mamá suspiró y no me contestó. No me importó porque igual no era una pregunta. Era una advertencia.

—Te lo pido por favor, Tobías. No me compliques la vida porque, además, fuiste vos que quisiste venir, ¿te acordás?

—Sí, ya sé, pero no a pasar la tarde.

—Ya vamos a ver. Cuando hable con Lucrecia y su abuela te digo cuánto nos quedamos. ¿Trajiste el sobre que le mandan las compañeras?

Dejé a mamá y me metí en el ascensor. Desde el pasillo pude oír las carcajadas. Cuando me di cuenta de que salían de la habitación de Fermín, me frené antes de entrar. ¿Qué estaba pasando? Una enfermera pasó a mi lado y dijo:

—Debe estar mirando una peli. Hoy se estuvo riendo todo el día. Pasá tranquilo. Está de muy buen humor.

Fermín estaba sentado en su cama, mirando televisión y riéndose, en efecto. Su abuela hojeaba una revista junto a la

ventana y cuando me vio se puso enseguida de pie y sonrió contenta. Entonces, también Fermín se dio vuelta y se sentó con las piernas para afuera.

—Viniste —se alegró y levantó la palma abierta para chocar.

—Sí, tenía que acompañar a mi mamá a hacer unas cosas en Rosario y vine —mentí.

Sobre la mesita al lado de la cama había una pila de CDs de películas cómicas. En ese momento, entró una auxiliar de limpieza muy contenta.

—Ah, veo que tenés visitas, me alegro mucho, Fermín. Vengo más tarde así charlan tranquilos.

Hubiera preferido que no se fuera. Con gusto habría salido yo de la habitación para que ella entrara con su lampazo. Ese Fermín tan risueño era un tipo que yo no conocía y alguien me tenía que explicar qué había pasado con el otro. En una de esas, en vez de sin dientes había quedado con los patitos desacomodados. “Igual, mejor un loco contento que uno triste”, pensé, “pero un tarado que se ríe de cualquier cosa es insostenible”. Antes, cuando iba a la escuela, se divertía solamente cuando alguno tropezaba y se caía. Una vez, se rió de Marianela Torcaz porque cuando se cayó, se le levantó la pollera y se le vio la bombacha. Mientras la chica lloraba, la maestra lo mandó un rato al patio, a pensar en lo que había hecho y él se encogió de hombros. ¿Qué estaba pasando allí?

—Me curé, Tobías —dijo Fermín—. El médico me explicó todo. El tumor me apretaba parte del cerebro. Por eso yo estaba siempre de malhumor. ¡Voy a poder volver a la escuela!

—¿Cuándo?

—Pronto, me dijo. ¿Le podés avisar a la seño?

Le expliqué que habíamos abierto un sitio en Facebook y como él tenía la notebook nos metimos y encontramos algunos mensajes que ya tenían más de quince días.

—¡Aaah, me escribieron todos! —dijo como si hubiera visto a los tres reyes magos en el patio.

Me acordé de que la señorita casi había tenido que dictar los mensajes porque nadie quería escribir nada y me dio lástima la cara de felicidad de Fermín. Enseguida me acordé del pata de palo de Federico, pero no me molestó esto porque era diferente. Sentía pena por Fermín, sí, pero también me dieron ganas de ayudarlo. Contestó todos los mensajes y mandó saludos y les dijo que no le habían sacado los dientes. Ninguno. Después me pidió que le sacara una foto con el celular para subirla.

—Con la boca abierta para que vean que tengo los dientes.

Hizo unas muecas de payaso con la boca abierta y la lengua afuera y yo saqué varias fotos.

—Ahora sacá otra para que vean qué linda habitación tengo.

Entonces se levantó y caminó hacia la ventana y corrió las cortinas.

—¿Así, con el camisón? —le pregunté—. Preparate para las cargadas de acá hasta fin de año.

—No me importan las cargadas. Dale, sacame muchas fotos. Y se llama bata, no camisón —se rio e inventó una pose.

—Bueno, acomodate la bata entonces —le avisé—, que se te ve el calzoncillo con corazones, nenita.

—Mejor, ajajaj, dale, dale, sacá otra. Me lo regaló mi abuela; ese y otro con besos de labios pintados. Está buenísimo. Es para muy machos, nada más. ¿A que a vos no te regalan eso?

—Sí, cualquier día me voy a poner eso yo. Decile a tu abuela que te regale otro con Blancanieves, si consigue.

Terminé riéndome yo también de tantas pavadas que decía y al final, borramos algunas de las fotos y nos quedamos con quince.

Una enfermera se asomó y preguntó si pasaba algo y Fermín se tapó la boca y dijo que nos estábamos riendo, nada más.

—Bueno, más bajito que esto es un sanatorio, ¿ok? —dijo la chica con el dedo levantado.

—Ok, ok —dijimos aguantando la risotada contra la almohada.

Me acordé del sobre con brillantinas de todos los colores y se lo di.

—¿Para mí? ¿En serio me lo mandan las chicas?

—No, te lo hice yo. No sabía si te gustaba más la brillantina rosa o la púrpura.

Me pegó un empujón a las carcajadas. En ese momento, entró una doctora.

—Ah, veo que estás bastante mejor. Acostate, por favor. Todavía tenés que reposar bastante.

Mientras le controlaba la temperatura, preguntó:

—¿Qué habrá en ese sobre con tantas flores?

—Un mensaje de mis compañeras. Me lo trajó Tobías.

—Yo te dije que los chicos iban a venir...

Leyó el termómetro y dijo que estaba todo perfecto. Fermín le preguntó si se quería sacar una foto con él y ella aceptó, sacó un brillo de labios de un bolsillo, se pintó y sonriendo, le colocó el estetoscopio sobre el pecho a Fermín y le sonrió a la cámara.

—¿Ahora una a los dos juntos? —nos ofreció.

Nos acomodamos y Fermín me pasó un brazo por los hombros.

Cuando la doctora se fue, miramos todas las fotos de nuevo. No pude menos que pensar que no había trucos en esa foto. Cero Photoshop. Solo nosotros dos, sentados en el borde de la cama del hospital, sonriéndole a la cámara. Fermín estaba feliz y yo, por primera vez, no sentí pena por él. Lo admiré por lo que había sido capaz de resistir, por lo fuerte que era, por esas ganas de ser feliz.

—¿Tu abuelo? —pregunté.

—Debe estar por llegar. Viene todos los días a las once y se queda hasta la noche tarde. Me llamó esta mañana y le dije que venías.

Capítulo 30

Carlos teme entrar a la casa de fotografía de la calle Corrientes y da dos vueltas a la manzana controlando la hora. “A las ocho levanto la persiana”, dijo el dueño y ya está él con el corazón en un puño, diez minutos antes caminando por el centro vacío. Podría entrar en el bar Augustus y tomar un café porque ha salido de casa sin desayunar, pero no se siente capaz de estarse quieto siquiera dos minutos. Para calmarse piensa que para el mediodía, no, mucho antes, todo habrá quedado resuelto para bien o para mal. Si el rollo contiene algo, pues estará feliz y si no, estará exactamente igual que ayer y antes de ayer y durante los últimos años.

Es cierto que pudo haber hecho esto que está a punto de hacer hace dos años, cuando casi por milagro, encontró el rollo de fotos. Pero ya no le importaban ni la fama ni el prestigio ni el dinero, mucho menos el dinero, después de tanto tiempo. ¿Qué importaba, pensó aquel día apretando el rollo en un puño, si estaban aún allí los yetis maravillosos o si se habían deshecho, borrado, evaporado? ¿Cuál era la diferencia?

O quizás, había tenido tanto miedo de saber que no se había atrevido. Quién sabe. Pero ahora era distinto. El miedo ha desaparecido y ha dejado lugar a la necesidad de saber.

Es cierto que en un principio consideró la posibilidad de recurrir a sus viejos y experimentados amigos fotógrafos. Pero las

opciones lo hicieron cambiar de idea. Si las imágenes se recuperaban —cosa que era más bien improbable debido al tiempo transcurrido— el rumor de que el Yeti había estado allí todo ese tiempo correría como el viento y, en rigor, esas fotos no le pertenecían. O, al menos, eso decían los papeles que había firmado. Y, si el rollo no contenía ya nada, el maldito rumor correría como el viento también. El rumor de que el viejo *Ice Man* había vuelto con sus manías y que alguien debería encargarse de él. ¿No tiene un familiar ese hombre, para que lo contenga en algún lugar decente? ¿O es que nadie se da cuenta de que algo no le funciona bien en esa cabeza?

Esa era la razón por la que a nadie había dicho que había encontrado el rollo. Porque había transcurrido demasiado tiempo, por miedo a que nadie le creyera, por miedo a que no hubiera nada que ver. Por miedo. De modo que allí lo había dejado, no olvidado, pero a un costado de su mente.

Tuvo, es cierto, muy pocos días atrás, una punzante tentación de contarles la verdad a los chicos, pero en el último instante inventó la mentira. No quiso apagar la mirada de admiración de Tobías. No podía decirle que no había encontrado el coraje para revelar esos negativos.

Al fin, terminó por decidir que entraría a una casa de revelado de fotografía común y corriente diciendo que había encontrado ese rollo y con expresión de anciano nostálgico preguntaría si quizás existía la posibilidad de recuperar esas imágenes. “Y que sea lo que sea”, pensó.

La muchacha que lo atendió tenía probablemente poco que hacer porque le dedicó tiempo y una buena actitud. O quizás la atraparon sus modales de caballero bien vestido y los ojos

azules y un chispazo de ansiedad en la mirada. Quién sabe. Llamó a su tío entonces, el viejo fotógrafo fundador de la empresa que superaba los ochenta y cinco años, se negaba a operarse la vista y llevaba colgando sobre el pecho tres pares de anteojos, y le explicó.

El señor hizo girar el rollo entre sus dedos manchados.

—Ya no hay de estos —murmuró—, una lástima. Y usted quiere saber si hay algo todavía aquí dentro después de... ¿cuántos años dijo?

—Cuarenta y uno para ser exacto —confirmó Carlos.

—Pues le diré que lo más probable es que el tiempo haya borrado todo, o la gran parte, si tiene suerte. El calor, por ejemplo, pudo haber dañado el material. Pero con probar no pierde nada ¿verdad?

—Verdad.

—¿Esto es muy importante para usted?

Carlos demoró un momento en responder para elegir las palabras:

—De primordial importancia le diría.

—Muy bien. Le voy a decir una cosa —suspiró el hombre cambiando de anteojos—: no hay en Rosario, escúcheme bien, no hay otro especialista en revelado como yo. Me dicen el viejo Rodríguez Márquez. Pregúntele a cualquiera. Y otra cosa más le voy a decir. Si hay algo acá adentro —señaló con el índice—, yo soy el único que puedo sacarlo para que usted lo vea. Ahora bien, si no hay nada, o si las fotos fueron mal tomadas por la razón que sea, o dañadas por la razón que sea, ya no habrá nada que hacer, porque el rollo se puede abrir una sola vez. Nada. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente.

—Lo espero mañana. A las ocho estoy levantando la persiana. En el centro soy el único que abre a esa hora pero no me importa. Así se hacía antes y así lo hago yo.

Con una inclinación de cabeza y media vuelta airosa, Rodríguez Márquez desapareció de su vista.

Y allí estaba entonces Carlos, un poco apresurado quizás, porque eran las ocho y dos minutos nada más, pero incapaz de dar otra vuelta a la manzana. Y allí estaba el viejo, lo vio a través de las puertas blindex, detrás del mostrador, esperándolo. Recordó de repente que ni siquiera le había preguntado cuánto costaría el trabajo; no era que le importara porque pagaría lo que le dijeran y sin chistar, pero era lo que se acostumbra cuando uno encarga una tarea. Y también recordó que el otro tampoco había hecho alusión al costo en ningún momento. En eso se notaba que eran dos viejos a los que no les importaba el dinero. Todo esto lo pensaba mientras abría y cerraba la puerta, mientras caminaba los doce pasos hasta el mostrador, bajo la mirada satisfecha de Rodríguez Márquez.

—Un milagro —dijo orgulloso de sí mismo—, pero acá están. Las treinta y seis fotos y los negativos.

Carlos cerró los párpados un instante antes de mirarlas. No pudo evitar que le temblaran las manos. Apenas. Algo presionaba su garganta.

—Esto no es un baile de disfraces, ¿verdad? —comentó el fotógrafo—. Nunca he visto nada igual.

—No existe nada igual.

—¿Las sacó usted?

—Sí. Hace muchos años.

—Bueno, hay que admitir —y agregó un gesto con las manos— que los tenía bien puestos. Durante muchos años trabajé en Europa para grandes fotógrafos de la fauna salvaje y conozco todos los trucos, pero esto es diferente. Ahora entiendo por qué era tan importante.

El hombre se acodó sobre el escritorio y mirando hacia ambos lados —aunque estaban solos— dijo en voz baja:

—Usted se puede hacer rico con esto. Conozco un par de revistas que pagarían buen dinero por echarle un vistazo. Y estoy hablando de seis ceros —enseñó los dedos.

Carlos negó en silencio, con mirada agradecida y labios apretados. Rodríguez Márquez comprendió con un gesto resignado de manos abiertas.

Capítulo 31

Carlos pasó la mañana sentado en un banco del Parque España, frente al río, mirando las fotos. Allí estaban, con la misma expresión de infortunio y sorpresa de cuarenta años atrás, esas bellas criaturas. Con una fuerza física desmedida y una expresión mezcla de desconcierto y confianza. Un poco tarde en la vida, pero finalmente había conseguido el tesoro. Hubo momentos en todo ese tiempo inerte en los que se preguntó si de veras habría visto él a esos yetis. Si de veras había tomado las fotos... existido ese rollo bendito. Dudó, claro que dudó. ¿O no sabía todo el mundo que algunos hombres se volvían locos allá arriba? ¿Que el frío intenso y la soledad y ese extraño silencio de otro mundo hacen cruzar a algunos una raya invisible? Dudó, sí, pero allí estaban las pruebas. No había fracasado.

Ayer, aún antes de saber si encontraría algo en el rollo, había visitado a un abogado de confianza. Quería saber si el brazo de la ley era tan largo como para alcanzarlo después de tantos años. Llevó las copias de aquellos papeles que había firmado comprometiéndose a no publicar, repetir, declarar, bla bla, nada de lo visto, escrito, filmado, bla, bla. El profesional se echó a reír.

—Esto no tiene fuerza legal. Nunca la tuvo, pero de haberla tenido, habría caducado hace quince años. O se podría haber peleado, digámoslo así. Este tipo de documentos tiene un montón de recovecos, son un festival para los abogados, pero

sobre todo, tienen vencimiento. Este, ha expirado. Haga usted lo que quiera con lo que tenga.

Carlos guardó las fotos, estiró las piernas y se echó hacia atrás en el duro banco de la costanera. Una de las ventajas de venir viejo, pensó mientras miraba un barco carguero alejarse, era que se perdía el miedo. Y que algunos rencores caducaban. Y que las prioridades se reacomodaban. Palmeó afectuosamente el bolsillo de la chaqueta y se puso de pie con una sonrisa.

—Así que son mías —dijo en voz alta—. Vamos, qué suerte que tuve, después de todo. Qué suerte que no se las di a aquellos malditos.

Ya sabía qué haría con ellas. Sabía de alguien a quien le interesarían muchísimo esas fotos. Tan joven y tan entusiasta, ese Tobías. Sus amadas fotos ya tenían dueño.

Caminaría hasta el sanatorio donde estaba su nieto. En quince minutos darían las once y ya debía estar esperándolo. La mañana estaba linda.

Bien fría, como a él le gustaba.



1. Antes de leer, miren y lean la tapa, la contratapa y el lomo del libro. Luego observen la portada, las páginas donde están los datos de la editorial y los de la imprenta. Entre todos, resuelvan las siguientes actividades:

- a. Hagan una lista con los nombres de los elementos que encontraron (título, logo, créditos, etc.) y defínanlos como si fuera un diccionario. Luego, pueden verificar las definiciones en el diccionario.
- b. ¿Sobre qué creen que trata el libro? Elaboren hipótesis de lectura.

2. Los personajes, ya sean principales, ayudantes u oponentes, son quienes protagonizan los hechos de la novela. Observen el comportamiento de los personajes de *Atrapados por el hielo* y resuelvan las siguientes actividades:

- a. Los personajes de las novelas constituyen tipos en los que se combinan rasgos individuales (físicos y psicológicos) y sociales (clase a la que pertenecen, género, nacionalidad). ¿Tobías, Fermín y Federico pertenecen al mismo tipo? ¿En qué se diferencian?
- b. Es común que los personajes evolucionen a lo largo de una novela. ¿Qué personaje de *Atrapados por el hielo* percibe un crecimiento? ¿Por qué?
- c. ¿Qué cambios se observan en la personalidad de Fermín luego de la operación? ¿Qué explicaciones dan los médicos?

3. Identifiquen los núcleos narrativos de la novela. Pueden revisar el concepto de núcleo narrativo en la sección “Novelas de este mundo”.

4. Lean la sección “Cómo se cuenta una novela” y señalen qué tipo de narradores tiene *Atrapados por el hielo* y qué aporta cada uno.

5. De la perspectiva que se elige para narrar depende el conocimiento que tienen tanto el narrador como el lector. Marquen entre las siguientes características las que aparecen en la novela en relación con la perspectiva desde la que se narra:

- Uno de los narradores transmite un conocimiento parcial.
- El narrador en tercera persona da menos información que el otro narrador.

- Los dos narradores cuentan desde la misma perspectiva.
- Al transmitir información parcial el narrador obliga al lector a participar activamente en la construcción de la historia.

6. El ritmo del relato depende del modo de narrar los hechos centrales, de las pausas que realiza el narrador para contar o describir otras cosas, de los pasajes que en pocos párrafos condensan mucha información. Busquen en la novela un fragmento que responda a cada una de las siguientes características:

- Los hechos parecen desarrollarse ante los ojos del lector.
- La narración de los hechos centrales se detiene para describir algo del presente.
- La narración de los hechos centrales se detiene para describir algo del pasado.
- La narración de los hechos centrales se detiene porque el narrador comenta o reflexiona sobre los hechos.
- La narración de los hechos centrales se detiene porque el narrador comenta o reflexiona sobre los personajes.
- El tiempo se condensa y se resumen hechos del pasado.

7. En *Apostillas a El nombre de la rosa*, al referirse al ritmo de la narración en su libro, Umberto Eco señala: “Hay novelas que respiran como gacelas y otras que respiran como ballenas, o como elefantes”. ¿Cómo creen que es el ritmo narrativo de *Atrapados por el hielo*?

8. Lean el siguiente fragmento extraído del capítulo 7 y señalen si están a favor o en contra. Recuerden justificar su posición.

“...no se puede encerrar a un niño, por más que viva en un barrio cerrado, en una burbuja; no se puede aislarlo, apartarlo, hacerle creer que todo es bonito, y seguro y que esto va a andar bien y nada te pasará nunca. Acá está mamá y papá y vas a estar bien. No se puede. No se debe tampoco, porque no es verdad”.

1. Escriban mensajes

Imaginen y escriban los mensajes que Fermín recibió en la cuenta de Facebook que abrieron sus compañeros y las respuestas que les envió.

2. Armen un diario de viaje

Un diario de viaje o cuaderno de bitácora es una colección de fechas, horas, lugares y sucesos ocurridos durante un viaje. Imaginen que Tobías y Fermín realizan juntos una expedición a la montaña. Escriban el diario de viaje de esa aventura.

3. Escriban un relato de viaje

En un relato de viaje el autor escribe acerca de un viaje: los lugares que visita, las personas que conoce, las emociones sentidas, aquello que ve, conoce, aprende. Puede también incluir aventuras y anécdotas. Escriban un relato de viaje como si fueran Carlos, el abuelo de Fermín, en una de sus exploraciones.

4. Imaginen y escriban un retrato

El Yeti también es conocido como "el abominable hombre de las nieves" ¿Cómo lo imaginan? ¿Qué hábitos creen que tiene? Reflexionen sobre este ser que para muchos es imaginario y para otros real. Escriban un retrato del Yeti con la mayor cantidad de detalles posible (a partir de lo que se cuenta en la novela, escucharon o leyeron en otros lugares o imaginan).

5. Inventen una historia

¿Piensan que el Yeti es amigable o peligroso? Escriban un cuento protagonizado por el hombre de las nieves.

6. Escriban una leyenda apócrifa

Imaginen cuál es el origen del Yeti y escriban una leyenda que dé cuenta de ese origen.

7. Escriban un texto expositivo-explicativo

Imaginen que el Yeti es una especie probada que vive en comunidad.

Escriban una entrada de enciclopedia sobre los hábitos de esta especie, dónde y cómo viven, de qué se alimentan.

8. Armen una historieta

Piensen, escriban y dibujen una historieta en la que el Yeti sea una especie de superhéroe. Puede ayudar a unos exploradores perdidos o evitar un accidente en el hielo.

9. Construyan un boletín de noticias

Divídanse en seis grupos, elija cada equipo uno de los siguientes titulares y escriban la noticia. Luego armen un boletín con las seis noticias, puede ser digital (a través de un blog), mural o en papel.

- Afirman que lograron captar al Yeti en un video en Siberia
- Se publica el polémico estudio que avala la existencia del Yeti
- El Yeti existe, o eso dicen
- Yeti, se busca
- ¿Es posible que exista el célebre Yeti?
- Harán pruebas de ADN para saber si el Yeti es un mito o no

10. Diseñen un folleto

Investiguen dónde está el Himalaya y averigüen qué se necesita para hacer una expedición a las altas cumbres. Luego, diseñen un folleto que promocio- ne una expedición al Himalaya en busca del Yeti.

11. Escriban un diálogo

Imaginen el momento en el que Carlos, el *Ice man*, le entrega las fotos a Tobías. Escriban el diálogo que tienen en ese momento.

12. Escriban un texto argumentativo

Si tuvieran que asociar este libro con un color, ¿con cuál lo vincularían? ¿Por qué? Escriban un texto argumentativo que justifique la relación entre la trama de la novela y el color elegido.

1. En la novela se menciona que Tobías estudió a los inuit. Investiguen sobre ellos: ¿son un único pueblo o varios bajo el mismo nombre?, ¿dónde y cómo viven?, ¿cómo se visten, se alimentan y se trasladan?, ¿qué cambios sufrieron debido a la globalización?

2. En *Atrapados por el hielo* también se menciona que Tobías estudió a los sherpas. Investiguen sobre esta etnia.

3. En la novela hay varias alusiones al Ártico. Averigüen qué definiciones existen sobre esta área y ubíquenla en un mapa. Luego, elaboren un informe sobre qué territorios incluye y qué especies animales y pueblos habitan la región.

4. El explorador estadounidense Robert Peary afirmó haber sido el primer hombre en llegar al Polo Norte. Pero esta misma afirmación la hizo también Frederick Cook. Investiguen sobre estos dos exploradores y expliquen por qué es difícil saber quién llegó primero.

5. Los picos más altos del mundo son conocidos como los “ochomiles” por ser montañas cuyas cimas tienen una altura mayor a los 8000 metros sobre el nivel del mar. Armen un cuadro con los nombres y las alturas de estas montañas y los países a los que pertenecen.

6. El Aconcagua es la montaña más alta del mundo fuera del sistema del Himalaya. Investiguen sobre esta montaña y resuelvan las siguientes actividades:

- Elaboren una infografía o una ficha técnica sobre su ubicación y altura.
- Investiguen cómo está establecido el límite territorial entre la Argentina y Chile, y expliquen por qué el Aconcagua está ubicado enteramente en territorio argentino.
- Investiguen quiénes y cuándo ascendieron al Aconcagua y armen una cronología con los datos más curiosos, por ejemplo, quién fue el primero en organizar una expedición, quién fue el primer hombre y quién la primera

mujer en hacer cumbre, quién fue el primer argentino que alcanzó la cima, quiénes fueron los primeros en alcanzar el “techo de América” en invierno y quiénes lo hicieron por la ruta más difícil.

7. Averigüen a qué se denomina “generación country” y luego resuelvan las siguientes actividades:

- a. Patricia Rojas, autora del libro *Mundo privado*, señala que “la aparición de countries y barrios privados es uno de los cambios urbanos más significativos de nuestra época”. ¿Están de acuerdo? ¿Por qué?
- b. Divídanse en dos grupos. Con argumentos sólidos, un grupo defenderá la vida en el country y el otro equipo tomará una posición en contra. Recuerden que en un juego de roles la importancia no reside en quién tiene razón sino en las estrategias argumentativas que se despliegan.

CIENCIAS NATURALES

1. Investiguen sobre la evolución del hombre y resuelvan las siguientes actividades:

- a. Armen una cronología sobre la evolución de los seres humanos.
- b. ¿Por qué se dice que hay al menos un eslabón perdido?
- c. Igor Burtsey, director del Centro Internacional de Hominología, señala que el Yeti “es el eslabón perdido entre el hombre de Neandertal y los seres humanos modernos”. ¿Están de acuerdo con esta afirmación? Justifiquen su respuesta.

OTRAS ARTES (LITERATURA, PLÁSTICA, MÚSICA)

1. Muchas personas piensan que el Yeti es una leyenda como el monstruo del lago Ness, en Escocia, o el Nahuelito, en Argentina. Busquen estas leyendas y compárenlas con la historia del Yeti.

2. Por diferentes motivos, tanto Carlos como Fermín tienen un vínculo con la fotografía, pero manejan diferentes métodos. Averigüen: ¿cómo es el proceso mediante el cual el abuelo tomó las fotos? ¿Qué cambios ha percibido la fotografía en el siglo XXI?

Atrapados por el hielo

Lucrecia y Florencia son amigas desde la adolescencia. Tienen dos hijos, Tobías y Fermin, de la misma edad, que van al mismo grado, en el mismo colegio. Pero están lejos, muy lejos de ser amigos. Ni siquiera, buenos compañeros.

La ruleta de la vida da vueltas y el abuelo de Fermin, que estaba alejado de su familia, entra en escena porque su nieto está enfermo. Y esta reaparición llevará a los chicos a un mundo de enigmas y misterios que sin querer, cambiará la vida de los tres.

